

DOBLE *o nada*

3er vol. que
da el
nombre a la
serie.

VERÓNICA L. SAUER

ISBN-13: 978-1530569144

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora, a la cual se puede contactar a través de Facebook:

www.facebook.com/veronicaelesauer

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia.

Diseño de cubierta: H. Kramer

Distribución: Amazon©

Verónica L. Sauer

Punta del Este, Maldonado, Uruguay

Año 2016-Primera edición

©Todos los derechos reservados

DOBLE O NADA

Verónica L. Sauer

“De los miedos nacen los corajes. Y de las dudas, las certezas”.

Eduardo Galeano

Para Iván y Santiago, por llenarme de coraje y colmarme de certezas.

Vero

PRÓLOGO

Debo confesar que no me llamo Verónica L. Sauer.

Si así fuera, si ese fuera mi nombre real, jamás me atrevería a contarles lo que les voy a contar. Y si no estuviera a miles de kilómetros del sitio donde comenzó todo, puede que tampoco.

Me fui de Uruguay sin dirigir ni una sola mirada al ayer, con la esperanza de encontrar en el futuro y en otro lugar, una nueva historia de amor. Y de poder elegir, que esta vez fuera la mía.

Estoy viviendo en New York, lista para enfrentar un nuevo desafío en esta vida llena de aventuras que elegí llevar hace un tiempo. Y no me arrepiento ni lo haré nunca, porque es precisamente mi espíritu aventurero el culpable de que Ana haya entrado en mi vida, y junto a ella la esperanza de algún día poder vivir un amor así. Un bonito amor.

En fin; no es nuevo para nadie, que la historia que les acabo de narrar en “Séptimo cielo” y “El quinto infierno”, llegó a mí a través de Ana. Lo que seguramente nadie sabe, es cómo llegó Ana a mi vida. Y yo les quiero contar.

Ya lo saben, no me llamo Verónica L. Sauer. Pero sí me llamo Verónica.

Y lo que les voy a narrar a continuación, seguro las va a sorprender.

1.

Cuando llegué a Uruguay el verano pasado, me sentí perdida. Acababa de dejar Barcelona, luego de haber sido durante dos largos años lo que jamás hubiese querido ser: el adorno de un abogado catalán presumido y formal. Y que además, me maltrataba.

En ese momento no me daba del todo cuenta, pero mirándolo en retrospectiva, debí mostrarle a ese capullo de qué estaba yo hecha. O no...

Jordi no era malo. Miento, sí lo era. Y disfrutaba enormemente de menospreciarme con diplomacia. Decía cosas como: "Verónica, qué bien te la pasas aquí conmigo ¿no? Y pensar que hasta hace poco vendías boletos para el bus turístico en la calle..." o "¿Qué piensa tu familia, allá en Sudamérica, de la vida de reina que te doy, cariño?"

Tenía una incontrolable compulsión a hacerme notar lo que me daba, cada vez que me lo daba. Y una forma de decir "Sudamérica" cargada de desprecio que me hacía sentir muy mal la mayoría del tiempo.

Creo que no estaba del todo errado, sin embargo. Me sentía cómoda a su lado, y como todo aquel que no quiere salir de su zona de confort, desestimaba las alarmas que sonaban en mi cabeza cada vez que decía cosas desagradables. O las ignoraba, o las minimizaba, o las justificaba.

“Sudamérica” estaba muy lejos y quería que se mantuviera a esa distancia siempre. No quería volver a mi Gualeguaychú natal ni a palos. No necesitaba más discusiones, más presiones... No deseaba enfrentarme a mi papá, el prototipo de marido en serie, y a su séquito de esposas con fecha de caducidad. Ni a mi mamá, con su eterna pose de mártir. No quería más mentiras, más engaños...

Más bien quería estar lejos de todo eso, tan lejos como el océano me lo permitiera. Y tal vez por eso fue que aguanté a Jordi tanto tiempo.

Pero un día, todo terminó. Y lo mejor (o lo peor) es que no fue por un acto reflexivo de mi parte o por un súbito espíritu de arrojo; ni siquiera fue por hartazgo.

Fue porque me lié con el *paseaperros* y el gilipollas de Jordi me pilló. Me llamó golfa, perra, zorra y algo más. Tenía razón, desde luego. Él me sacó del fango y yo le metí los cuernos con el primero que se me cruzó. Y encima, tan sudaca como yo.

Al principio me sentí perdida, pero luego acepté el destierro con la mayor dignidad. Y lo más sorprendente de todo es que pudiéndome quedar en Casteldefelds con el *paseaperros*, elegí volver a “Sudamérica”.

Rasqué el fondo de mi hucha y mi amigo sudaca hizo otro tanto. Y así fue que logré reunir quinientos euros que junto a millas acumuladas en mi tarjeta de crédito, me hicieron aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Carrasco, un candente viernes de enero. No me había alcanzado para un vuelo directo a Buenos Aires, así que tendría que cruzar la frontera en micro si quería llegar a mi país.

Inspiré hondo y con mi pequeña maleta a cuestas, me instalé en la parada del bus que me iba a dejar en la terminal,

dónde tomaría el que me devolvería a Gualeguaychú. Solo me quedaban un par de tramos y estaría en casa...

En casa. Un dolor punzante en la boca del estómago comenzó a molestarme. Para cuando el bus llegó, ese dolor me tenía sin aire... Lo dejé pasar. Al bus, porque el dolor se había instalado.

Y por primera vez en mi vida me sentí perdida. No me había sentido así jamás, ni siquiera cuando supe esa verdad que me hizo huir, o cuando llegué a Barcelona, sin dinero y sin amigos.

En aquella época tenía la esperanza al menos, pero en esa pequeña garita de autobuses en la entrada del aeropuerto, solo había un gustito a fracaso que me asustaba.

Tuve miedo... Mucho. Sentí ganas de correr, de huir, pero... ¿hacia dónde? ¿Cómo se escapa de la nada? Tragué saliva y me miré las manos. Me temblaban...

Me puse de pie, agarré la valija, y crucé la vía de cuatro carriles por donde no debía. Por poco no me matan... Y fue así que me encontré de pie al otro lado de la ruta, con el pulgar en alto intentando hacer autostop en el sentido contrario.

¿Adónde iba? ¡Pues en sentido contrario! No iba a regresar a Entre Ríos, y esa era mi única certeza. De ahí para adelante, no tenía ninguna.

No sabía adónde quería ir. Era hacia el este, eso era evidente, pero no sabía ni adónde ni a qué. Sonreía y alzaba el pulgar pero los coches pasaban zumbando...

No era la primera vez que hacía autostop, pero las otras fueron en mi Argentina, acompañada, y con una meta: llegar a Mar del Plata, llegar a Córdoba... Nunca en otro país y sin rumbo. ¡Y casi sin dinero!

Me encogí de hombros y el dolor de panza comenzó a ceder. Por fin tuve la mente clara y pude pensar... Intenté recordar los tips de los mochileros para facilitar que te levantaran. Me saqué el sombrero y los lentes.

Me deshice la trenza y dejé que mi cabello se agitara con el viento. Me anudé la camiseta bajo las tetas y mostré mi ombligo. No era que quisiese parecerme a una puta. No, nada que ver. Más bien busqué verme joven, despreocupada, sin dobleces. Intenté mostrarme confiable.

Y de pronto creí que lograba mi objetivo. Un Volkswagen Crossfox disminuyó la velocidad mientras se acercaba. Dos chicas rubias eran piloto y copiloto, y sonreían.

Entrepararon y yo también sonreí mientras murmuraba para mis adentros "las tengo", pero cuando estaba a punto de inclinarme y hablarles, arrancaron a toda prisa riendo a carcajadas.

Putas desalmadas... Putas, putas, putas. Deseé que se reventaran contra un semáforo, o mejor, que desbarrancaran en un acantilado. Pero luego recordé que Uruguay era un sitio de planicies y me olvidé de mis malos deseos.

Me limité a levantar mi dedo mayor con el puño cerrado. Les hice una peineta a toda regla, joder.

—¡Háganse dar por un burro, perracas de mierda! —grité.

Y mientras lo hacía, escuché un frenazo a mis espaldas.

Cuando me di vuelta casi muero. A unos metros de mí, en una BMW de infarto, dos bombonazos me miraban sonriendo.

Tragué saliva. Me moría de ganas de acercarme, pero mi instinto de conservación me decía: "No te subas al coche de un tipo, y mucho menos al de dos tipos. Solo mujeres o familias..." Maldito instinto. Me hice la boba e intenté argumentar que no

parecían peligrosos, pero el instinto era implacable: “No, pelotuda. No.”

Bien, no subiría. Pero no podía mostrarme descortés con gente tan amable.

Con cautela me acerqué, y lev anté la mano saludando.

—¡Hola!

El primero que captó mi atención fue el chofer. Era lo que se dice un sueño de hombre. Morocho, con barba de varios días. Sexy y varonil. Me lo quedé mirando como una boba, y casi me olvidé hasta de respirar.

El acompañante también estaba buenísimo, y fue quien habló primero. Era castaño y lucía un bronceado perfecto... Una sonrisa preciosa, la nariz salpicada de tenues pecas, ojos claros, y un tribal en el bícep.

—¡Hola! ¿Adónde vas? —preguntó, simpático.

Suspiré. Mi instinto de conservación seguía presionando.

—A... A Brasil —mentí.

El chico hizo una mueca.

—Uh... Vas lejos.

Me mordí el labio y asentí.

—Sí, y a sé. Gracias por detenerse... Me voy a hacer un cartel que diga que voy a Brasil, así no...

—Te podemos dejar en Punta del Este —me interrumpió. Y luego se volvió hacia el conductor. —La podemos llevar hasta La Barra, Santi.

Éste se volvió a mirarlo, y luego a mí.

Vaya... Uy, uy, uy. Ultra masculino y con cara de malo. Cogible. Muy... Qué ojazos, por Dios. Marrón claro, tirando a

miel... Cejas gruesas, pelo oscuro, mandíbula cuadrada. Y unos labios hermosos.

—No creo que adelante mucho. Seguro que hay mucha gente que va al Chuy y la pueden levantar... Allá en La Barra difícilmente consiga que la lleven.

Al Chuy. ¿Eso estaría en Brasil o en Uruguay? No tenía idea.

Me sentí molesta de pronto. ¿Es que “Santi” no estaba de acuerdo con subirme al auto? Era evidente que había parado a instancias de su amigo, pero no tenía ganas de recogerme. ¿Qué le pasaba? ¿Tenía miedo de que se lo ensuciara? Además ¿por qué no me hablaba a mí directamente?

Le sostuve la mirada cuando sus ojos se clavaron en los míos. Y me sentí tentada a llevarle la contraria y decirle que sí iba a “adelantar” si me dejaban en La Barra, pero mi instinto de conservación no me lo permitió.

—No importa. Ya me las voy a arreglar... Gracias de nuevo por parar—dije, suspirando.

“Santi” tocó la palanca y dirigió su vista al frente. El otro lo detuvo con la mano antes de que pudiera arrancar.

—Esperá...

—Iván, por favor. Hace un calor de mierda y vamos retrasados. Dejame cerrar la ventana que quiero prender el aire y...

—Aguantá un minuto —lo interrumpió Iván, terco. Y luego se volvió hacia mí. —¿Cómo te llamas?

Suspiré e intenté sonreír.

—Verónica.

—¿Vivís por acá? —insistió.

Su amigo resopló y movió la cabeza.

—No. Soy de... Soy argentina.

No terminé de decirlo cuando Iván me interrumpió.

—¡Compatriota! —exclamó. —Santiago, no la podemos dejar acá... Es argentina.

Él lo miró con fastidio.

—¿Y? Yo soy uruguayo y vos serás muy argento, pero vivís en Punta desde hace un toco de años. No sé qué carajo...

—Che, qué insensible sos —lo acusó. —¿Tenés calor? La chica también lo tiene. Podés ser un poco más amable... ¿Dónde quedó aquello de la publicidad?

—¿Qué publicidad? —preguntó Santiago con el ceño fruncido.

—Aquella que decía: "Un turista, un amigo. Y si es argentino, es un hermano" o algo así.

—Nunca la vi.

—Cómo sea, estas dejando como el orto a todos los uruguayos comportándote de esta forma con una "hermana" de la Argentina, forro.

Me mordí el labio inferior para no reírme, y de inmediato Santiago dejó de mirar a Iván cómo si estuviese loco y me miró a mí.

—Subí—me dijo. —No sea cosa que se vaya al carajo la legendaria hospitalidad uruguayo por mi culpa...

Iván hizo un gesto de triunfo y me instó a subir con la mirada.

Yo dudé... Mi instinto de conservación también dudó.

Las puertas se destrabaron y yo busqué alguna señal que

me inspirara confianza, algo que me dijera que podía subir a ese coche sin miedo.

Y la encontré.

En el asiento de atrás había un divino perrito salchicha negro mirándome y moviendo la cola.

¿Es que podían ser dos asesinos seriales estos dos? ¡Imposible! Los psicópatas no tenían perros salchicha, y eso era una certeza gigantesca.

No lo pensé más. Recogí mi valija y subí al BMW.

Y ni bien arrancamos me dije que mi instinto de conservación era muy mal consejero. Ya no tenía calor pues el aire acondicionado me reconfortó de una forma deliciosa. Y ya no iba sin rumbo, porque ahora tenía uno... Punta del Este, La Barra, lo que fuera. Sabía hacia donde iba.

Solo me quedaba averiguar a qué.

2.

Bien, no había duda de que estaba mejor que media hora atrás. Fresquita, tranquila, y con un adorable salchicha sobre mis piernas.

—¿Cómo se llama? —pregunté acariciando al perrito.

—Danonino —respondió Iván, riendo.

Pero Santiago lo desmintió.

—No se llama así... Se llama Nerón.

—La China le dice así.

—La China está loca. También le dice así al padre, que se llama Zoccolino —replicó.

—¿El perro de Ana se llama Zoccolino?

—Sí.

—La China está loca —admitió Iván con una carcajada.
—¡Y Ana también...! Zoccolino es un nombre horrible.

—¿Quién es la China y quién es Ana? —pregunté.

Y antes de que Iván pudiera responder, Santiago lo hizo, y con una pregunta.

—¿No te interesa saber primero quienes somos nosotros? Digo, porque te subís al coche de unos desconocidos de los cuales ni el nombre sabés...

No pude evitar captar el tonito entre irónico y pendenciero de su voz. Y me recordó tanto a Jordi... ¡Tal vez fue por eso que contesté esa pelotudez!

—Sé lo suficiente para esta circunstancia. El simpático es Iván, y el... "malaonda" es Santiago —le dije al perrito elevándolo frente a mi rostro. Y mientras Iván se descojonaba de la risa le di un sonoro beso en la oreja al animal. —Y vos, precioso, sos Danonino por donde te miren... Aunque me digan loca igual que a la China y a Ana.

No tenía ni idea de quienes estaba hablando, solo quería que Santiago se incomodara lo suficiente como para... No sé. Tal vez me hiciera bajar del coche, tal vez me replicara más irónico aún, tal vez me propusiera echar un polvo para compensar el mal momento...

Pero lo único que hizo fue fulminarme con la mirada a través del espejo retrovisor, y yo sonreí con malicia. Iván no le

permitió siquiera el intento de réplica porque se volvió y me miró con una sonrisa radiante.

—¿Sabés que además de linda sos muy graciosa? Tenés chispa, Vero.

Y por primera vez vi y escuché a Santiago reír. Con ironía por supuesto, pero risa al fin. Los dientes más lindos del mundo tenía el hijo de puta.

—Tené cuidado, Iván. No sea cosa que con tanta chispa te prendas fuego.

Pero éste lo ignoró. Toda la atención de Iván estaba concentrada en el piercing de mi ombligo.

Carraspeé y volví a poner a Danonino sobre mis piernas para cubrirme un poco.

Me gustaba que me miraran, y más si era un chico guapo. Pero las... “circunstancias” me hacían sentir expuesta y vulnerable. Era mi instinto de conservación rompiendo las pelotas de nuevo, sin duda.

—¿A qué parte de Brasil vas? —preguntó Iván, totalmente vuelto hacia mí.

—Al Chuy —mentí con descaro porque no se me ocurrió otra cosa. Mis conocimientos de geografía son muy limitados, y solo recuerdo los detalles de los sitios que he visitado.

—¿A hacer qué cosa?

Me revolví incómoda en el asiento. No tenía idea si el famoso Chuy era un sitio turístico, un lugar de veraneo, o qué carajo era.

No quería demostrarles que estaba sola y a la deriva, así que intentando sonar firme le respondí:

—A trabajar.

Pero Iván parecía del puto FBI con las preguntas. No se cansaba nunca.

—¿En dónde?

Mierda. ¿Sería muy descortés decirle “a vos que te importa” luego de qué fue tan amable de darme un aventón? Sí, sí lo sería. A ver hasta dónde podía llegar mintiendo.

—En un... En un bar.

—¿Una barra?

No, eso sonaba a trola. No quería que pensarán mal de mí.

—No. De mesera...

—Mesera... —repitió Iván, sonriendo. —Qué raro. Nadie dice “mesera” en este lado del mundo.

—Es que acabo de llegar de Barcelona —me sinceré.

Y ni bien terminé de decirlo, intervino Santiago con su clásico tonito irónico.

—De Barcelona al Chuy. Lindo título para una novela...

Iván no pareció notar el sarcasmo, y le golpeó el brazo con el dorso de la mano.

—Tenés razón. Se lo tendrías que sugerir a Ana.

Ana. Otra vez Ana. Y una punzada de inexplicables celos me asaltó de pronto. ¿Sería la novia de Santiago?

No pude contenerme y pregunté por segunda vez:

—¿Quién es Ana?

Fue Iván el que respondió.

—Ana es una escritora amiga nuestra. Bueno, más bien de Santi. Dos por tres le sugiero argumentos y siempre me dice que toma nota, pero nunca me da bola. Así jamás va a ganar un

premio internacional...

Vaya, qué interesante. Una amiga escritora.

—¿Y es famosa? —pregunté intrigada.

—Demasiadas preguntas —respondió Santiago, y de inmediato encendió la radio.

La puta madre. Era la segunda vez que me escatimaba información y mi curiosidad se estaba comenzando a inquietar.

Fruncí la nariz.

—Bajá un poco, boludo —señaló Iván sin apartar los ojos de mí. —Ana usa un seudónimo y acá es una pequeña celebridad... Inés Rivera. ¿La conocés?

Negué con la cabeza.

—Es que he estado tres años fuera... —me justifiqué.

—Si algún día lees algo de ella y querés conocerla, el “malaonda” te la puede presentar... —sugirió.

—Iván... —se quejó Santiago.

—Dale, man. Vivís metido en El quinto infierno. No te costaría nada presentarle a Ana y a Tincho cualquier día —insistió Iván.

—En primer lugar no vivo metido en El quinto infierno. Y en segundo lugar, ella va rumbo al Chuy... ¿Cómo carajo le podría presentar a alguien? —replicó su amigo, molesto.

—Es cierto... ¿Tenés que llegar sí o sí al Chuy, Vero?

La cabeza me daba vueltas. ¿El quinto infierno? ¿Qué diablos era eso, valga la redundancia?

—Eh... No... No sé —respondí como una boba.

—Te pregunto porque yo tengo un restaurante en Punta y te puedo dar trabajo de “mesera”—me anunció orgulloso. —En

temporada la ayuda nunca está de más.

Vaya... Estábamos a una hora del aeropuerto, y ya tenía aire acondicionado, y una oferta de trabajo. No había errado el rumbo, sin duda.

—Me... gustaría. Pero sucede que en Punta no conozco a nadie —confesé. Claro que omití decir que en el Chuy tampoco, pero eso era irrelevante.

—Ahora me conocés a mí... Mirá, el asunto es así. Tengo departamentos alquilados para el personal de zafra. Tendrías que compartir con varias personas... ¿tenés problemas con eso?

Iván era tan resuelto que era imposible no seguirle el tren.

—Absolutamente ninguno.

—¿Qué documentos traés?

—Pasaporte argentino.

—¿Cuántos años tenés? —continuó.

No tenía caso mentir. Igual lo vería en el pasaporte...

—Treinta y cuatro.

—¿Qué?

Ese ¿qué? fue pronunciado al unísono por ambos. Sí, chicos. Parecía de veinticuatro pero tenía treinta y cuatro.

—Lo que oyeron.

—Imposible —dijo Santiago, dejándome con la boca abierta. Aunque viniendo de él, era poco probable que se tratara de un halago.

—Puedo demostrarlo —repliqué.

—Treinta y cuatro —repitió Iván incrédulo. —¿Hiciste un pacto con el diablo para parecer de veinte toda la vida?

Y hasta el día de hoy no sé por qué contesté lo que contesté:

—No hice un pacto con el diablo. Pero igual me encantaría bajar a El quinto infierno y conocer a Ana.

3.

Conocer a Ana pasó a un segundo plano la semana que siguió al encuentro con Iván y Santiago. Lo que ocupó todo mi tiempo y mi energía fue adaptarme al nuevo empleo como moza en el restorán La Gaviota, en La Barra.

Era tan agotador el trabajo, que la convivencia en el departamento del complejo Arcobaleno fue lo de menos. Éramos tres chicas y un chico en un departamento de dos dormitorios, pero apenas pude hablarles.

Supe sus nombres por las etiquetas en los artículos de tocador, porque ni en el departamento ni en La Gaviota, pudimos siquiera conversar. Así que mientras me duchaba descubrí que vivía con Jimena, Soledad, Brigitte y Darío.

Pero no tuve el gusto de conocerlos en esos primeros seis días, por lo menos en el real sentido de la palabra. Ni a ellos, ni a nadie.

Me pasé doce horas al día sirviendo mesas y lavando platos, y el resto lo ocupé en mi higiene personal y en dormir. ¡No llegué ni a revisar mi e-mail en esa semana!

Con la única persona que tuve un acercamiento fue Iván. Y eso siempre en plan jefe/empleada. Bueno, era cierto que su mirada era candente, y que me rozaba cada vez que se le presentaba la oportunidad, pero había tanto trabajo que apenas cruzamos dos palabras, y siempre relacionadas a la tarea.

Bueno, al menos hasta el lunes...

A la una de la mañana salí por la puerta de atrás a fumarme un cigarro. Me senté en un escalón y prendí uno.

De inmediato apareció él.

—¿Cómo va, Verónica?

Sonreí. Qué bueno estaba, por Dios. Alto y fuerte, con el pelo y los ojos claros, parecía un modelo de revista.

—Va muy bien, creo —respondí apartando la mirada.

—Sí, va muy bien —convino. Supongo que se refería a que mi desempeño conformaba, y me alegré.

Prendió un pucho y se sentó junto a mí, en el escalón.

—Me alegro de haberte contratado. Tengo buen ojo para el personal...

—Gracias.

—Sé reconocer lo bueno ni bien lo veo. Y en este caso fue por partida doble...

No entendí a qué se refería y se lo pregunté.

—¿Por?

—¿No es obvio? Sos eficiente, inteligente, buena mina y muy pero muy linda —acotó con una sugerente mirada. —Un acierto así de grande...

Bajé la vista, nerviosa. Y apreté los labios... Una sensación de vacío en el estómago, un zumbido en los oídos. Ay, no. Con el jefe no...

—Gracias —volví a decir, aunque en un tono más bajo.

Y ni bien terminé de hacerlo, Iván puso una mano en mi mejilla y me hizo girar la cara hacia él.

—Vero...

—Iván.

—Tengo novia —murmuró y yo abrí la boca, asombrada.
—Soy un hijo de puta, pero muy sincero. Con ella, contigo...

—... Con todas —completé.

Él sonrió y me soltó la cara, pero me agarró la mano.

—Así es —asintió. —Te estuve observando toda la semana, mientras me recordaba los motivos por los cuales no debería iniciar una relación con una empleada del negocio. Tengo una lista larguísima, pero cuando fantaseo con tu boca se me olvida todo.

Tragué saliva. Y muy a mi pesar, las palabras de Iván causaron estragos en mi bombacha.

—¿Y qué opina tu novia de todo esto?

Alzó las cejas.

—¿Vanessa? Está de viaje...

—Y cuando el gato no está, los ratones bailan —repuse.

Él movió la cabeza y sonrió.

—Tenemos una relación abierta. Vanessa es mi socia, nos llevamos bien... Somos casi la misma persona —acotó. —No me engaña, no la engaño... porque ambos sabemos cómo viene la mano. Y no nos parece mal.

“Una relación abierta” para mí quiere decir “nos metemos los cuernos mutuamente”. Eso fue lo que interpreté y la verdad que tampoco me pareció tan malo. Es que mi psiquis conspiraba para olvidar las múltiples razones por las cuales no debía acostarme con mi jefe, así que en lugar de escandalizarme me pareció la mar de civilizado. Creo que mi mente iba en una sola dirección y nada de lo que Iván dijera o hiciera podría desviarla.

Así que me decidí. O mejor dicho, mis ganas decidieron

por mí.

—Iván ¿me parece a mí, o...? —dejé la frase en suspenso a propósito.

—¿O qué? —picó.

—¿...O vos me querés coger? —terminé, al tiempo que me paraba, tiraba mi pucho y lo pisaba. Lo vi contener el aire... Por un momento se quedó paralizado a mis pies, pero luego me recorrió entera con la mirada. Las piernas, las tetas... los ojos.

Se paró y sonrió de lado. Se le formaron hoyuelos en las mejillas y los ojos le brillaron. Era tan atractivo que me dolió la panza solo por observarlo.

—Desde que te vi en la ruta, haciendo ese gesto tan descarado no pienso en otra cosa.

—¿En la peineta? —pregunté riendo, aunque por dentro me estaba derritiendo.

Iván cerró los ojos, pero de inmediato volvió a abrirlos. Tenía estrellas en ellos.

—Podría decirse —murmuró, y luego lo hizo. *Me lo hizo...*

Tomándome por sorpresa, puso la mano por debajo de mi pollera. Era una mini negra así que no le costó nada llegar adónde quería llegar.

Fue una peineta a toda regla... pero dentro de mí. La inesperada movida me dejó sin aire. Tuve que agarrarlo del brazo que tenía libre porque sentí que me mareaba. Jadeando le sostuve la mirada, y jadeando me sostuve en pie mientras Iván hurgaba con su dedo, y se mordía el labio inferior.

Y media hora después, entrábamos a su departamento.

4.

Fácil no, lo siguiente. Pero yo no solía ser así... De hecho, los tipos con los que me había encamado hasta ese momento, se podían contar con los dedos de una mano.

No sé lo que me pasó. Creo que la fecha de caducidad de mi flamante empleo influyó en que no lo pensara demasiado y acelerara el asunto. ¿Por qué no sacarme las ganas si el tipo me gustaba? Y el hecho de que fuera mi jefe no parecía una barrera dado que se trataba de un trabajo temporario. Es más, si me dormía me iba a quedar con esa fea sensación de que me perdí algo.

¿Si el hecho de que tuviera novia fue en algún momento un problema? No, la verdad que no. Ojos que no ven, corazón que no siente... Esa Vanessa estaba en Europa según él mismo me contó, y yo ya no.

Además, la posibilidad de evitar enredarme con Iván, quedó fuera de mi control en el momento en que su dedo entró en contacto con mi vagina. Así de sencillo...

Perdí el decoro por completo y solo pude decir que sí a todo.

A TODO.

Me preguntó si me gustaba lo que me hacía y asentí. Me preguntó si quería más, y volví a asentir. Me preguntó si podía llevarme a su departamento y hacerme de todo y casi le grité

que sí, que sí, que sí.

Pensé que sería una máquina de coger pero me equivocué. No era una máquina, era un hombre... Y para mi sorpresa después del manoseo inicial en la salida trasera de La Gaviota, hubo besos, muchos besos.

Me besó en cada semáforo, en el ascensor, contra la pared del living del departamento. Me besó tanto que llegué a creer que era todo lo que iba a suceder. Pero no.

Hubo más. Primero fue en el sillón. Me sentó sobre él a horcajadas, se bajó el cierre, se puso un condón y me penetró apartándome la bombacha.

Fue alucinante... Es decir, fue morboso y sensual y aunque no vi las estrellas bastó para ponerme a mil.

Él sí acabó, pero al parecer no tuvo suficiente porque sin sacarse el condón me puso en cuatro patas en la alfombra y me volvió a coger.

Cuando se inclinó sobre mí y me hizo girar la cabeza para comerme la boca, experimenté mi primer orgasmo. No fue *el* orgasmo, pero me dejó jadeante y con ganas de seguir.

Se me cumplió el deseo, y la tercera vez sí que lo disfruté.

Cogimos desnudos y en su cama. Lo hicimos lento, rápido, lento. Fue como una larga agonía que parecía no tener fin... Terminamos exhaustos, pegajosos, despeinados.

Mi jefe no era una máquina, pero tenía un aguante fuera de toda lógica. Además era atractivo, simpático, franco, dulce. Suertuda, Verónica. Mucha suerte había tenido esa noche, esa semana, ese año.

Así que no entendía por qué justo después de coger con él y comprobar cuan bueno era en la cama, me encontré

pensando en el imbécil de Santiago.

Qué mal me caía... Mejor dicho, qué mal me cayó porque luego del día del aventón no lo volví a ver. Ni siquiera me dirigió una mirada cuando nos dejó en la puerta de La Gaviota a Iván y a mí.

Era tan antipático... No debería estar pensando en él ni haciendo suposiciones sobre cómo sería en la cama. Seguro que ni siquiera cogía, y de ahí el malhumor que lo tuvo en silencio casi todo el viaje.

Tarado y "malaonda", pero tan atractivo como el bombonazo que me mordisqueaba el cuello en ese momento y me gruñía en la oreja.

Ah, qué increíble era Iván. Me acomodé y terminé durmiéndome en sus brazos. Y eso que no me gustaba dormir con nadie... En la casa de Jordi, el abogado cornudo, tenía mi propio dormitorio. Es que me parecía antinatural compartir el lecho en esa especie de acto simbiótico innecesario, que siempre logré evitar y nunca desear.

Pero me encontré cayéndome de sueño en una estrecha cucharita con Iván... En el último segundo antes de entrar en la tibia inconsciencia, me di cuenta de que casi no habíamos hablado en las últimas dos horas. Es más, casi no habíamos hablado en general... Y no me importó.

Prácticamente no lo conocía, pero daba igual. Todo me daba igual en ese momento.

Me relajé tanto que tampoco me importó lo sudorosa que estaba, ni que debería parecer un monstruo con el maquillaje corrido. Sonreí y me abandoné como hacía tiempo no lo hacía.

Y cuando a la mañana siguiente desperté, me sentí más descansada que nunca. Me desperecé bostezando y miré a mi

alrededor. Al principio no recordé dónde estaba, pero la memoria regresó cuando mis ojos enfocaron los condones llenos y anudados en la mesita de luz.

Me senté en la cama, sorprendida. No tenía resaca, porque no había bebido, y sin embargo había actuado como si hubiese estado en pedo. Borracha y sacada como una perra.

La puta madre.

El espejo frente a mí me devolvió una imagen que hubiese querido evitar. Desnuda, desgreñada, y con dos círculos negros en torno a los ojos. Y a mi lado, nada... Ni rastros de Iván.

Pero sí había un exquisito olorcito a café.

Me levaté y me metí en el baño de la habitación. Me duché con rapidez, intentando ponerme presentable, pero cuando quise vestirme recordé que mi ropa había quedado en el living.

Tomé prestada una camiseta de Iván, y así, con el pelo húmedo y sin bombacha, me presenté a desayunar.

Al principio no me di cuenta de que no era Iván el que estaba sentado en la cabecera de la mesa, de espaldas a mí. Incluso estuve a punto de abrazarlo desde atrás, pero por suerte no lo hice porque descubrí a tiempo que era Santiago, el "malaonda" que había ocupado mis últimos pensamientos antes de dormirme la noche anterior. ¿Qué hacía ahí?

—Carajo —murmuré. Pero no lo suficientemente bajo porque se giró de inmediato y me recorrió con la mirada.

—Buenos días —me dijo con voz fría. —Sentate, que ahora te sirvo un café.

Obedecí, incómoda. Me senté a la mesa estirando la camiseta todo lo que podía para cubrir mis piernas. Santiago

leía el diario, y no parecía tener apuro para servirme ese café.

—¿Dónde está Iván?—le pregunté sin poder contenerme.

—Tuvo que salir.

Tragué saliva. No entendía por qué me daba tanta vergüenza mirarlo. Estaba casi desnuda, pero no era solo por eso.

—¿Y vos qué hacés acá? ¿Vivís con él? —me atreví a preguntar.

—Vivo en un piso más abajo, en un departamento cómo éste. Iván me pidió que viniera a... Bueno, me dijo que estabas durmiendo y me pidió si podía llevarte a Arcobaleno en cuanto estuvieras lista.

Vaya, qué considerado... Me mandó un escolta pero ni siquiera se preocupó por dejarme una nota, o mi ropa a mano.

—Es que... —miré a mi alrededor buscándola, pero no la vi dónde recordaba haberla dejado. —¿Tenés idea de dónde puso Iván mis... mis cosas?

Santiago sonrió con ironía.

—Iván no tocó tus... cosas. Yo las recogí y las puse acá —respondió.

Casi muero cuando lo vi levantar la mano, y balancear mi bombacha en el aire... La tenía en la silla que estaba junto a él y frente a mí, al otro lado de la mesa. Y la mantenía sujeta con dos dedos frente a mi cara, que estaba roja como un tomate a juzgar por el calor que ese gesto me produjo.

Se notaba que disfrutaba de hacerme sentir mal.

Manoteé la prenda, furiosa. Se la arranqué de la mano, y lo vi apretar los labios para no soltar la carcajada. Y cuando me di cuenta de que todo eso me estaba excitando demasiado, me

sentí muy perturbada.

—¿Dónde está el resto? —pregunté, impertinente.

Señaló la silla nuevamente, y yo me incliné para mirar por debajo de la mesa. Sí, allí estaba mi ropa, prolijamente doblada. Qué ordenadito. Si era así para todo, sería tan aburrido...

Sonreí perversamente y volví a enderezarme. Tiesa como una tabla, me recosté en el respaldo de mi silla sin mirarlo siquiera.

—¿Y bien? —me preguntó.

—¿Qué cosa?

—¿Vas a querer café o preferís mate? Acabo de poner el agua.

Mate... Por Dios, qué ganas.

Lo había desterrado de mi vida hacía tres años para no extrañarlo. Pude sobrevivir sin él en España, y también en mi primera semana en Uruguay por falta de tiempo para desearlo.

Pero ahí estaba ese demonio tentándome a volver al vicio.

—Mate —dije entre dientes.

—¿Qué?

—Quiero unos mates... Cuando esté el agua —respondí. Y de inmediato me paré y rodeé la mesa para recoger mi ropa.

Sentí su mirada pegada a mi cuerpo todo el tiempo. Y casi no me dan las patas para correr a vestirme.

Diez minutos después, me tomaba mi primer mate luego de tres largos años.

Qué placer, por Dios. Con los ojos cerrados disfruté del

calor de la bombilla entre mis labios, y del agua hirviendo quemándome la lengua, la garganta... Amargo y delicioso, tal cual lo recordaba.

Cuando los abrí, me encontré con los de Santiago fijos en mi boca.

Y envalentonada de repente, me atreví a decirle.

—Vos no me bancás.

Creo que lo sorprendí en serio, porque cerró el diario y se paró.

—No digas pelotudeces. Voy a bajar con mi perro cinco minutos... Cuando estés pronta bajá vos también y esperame en la puerta del garaje —me ordenó, y luego se dio media vuelta y se fue.

Carajo. Furiosa conmigo misma, tuve que asumir que Santiago me gustaba. Es decir, me parecía atractivo, y me provocaba emociones un tanto violentas.

Me sentía confundida y molesta. La noche anterior había disfrutado mucho con Iván, pero era Santiago quien ocupaba mis pensamientos esa mañana.

No quería subirme al auto, pero sentía que muchas alternativas no tenía, después de que él me indicó hacerlo sin un solo titubeo.

El perro no estaba, así que supuse que lo había vuelto a subir luego de haber hecho sus necesidades, pero igual no pude resistirme a preguntar por él.

—¿Y Danonino?

Santiago me fulminó con la mirada.

—Se llama Nerón.

—Es cierto. Solo "la China" le dice así ¿no?

—Y también Ana. Está en el departamento, durmiendo.

—¿Ana? ¿La escritora está durmiendo en tu departamento?

Me miró como si yo fuese una nena tonta.

—El perro, Verónica. El perro —me aclaró sin poder ocultar su fastidio.

Uy... Verónica. Era la primera vez que decía mi nombre, y lo hacía de una forma por demás especial. No quería demostrarle cómo me ponía que me mencionara de esa forma, así que intenté seguir la conversación con normalidad.

—¿Y Ana?

—¿Qué hay con ella?

—¿Dónde está?

—En El quinto infierno, con Tincho, supongo.

—Y Tincho es...

Santiago suspiró.

—Tincho es mi mejor amigo. Ana, su mujer. ¿Satisfecha?

—Algo. ¿Qué es El quinto infierno?

—Una chacra, en Rocha.

—Y allí vive tu mejor amigo con Ana, la escritora ¿cierto?

—Cierto.

—Pensé que era Iván tu mejor amigo...

Ni siquiera se dignó a responder. Permaneció en un hosco silencio hasta que no aguanté más y le pregunté:

—¿Por qué no me bancás?

Apretó los labios y no dijo nada.

—Santiago.

Para mi sorpresa, me miró cuando detuvo el coche en un semáforo en rojo, y me dijo:

—No es así. No sé por qué pensás eso...

—Me hablás mal.

—Es mi forma de ser. No soy muy simpático.

—Excusas —repliqué, implacable.

—Si apenas te conozco ¿cómo podría no bancarte?

—No sé. Solo sé que no me soportás.

—Basta.

—Admitilo. No te gusta que Iván y yo...

—¡Está bien! ¡No me gusta!

—¿Por qué?

—No me gusta —repetió, terco. Y luego agregó: —Es más, me tiene bastante caliente.

—¿Por qué estas tan disgustado, Santiago?

Y tanto insistí que finalmente lo logré.

—Porque él te vio primero —dijo mordiendo cada una de las palabras.

—¿Qué?—pregunté casi sin aire.

—Fue lo que dijo cuando apareciste ni bien rodeamos la glorieta del aeropuerto: *Pará, Santiago. Y acordate que yo la vi primero.* ¿Ahora sí estás contenta?

Contuve el aire. Era frustración lo que él sentía. Eran celos... Era increíble lo que me hacía sentir a mí.

—No es muy halagador que digamos...—murmuré mirándome las manos. Me trataron como un objeto echado a

suertes, y debería mostrarme ofendida, pero en el fondo de mí no me sentía así.

—¿No? Yo diría que es todo lo contrario... Sos el sueño de cualquiera y lo sabés. Iván cantó primero, y yo perdí... — me dijo y ahí tuve que exhalar el aire lentamente porque me sentía muy mareada.

Sos el sueño de cualquiera y lo sabés. La puta madre...

Tragué saliva y finalmente me atreví a preguntar:

—¿Y qué te hace pensar que “cantar primero” es sinónimo de ganar?

Arrancó el auto picando. Me quedé esperando una respuesta que segundos después llegó.

—Al menos es sinónimo de ganar la oportunidad de conquistarte. Le tocó a Iván. Lo logró. Eso me... frustra. Digamos que me frustra. Fin del asunto.

¿Si les digo que esa conversación con Santiago me excitó más que las dos horas que pasé revolcándome con Iván me creerían? Porque así fue...

Miré por la ventana para serenarme, y ahí me di cuenta de que ya estábamos en Arcobaleno.

—Iván fue a buscar a la novia al aeropuerto. Se suponía que no llegaba hasta la semana que viene... No sé cómo seguirá lo de ustedes, pero sé que esto no te toma por sorpresa, y te pido discreción —me dijo en voz baja.

Lo miré en silencio por unos instantes. Tenía razón... No solo no me tomaba por sorpresa, sino que tampoco me afectaba.

—Tranquilo. Siga como siga, no le voy a arruinar nada... —musité.

Santiago volvió la vista al frente y destrabó las puertas, en una clara invitación a que me bajara.

No iba a provocar que me lo ordenara, así que lo hice. Pero mientras descendía, mi mente iba a mil.

Antes de cerrar la puerta, me di vuelta y volví a meter la cabeza en el auto.

—Santiago.

—¿Qué? —preguntó secamente.

—Yo te vi primero a vos —le respondí.

No esperé su réplica; lo dejé con la boca abierta y entré al Complejo sin mirar atrás.

5.

Y aún varias horas después, continuaba arrepintiéndome de haber seguido mi impulso y haberle dicho eso. Me pasé mi primer día libre autoflagelándome... Había quedado como una puta, estaba segura.

¿Qué clase de mujer se acuesta con uno y horas después casi se le declara a otro? Una auténtica trola.

Y tal vez por eso, Iván no me llamó en todo el día. O quizá fuera porque se estaba despachando a gusto con su novia... El solo hecho de imaginarlo esforzándose por cumplirle, luego de la intensa maratón sexual de la noche anterior conmigo, me hizo sonreír.

Pero cuando me acordé de lo lanzada que me mostré con Santiago, tuve ganas de llorar. ¿Por qué me importaba tanto lo que él pudiera pensar de mí?

Sacudí la cabeza, furiosa conmigo misma. ¿Qué tenía de malo? Ellos eran dos tipos a los que les gustaba la misma mujer. Y yo era una mujer a la que le gustaban dos tipos. Tan simple como eso... El único inconveniente es que esos dos tipos se conocían y eran amigos. Ay, Dios... Un verdadero lío.

Dormir para olvidar es infinitamente más sano que beber para olvidar. Y eso hice.

Al otro día, desperté pasada la hora del almuerzo y me fui a La Gaviota antes de tiempo.

Pero Iván vino más tarde que nunca. Yo no sabía qué pensar, qué esperar, cómo actuar. Intenté un contacto visual pero no lo logré.

Resignada, comencé a preparar las mesas y fue ahí que se me acercó.

—Hola, Vero.

—Hola.

—Ya te habrá explicado Santi...

—Sí, me explicó —lo interrumpí. Doblaba servilletas artísticamente y simulaba estar concentrada en la tarea pero lo cierto es que estaba nerviosa y confundida.

—Te pido disculpas. Fue algo totalmente inesperado...

—No te preocupes.

—Intenté llamarte ayer, pero me fue imposible...

—Lo imagino —le dije, y muy a mi pesar sonreí.

—¿De qué te reís?

—De nada —respondí, pero me traicioné soltando una carcajada. —Ay, no me hagas caso.

—Ahora me vas a decir...

—Es que... De solo pensar en cómo te habrá quedado el... el amigo, me muero de la risa.

—¡Sos un veneno! —exclamó riendo también. —Pero algo de eso hay... La tengo hecha jirones. Seis polvos en veinticuatro horas era algo corriente a los veinte, pero a los treinta y cinco...

Era extraño pero no me sentía ni ofendida, ni disgustada, ni confusa.

El tipo con el que me había acostado el día anterior me

confiaba que le echó a su novia tres polvos, y yo no me sentía miserable en absoluto.

Seguí sonriendo y doblando servilletas mientras Iván me comía con la mirada. De pronto desapareció de mi campo visual, y antes de que pudiera volver la cabeza para seguir sus movimientos, me abrazó desde atrás.

La tendría hecha jirones, pero estaba dura como piedra.

—Iván... nos pueden ver.

—¿Y? —susurró en mi oído.

—Sos un caradura... Tu impunidad no tiene límites.

—Más respeto que soy tu jefe —me dijo mordisqueando el lóbulo de mi oreja.

—En ese caso tendría que denunciarte por acoso — repliqué, pero mi tono de voz no era amenazante. Era más bien un jadeo.

—Creo que tenés ganas de chupármela y no sabés cómo pedírmelo.

—Más bien tengo ganas de cortártela y este cuchillo podría servir...

Y ni bien lo levanté, él dio un paso atrás. En ese momento me di cuenta qué poco nos conocíamos.

Iván se alejó con las manos en alto.

—Veo que estás enojada, pero puedo compensarte.

Me aproveché de la situación por supuesto. Era toda una novedad...

—¿Cómo?

—¿Querés conocer a Ana, la escritora?

Bueno, me esperaba otro tipo de compensaciones pero

esa no me disgustó para nada.

—Me encantaría —respondí sonriendo y bajando el arma.

—Esta noche lo vas a hacer, entonces. Ella y Tincho vienen a cenar a La Gaviota.

—Genial.

—La mala noticia es que también viene Vanessa.

Me encogí de hombros.

—Será mala noticia para vos, porque para mí no.

Iván me agarró de la mano y me acercó a su cuerpo.

—Aún puedo arruinarte la velada.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Viene el “malaonda”...

Contuve el aire. ¿Lo hacía a propósito?

—Uno más para atender —dije y de inmediato me arrepentí. Y me puse colorada como un tomate.

—Vero, no vas a atender a nadie. Te vas a sentar a cenar esta vez...

—¿Qué?

Me acarició el rostro con ternura.

—Tengo ganas de despedirte... —susurró.

—No, por favor.

—Si lo hago, te consigo otro laburo.

—¿Pero por qué me querés despedir? Me dijiste que estabas conforme...

—Y lo estoy. Pero sos una tentación imposible de evitar, y estoy pensando seriamente en despedirte porque no puedo estar al palo todo el día, en el laburo. Le voy a preguntar a Santi

si te puede dar laburo administrativo en su escuelita de surf — me dijo, dejándome con la boca abierta. Ni loca iba a aceptar algo así...

¿Por qué? No lo sabía. O sí lo sabía y eso me ponía muy nerviosa porque significaría que iba a terminar acostándome con Santiago. El tipo me gustaba, y el trato frecuente lo haría inevitable. Y sentirme más trola de lo que me sentía me iba a poner más incómoda aún. Había elegido a Iván, o él me había elegido a mí. ¡No podía tener nada con Santiago!

—No. No quiero... —supliqué apartándome.

—Es la solución porque quiero seguir —replicó pegándose nuevamente a mi cuerpo desde atrás. —Quiero repetir una y otra vez, Verónica...

Esa conversación quedó trunca porque alguien entró con una bandeja, e Iván se fue con prisa. Y más tarde me envió un WhatsApp:

“Si querés podés ir a Arcobaleno a cambiarte. Hoy no sos ‘mesera’ sino una amiga de Santi. Él todavía no lo sabe, pero tranqui, porque estoy seguro de que ya no mantiene la antipática actitud del otro día. Te quiero en esa mesa, Verónica.”

No iba a hacerlo pero no pude contenerme.

“No sé por qué me querés en esa mesa. A no ser que te cause morbo verme conversar con tu novia”.

Me puso un emoji y luego respondió:

“Algo de eso hay... Te confieso que un poco me calienta”

Vaya. Era más perverso de lo que suponía. Entonces le iba a dar más de lo que imaginaba. No lo pensé demasiado... ¿Era *open mind*? Bueno, yo quería saber a qué extremo.

“¿Querés calentarte más?”

“Siempre” escribió de inmediato.

Dudé un poco, pero finalmente me animé.

“Tengo fantasías muy eróticas con Santiago”

Escribió y borró no menos de cuatro veces. Finalmente me puso:

“Sos masoquista ¿no?”

Me reí y miré a mi alrededor a ver si estaba cerca, pero no lo vi.

“En efecto. Después de Grey, a muchas nos va algo de BDSM... Voy a aprovechar mis v inculaciones con el jefe y me voy al departamento a cambiar. Solo espero que él reflexione sobre sus planes de despedirme, pues eso significaría acercarme demasiado al ‘malaonda’ de su amigo... Y quien sabe lo que podría pasar”.

Y mientras me tomaba un taxi en la puerta de La Gaviota, recibí otro mensaje de Iván.

“Uno nunca termina de conocerse. Los celos dieron paso a la morbosa fantasía de compartirte con él. Evidentemente las prefiero compartidas...”

Me quedé helada con la alusión a la conocida canción. ¿Se refería a su relación abierta con Vanessa o se refería a mí, su amante de turno? ¿Es que realmente a un hombre le puede gustar compartir a las mujeres? Parecía que sí, y muy a mi pesar, eso me terminó excitando mucho.

“Parece que el asunto de ‘yo la vi primero’ ya no corre ¿no? Disfrutemos del morbo de imaginarlo, al menos. Hasta esta noche, jefe”.

Y luego le di la dirección al chofer, y perdí la señal.

6.

Me puse una solera estampada en tonos de verde, con breteles finos de esos que se atan en los hombros. La pechera era elastizada estilo panal de abeja, cosa que disimulaba un poco mi falta de delantera.

Es que soy muy flaca y eso no tiene que ver con alguna obsesión con las dietas. ¡Como de todo! Soy una chatarrera consumada, pero no se puede contra la genética y soy delgada, qué le vamos a hacer.

Eso podría ser a primera vista una ventaja, pero sucede que la misma constitución física que hacía que mi panza chata y mis piernas largas fueran la envidia de mis amigas, también hacía que tuviera muy poco busto. Gracias al cielo mi culo no corría con la misma suerte, porque era redondo y paradito. Eso, junto con mi pelo rojizo y mis dientes blancos eran mis mayores fortalezas.

Pero mi debilidad me mortificaba bastante y solo esperaba hacer fortuna para pagarme un implante de siliconas, aunque mis amigas pensaran que estaba loca.

Patricia especialmente... "Nena, ¿querés que tus hijos chupen plástico?" me dijo alguna vez. La única que me apoyó un poco fue Vicky. Pero fue a regañadientes, para llevarle la contra a la otra. Y desde que se mudó a México con Pablito Ruiz, el cantante, me quedé sin nadie que me secundara en mi

locura.

Mis amigas estaban lejos tanto para criticarme como para consentirme, y mis hipotéticos hijos más lejos aún, así que esperaba que al menos las siliconas se me acercaran.

Tenía bastante tiempo antes de la cena, pues Iván me envió un mensaje que decía: “Lista a las nueve ¿ok? Yo te aviso cuando tengas que bajar”.

Eran apenas las seis de la tarde, así que ocupé el resto del tiempo en investigar sobre algo que me tenía bastante intrigada: Ana, la escritora.

Iván había mencionado que su seudónimo era Inés Rivera, así que busqué en Google su obra más reciente. Era un relato que había ganado un premio y se llamaba “El último infierno”.

Lo compré en Amazon, y no me llevó más de media hora leerlo.

Cuando lo terminé, también terminé llorando. Qué historia... Por alguna razón tenía la sensación de que no se trataba de ficción. ¿Sería porque se llamaba Ana la protagonista? O tal vez fue por el título, tan parecido al nombre de la chacra... Como fuera, si antes tenía ganas de conocerla, en ese momento el hacerlo se tornó imperioso para mí.

Quería descubrir cómo era Ana, pero también si lo que contaba en ese relato tenía que ver con la realidad o eran meras coincidencias.

Pero el conocer a Ana no era lo único que me provocaba cierta inquietud. También lo hacía el conocer a Vanessa, la novia de Iván. Y ni que hablar el reencuentro con Santiago... Eso me ponía los pelos de punta.

No sabía cómo iba a manejar la atracción que sentía por

ambos, estando los tres sentados en la misma mesa, y bajo la atenta mirada de la novia de uno de ellos, y de una escritora que seguramente tendría una especial sensibilidad para captar determinadas señales.

Lo sabía, porque a mí también me gustaba mucho escribir. De hecho en mis ratos libres, mientras Jordi me ignoraba metido en su trabajo, mi pasatiempo favorito era escribir historias fantásticas... Y todas surgían apoyadas en algún hecho real, o en la interpretación del mismo.

No obstante jamás se me cruzó por la mente publicar nada. Nunca se me ocurrió pensar que mi verdadera vocación estaba ahí. De hecho aún no resolvía qué quería hacer el resto de mi vida.

Estaba descartado el volver a ser azafata, la tarea que desempeñé durante diez años. Eso quedó muy atrás poco antes de viajar a Barcelona, luego de un desengaño que me dejó por el piso. Y obviamente el servir mesas tampoco era muy vocacional que digamos... No era servir lo que quería para mí. Ni en un avión, ni en un restorán.

Necesitaba reencontrarme con mis sueños y con mis necesidades. Y en ese momento, ambas cosas pasaban por dos personas: Iván y Santiago.

Ellos formaban parte de mis deseos... ¿Los podría concretar? ¿Con ambos?

Mis pensamientos se interrumpieron de pronto por una notificación en mi celular. Mensaje de Iván:

“Bajá y sé una buena chica”.

Uy, qué enigmático. Sospechaba que eso tenía que ver con cierta actividad en el coche. Para ser más clara, seguro que quería que “bajara” en más de un sentido.

Y lo hice. Es decir, bajé tal cual me lo pidió, pero grande fue mi sorpresa cuando me encontré con el BMW de Santiago y a él recostado en uno de los laterales.

Se me secó la boca.

Me aproximé temblando. Se veía fenomenal... Mejor que nunca. Ya lo había visto de camiseta y bermudas, de camiseta y jeans, y ahora de camisa y jeans. Y así con el pelo mojado y las puntas desperejadas, parecía un modelo de revista. Esta era su mejor versión, sin duda.

Yo llevaba sandalias bajas, y cuando se enderezó luego de abrirme la puerta, mi rostro quedó a la altura de su pecho. Un poco de vello oscuro asomaba por el segundo botón desprendido y a mí me dieron ganas de apoyar mi nariz allí.

¡Ván era lampiño y también me gustaba. ¿Cómo era posible que ambos me parecieran tan atractivos?

—Buenas noches —lo escuché decir, y levanté el rostro para mirarlo a los ojos. Dios, qué alto era. Esa era la primera vez que nos encontrábamos parados frente a frente, y no pude dejar de notarlo.

Alto, varonil, y ...*malaonda*. Pero me gustaba.

—Hola. No esperaba que vinieras vos...

—Órdenes de tu jefe —dijo mientras me abría la puerta.

Me senté y observé por el espejo lateral el culo de Santiago mientras se alejaba para rodear el auto. Empecé a transpirar.

—¿Podés poner el aire? —fue lo primero que le pregunté cuando subió.

—Sí. Ponete el cinto.

No hablamos mucho durante el trayecto a La Gaviota,

pero sí mientras estacionábamos en el parking.

—Ese es el auto de Vanessa —señaló mirando un Beetle rojo precioso.

—Ya llegó... Bueno, que comience el show —musité. — Todo sea por conocer a la escritora.

—¿El show?

—Sí. Ahora tendré que fingir que no soy una moza de La Gaviota, sino una amiga tuya. Y que Iván y yo no tuvimos nada...

Santiago sonrió.

—Cómo se ve que no conocés a Vanessa.

Me dejó intrigada y confundida, pero no tuve tiempo a preguntar más nada, porque cuando quise acordar, Vanessa me besaba efusivamente a la europea.

—Me dijo Iván que acabás de llegar de España... Qué encantadora forma tienen de saludar allá, ¿verdad?

—Besos dobles es mejor que besos sencillos, sin duda — fue mi poca apropiada respuesta, pero tanto a Iván como a su novia pareció a gustarles porque estallaron en una carcajada, y se miraron de una forma... curiosa.

Santiago en cambio, miró para otro lado.

Vanessa era monísima. Rubia, de pelo corto y con aire nórdico. Su estilo era diametralmente opuesto al mío... Con mi piel morena y mis ojos castaños, más latina no podía ser. Además ella era voluptuosa, y yo delgada. Ella era sofisticada y yo sencilla. Era desenvuelta y yo...

Yo no sé ni lo que era, pero me veía muy diferente a Vanessa. Su vestido rojo a tono con sus labios, sus zapatos de taco aguja... Estaba deslumbrante.

Nos sentamos y pedimos las bebidas. Brigitte me guiñó un ojo cuando me sirvió mi Cuba libre y me sentí bastante culpable. Hasta estuve a punto de ofrecerle ayuda.

Por fortuna algo a mis espaldas concentró la atención de todos. Me volví y vi a una mujer preciosa.

Otra rubia, pero con un estilo muy diferente a Vanessa.

Parecía de treinta y pico, y tenía el pelo lacio que le llegaba a los hombros. Ojos verdes, y algunas pecas en la pequeña nariz. Llevaba un pantalón negro ajustado y a los tobillos, y bailarinas. Un top blanco completaba su atuendo.

No solo era linda, era estilosa. Y no había duda de que era Ana.

Pero lo que más llamaba la atención no era su look, sino su acompañante...

Me quedé con la boca abierta cuando lo vi.

¡Estaba en una silla de ruedas! ¿Ese era Tincho?

Y a medida que se acercaban, mis ojos no podían despegarse de él, de su sonrisa... Tenía como un imán en ella. Una personalidad magnética, y una apariencia única.

Pelo largo, barba entrecana. Bermudas y camiseta descolorida... ¡Ojotas! Y unos lagos celestes por ojos.

Y mientras mis acompañantes celebraban la llegada de la pareja, algo en mi interior comenzó a inquietarse. Silla de ruedas... El quinto infierno... Un encanto fuera de este mundo...

¡Carajo! Era el del relato de Inés Rivera. "Agustín", le había puesto la escritora, pero estaba segura de que ese relato era el resumen de su autobiografía. Entonces... ¿Quién sería Germán? ¿Sería Iván?

Baluceé dos tonterías cuando me los presentaron, y

luego traté de no mirar a Tincho porque temía hacerlo con cara de boba. Entonces me concentré en Ana...

Eran tal para cual. Ambos hermosos, ambos magnéticos.

Enseguida congeniamos. No fue necesario hablar demasiado para que me diera cuenta de que no tenía relación alguna con Vanessa, ni quería tenerla.

Me hizo muchas preguntas sobre mi vida en España, sobre cómo había conocido a Santiago y a Iván... Yo no me atreví a hacérselas aunque ganas no me faltaron. Me limité a alabar su trabajo.

—Me encantó “El último infierno”. Me hizo llorar, pero me gustó mucho. Tanto que mientras lo leía, deseé que ciertas partes no fueran ciertas, y que otras sí lo fueran —me sinceré con timidez.

—¿Ah sí? ¿Cómo cuales? —intervino Tincho, curioso.

Todas las miradas se concentraron en mí.

—Bueno, el amor entre los protagonistas, por ejemplo... Deseé que ese amor tan bonito fuera real. Y también la fortaleza de Agustín...

Tincho sonrió y apretó la mano de Ana. Yo no pude dejar de notar ese gesto, y me estremecí.

—¿Y qué cosas deseaste que no fueran ciertas? —preguntó ella.

Pensé un momento y luego respondí.

—El dolor de Germán. Su cobardía, sus miedos. La culpa enredándolo todo. El tener que asumir que no se puede tener todo en la vida... El tener que elegir sabiendo que siempre se pierde algo. La verdad, que a veces duele mucho, pero aún así es preferible al engaño.

Un silencio siguió a mis palabras. Pero luego hablaron todos juntos, y el momento tenso se disipó.

Bueno, al menos ese momento tenso, porque hubo otros.

Como el que ocurrió cuanto por fin tuve el valor de levantar la mirada y me encontré con la de Santiago fija en mí.

Por primera vez vi deseo en sus ojos. Un deseo franco, desnudo, tan demoledor que me asustó. No entendía los motivos, porque me estaba comportando como una tarada.

Nunca me sentí tan tímida, tan fuera de lugar. Me resultaba chocante estar sentada frente a dos tipos que me gustaban. Bueno, tres... Porque Tincho era de verdad cautivante.

Lo que yo sentía por Santiago era muy distinto a lo que me provocaba Iván, pero igualmente perturbador. Con éste me sentía a mis anchas. Todo fluía de maravillas, incluso el sexo. Pero su amigo me ponía histérica... Me daban ganas de huir y de quedarme. Ganas de pegarle y de besarlo. De atraerlo y de rechazarlo. De portarme mal, muy pero muy mal...

Luego del aperitivo me disculpé y fui al baño. Y cuando me estaba lavando las manos entró Vanessa.

—Te sentís incómoda ¿verdad? —me preguntó.

Tragué saliva... Incómoda no, lo siguiente, pero por la pregunta que me acababa de hacer más que nada.

—No sé qué...

—Vamos, Vero. No tenés por qué sentirte mal.

Miré la puerta con ganas de huir, pero permanecí allí, dura como una estatua.

—Vanessa, la verdad es que ahora sí me siento incómoda.

—Ya te dije que no tenés por qué sentirte así —replicó. — Iván y yo no nos ocultamos nada... Y la verdad es que tendría que darte las gracias, porque la bienvenida fue inolvidable.

Carraspeé. No podía creer que estaba hablando de eso con la novia de Iván, por más pareja abierta que fueran. No era correcto, no era apropiado en absoluto.

—Lo motivaste mucho —dijo riendo. —Y eso confirma mi teoría de que cuanto más lo hacés, más querés.

Carajo. El no encontrar ni la menor animosidad en su voz me estaba perturbando demasiado.

Bajé la cabeza y no supe que decir.

—Vamos a darle un respiro unos días para que se recupere, pero quiero que sepas que no deberías sentirte mal, o culpable. Y que tienen piedra libre para seguir disfrutando.

La puta madre. ¡No lo podía creer! La novia de Iván nos estaba habilitando para... seguir.

—No sé si... Tal vez no sea tan moderna como ustedes, Vanessa.

—Por favor... ¡acabás de llegar de Europa!

—Es que... No creo que pueda.

—¿Por qué?

Y no sé por qué lo dije, pero lo dije. En algún lugar lo tenía guardado y se le ocurrió salir justo en ese momento:

—Porque me gusta Santiago.

Vanessa alzó una ceja y sonrió.

Pero no pudimos seguir hablando porque entraron dos mujeres y ambas huimos.

De vuelta en la mesa, la atención de Ana volvió a

concentrarse en mí, pero en un momento en que los demás hablaban de otra cosa.

Se inclinó y me susurró:

—Me gustó lo que rescataste de la historia.

—Y a mí me gustó la historia.

—Vos sabés que no es ficción... —afirmó, y yo no supe qué decir.

Solo me limité a asentir con la cabeza.

—Lo supuse... Es bastante evidente si nos conocen.

Sonreí.

—La verdad es que da para una novela. ¿Por qué dejarlo en un relato?

Se encogió de hombros.

—Porque la novela haría trascender todo demasiado...

Soy escritora, pero no puedo darme el lujo de contar mi propia historia, porque es demasiado fuerte y todos sabrían que no es ficción. El relato no tiene ese alcance, sin duda...

Y de pronto se me ocurrió. Lo solté sin procesar, así cómo se me presentó adentro de mi cabeza.

—¿Y si la cuenta otro? ¿Si alguien la retoma, cambia los nombres y algunas circunstancias y la publica? —pregunté.

Ana sonrió.

—Eso podría andar...

—Yo puedo hacerlo andar —afirmé, convencida.

La sonrisa de Ana se hizo más amplia.

—¿Escribís?

—Algo.

Vanessa interrumpió nuestra conversación pidiéndole a Ana que contara cómo era el novio de “la China”, y ésta me guiñó el ojo antes de hacerlo.

Me perdí la anécdota, porque mi mente iba a mil. Y mientras todos reían, yo pensaba y pensaba... ¿Podría hacerlo? Sí podría, pero no a partir del relato. Necesitaba que Ana me contara todos los detalles de su historia. Absolutamente todos...

Podría hacerlo y quería hacerlo. O al menos lo intentaría.

Cuanto más lo pensaba, más me gustaba la idea.

El sonido de una notificación cortó mis locas elucubraciones.

“Estás tramando algo, puedo verlo. ¿Tendrá que ver con voltearte a Santi esta noche? Quiero que sepas que tenés mi beneplácito, pero te voy a exigir que me cuentes luego los detalles de lo que hicieron y qué sentiste...”

Menudo perverso. Y con esa carita de nene...

No lo vi escribirlo. Debe haberlo hecho bajo la mesa y casi sin mirar.

Yo hice otro tanto.

“Es la segunda vez en la noche que alguien me da su beneplácito para que continúe con mi vida sexual. Hace un rato lo hizo tu novia... Me autorizó a seguir disfrutando de tu cuerpo”.

Levanté la vista y noté que sonreía mientras movía la cabeza.

Pero a su lado, Santiago, no lo hacía. Permanecía serio y circunspecto.

Y hasta incómodo parecía...

Pero la noche continuó sin sobresaltos, sin nuevos

intercambios a través de WhatsApp, sin momentos comprometedores.

Cuando Ana se inclinó para saludarme, me dijo:

—Me gustaría que vinieras a mi casa cuando puedas.

—¿A El quinto Infierno?

Ella asintió.

—¿El lunes? Es mi próximo día libre.

—El lunes me parece genial. Le voy a pedir a Santi que te dé un aventón.

—¡No! —exclamé. —No quiero molestar...

Ni molestar, ni claudicar. Ni someterme a su menosprecio. Ni caer de rodillas y hacerle una mamada... Y cada vez que pensaba en él o lo miraba, esa fantasía se apoderaba de mí.

—Él va y viene. Tiene una escuelita de surf también allá.

Bien, la suerte estaba echada.

Una semana atrás, mi futuro era una gran interrogante. Pero todo puede cambiar en un instante y allí me encontraba yo, entre dos fuegos. Una fantasía perfectamente realizable, dos pasiones absurdamente compatibles.

Tenía mucho por descubrir... Un proyecto más que interesante. Un hombre más que interesante. O dos... Porque ambos me interesaban, y mucho. Los dos eran un desafío y una tentación a la vez.

Esa noche había sido increíble.

Y las que vendrían, seguramente lo serían aún más.

7.

En ese momento no tenía idea de cuán increíble sería esa noche, pero tenía todas mis expectativas puestas en ella.

No sabía si me llevaría Iván o Santiago. Lo que nunca hubiese esperado fue que Vanessa se ofreciera para alcanzarme hasta Arcobaleno. Iván pareció encantado con la idea.

—Gracias, Gringa —le dijo a su novia. Y luego se dirigió a Santiago que, por el contrario, no parecía nada contento. — ¿Nos vamos de joda, man?

—Estoy cansado —repuso éste. Me miró con frialdad, y luego hizo un gesto de saludo y se dirigió a su BMW sin mirar atrás.

—Qué aguafiestas... —dijo Iván, decepcionado. —Gringa, me voy a Openbar para ir agarrando lugar... Te espero allá.

—Quedé con las chicas en La Lola Summer Club. Sorry, amor...

Éste no pareció nada contrariado. Me miró y por un instante pensé que me diría algo, pero sonrió, me guiñó un ojo, y luego de recomendarle a su novia que manejara con cuidado, se fue cantando... "Yo quiero estar contigo, vivir contigo, bailar contigo, tener contigo, una noche loca... con tremenda loca..."

Vanessa rió y me invitó a subir al Beetle con un gesto.

—Iván es un nene grande—dijo. Y para ser sincera, no

pareció una crítica.

No respondí nada y ella enfiló hacia Punta. La conversación que tuvimos en el camino fue por demás extraña.

—¿Así que te gusta Santiago?

Me mordí el labio inferior mientras pensaba cómo salir de ese comprometido momento.

No fue necesaria una respuesta, pues al parecer era la forma de romper el hielo.

—No te culpo. Es un sueño de hombre... Pero no te conviene.

Me volví a mirarla, asombrada. Si yo tuviera un novio picaflor, y su reciente conquista estuviese más interesada en el amigo que en él, aprovecharía la circunstancia... El escaso interés de Vanessa en echarme a los brazos de Santiago me dejó helada.

—¿Por?

Ella sonrió.

—Él no... Santi es diferente. Es complicado...

—¿Complicado?

—Sí... No me malentiendas. Yo estuve medio chifladita por él en la adolescencia, pero te aconsejo que no pierdas la cabeza por Santiago. Así como Tincho e Iván son dos locos lindos, Santi y Hernán son dos conflictuados de mierda...

—¿Hernán?

—El primo de Tincho. Vive en España ahora, pero mientras estuvo acá fue siempre un amargado. Signado por la mala suerte, y pájaro de mal agüero también. Un imán para las desgracias el pobre...

Por alguna razón, el tal Hernán no me resultaba del todo

desconocido. Qué extraño...

—¿Y Santiago también es un amargado y un pájaro de mal agüero? —pregunté.

—No... Es algo antipático a veces, y demasiado serio para mi gusto. Yo que vos no me enamoraría de él —me advertió.

La verdad que no entendía el por qué de tanta advertencia. ¿Quién hablaba de enamorarse? Yo solo había admitido que me gustaba Santiago y eso solo para disimular la incomodidad que me causaba el hablar con la novia de mi amante.

Tenía la sensación de que Vanessa intentaba alejarme de Santiago a toda cosa. Y me pareció que era porque para ella, él era más que una chifladura adolescente. Sino ¿cómo se justificaba tanto interés en advertirme? Si apenas me conocía, mal podría preocuparse por la integridad de mi corazón.

Sin duda no era eso lo que estaba en juego. Pero no estaba segura de lo que pasaba por mi cabeza... y por mi cuerpo. De hecho hubiera preferido que fuese él quien me estuviera conduciendo al departamento, aún a costa de aguantar su hosquedad habitual.

Tenía que admitir que hasta me gustaba... Más bien me excitaba.

Lo ácido tenía su encanto, casi tanto como lo dulce. Y por eso Santiago e Iván formaban parte de mis fantasías más calientes, pero no era algo de lo que quisiera hablar con Vanessa.

—Gracias por el consejo —murmuré.

—De nada. Bueno, y a llegamos a destino...

—Gracias también por eso.

—De nada otra vez —dijo sonriendo. Y luego agregó: —
Verónica, no te cortes con respecto a Iván... *Por favor.*

Vaya, las sorpresas nunca terminaban.

Vanessa no parecía una novia enamorada... Asentí sin comprometerme y me bajé de ese Beetle como si me persiguiera el mismísimo demonio.

“Infame”, la novela estrella de Ana, era atrapante.

Casi llego tarde a La Gaviota por culpa de ella. Primero leí el libro y luego vi el primer capítulo de la serie en Youtube. ¿Dónde había vivido hasta ese día que no había escuchado hablar de “Infame”? ¡Adentro de un tupper!

Me fascinó la narrativa de Inés Rivera. O de Ana... Y verla en la pantalla me terminó de trastornar. Me fui corriendo a trabajar, con el firme propósito de seguir mirándola a mi regreso.

Al primero que vi ni bien entré al restorán, fue a Iván.

—Casi te agarro llegando tarde.

—Casi... Pero no.

—Lástima... Me hubiese gustado despedirte.

—Para arrojarme a los brazos de tu amigo, perverso —
afirmé entre dientes, y luego me alejé.

Pero Iván no estaba dispuesto a dejarla ahí. Me siguió hasta los vestuarios.

—¿Así que perverso? ¿Pensás eso de mí?

—De vos no. De vos y tu novia...

Lo vi reírse y casi me hago pis. Estaba más bueno el hijo de puta...

—¿Y por casa como andamos?

—¿Qué querés decir?

—¿No es de perversa el pajearse fantaseando con voltearse a dos tipos que son amigos?

Sus palabras fueron como un golpe.

Sobre todo porque eso es lo que había hecho esa mañana en la ducha.

Por un instante se me cruzó por la mente que podía tener cámaras en el baño del departamento. ¡No tenía límites ese hombre! Pero después reflexioné y me di cuenta que en el hipotético caso de que las tuviera, no hubieran alcanzado a captar mis pensamientos.

—Basta, Iván.

Miró hacia los lados y luego me tomó de la mano y me hizo subir la escalera casi a rastras.

Tenía la oficina en el primer piso, y ni bien entramos trancó la puerta y se recostó en ella. Era el diablo... Despeinado, con el rostro enrojecido y un prominente bulto en sus vaqueros.

Me abalancé sobre él y me recibió en sus brazos. Fui muy bien recibida, tengo que decirlo.

Me besó como enloquecido y luego enredó su mano en mi cola de caballo y me obligó a echar la cabeza hacia atrás para morderme el cuello.

—Acá no... Sigamos más tarde en otro lado —alcancé a murmurar, pero por supuesto me ignoró.

Sin soltar mi pelo me separó de él, me dio vuelta y me obligó a apoyar la mejilla contra la puerta. Podía escuchar el trajín de mis compañeros, el ruido de la vajilla, la voz aguda de Brigitte, los gritos de Darío...

Pero cuando Iván me desprendió los vaqueros y me los

bajó con una sola mano, no pude pensar ni oír más nada.

Como era de esperar, si pudo con los vaqueros, la bombacha no significó un problema. Una señal de alerta comenzó a sonar en mi cabeza. “Sin condón, no. Sin condón, no...”

No fue necesario rechazarlo. Lo que me hizo, no necesitaba protección.

Inclinada hacia adelante y con la ropa en los tobillos, me encontraba expuesta y vulnerable, y él se aprovechó. Fue un asalto a pura lengua...

De rodillas, en el suelo, Iván me lamió hasta hacerme gritar. Ya no me tenía prisionera sujetándome por el pelo; lo hacía con ambas manos en mis nalgas, y su boca.

—No... No, no. Sí... Ay, sí.

Se separó un poco. Sus dedos sustituyeron a su lengua mientras hablaba.

—¿Sí o no? Qué indecisa resultaste... No sabés si querés conmigo o con Santiago, no sabías ni adónde ibas...

Quise replicar, pero sus dedos no me dejaron. Hurgaban, se movían, y lo único que salió de mis labios fue un gemido.

—Y ese dejarse llevar es lo que más me gusta de vos, Vero... No te resistís a la vida. No te boicoteás el placer... Pensás mucho, pero cuando llega la hora de sentir, sentís más.

—¿Es... un eufemismo... para decirme... calentona? — pregunté con un hilo de voz.

Otra vez esa risa... Morbosa, sensual. Tan caliente como lo estaba yo.

—Es mi forma de decirte que me gustás... Me gustás vos, tus necesidades, tus deseos. Y que te sientas como te

sentís ahora, es una de mis prioridades estos días...

Intensificó el movimiento de sus dedos, y yo el de mis caderas. Cuando me mordió una nalga, el orgasmo hizo que mis piernas se aflojaran. Jadeé y arañé la puerta con tanta fuerza que se me partió una uña. Y en ese mismo instante, alguien tocó.

Me alejé tan rápido de ella que mis pantalones bajos me jugaron una mala pasada. Trastabillé y caí hacia atrás, haciendo también caer a Iván, que se desternillaba de risa.

Y al otro lado de la puerta, se oyó la voz que jamás hubiese deseado escuchar en un momento así:

—¿Iván? No sé qué mierda estás haciendo, pero sea lo que sea terminalo ya y bajá, boludo.

Era Santiago, por supuesto.

Y yo me quise morir.

8.

Prisionera de mi ropa, pararme fue una odisea. Iván se reía tanto que no me servía para nada.

—¡Callate! —exclamé furiosa, y creo que eso me terminó delatando.

Escuchamos pasos que se alejaban... Y luego silencio.

—Ya se fue —dijo Iván, mientras se paraba y me tendía la mano.

La acepté y me acomodé la ropa en tiempo record.

—Se dio cuenta de todo —dije, apenada.

—Ahora el que se debe estar haciendo una paja en el baño es él.

—¡Iván!

—Vamos, Vero. Te habrás dado cuenta de que no le sos indiferente...

Tragué saliva, y alcé los brazos para acomodarme la gomita del pelo.

—Yo no...

—Le gustás.

—¿Él te lo dijo?

—Lo conozco. Sé qué tipo de mujer le gusta, y vos pertenecés a ese tipo de mujer, se te mire por dónde se te mire.

Vaya, ¿qué quería decir? Seguro que tenía que ver con el tipo de mujer esclava de su empresaria. La verdad que nunca fue así, y no me resultaba nada halagador que alguien lo pensara.

—No lo digas.

—¿Qué no diga qué cosa? ¿Que sos preciosa? ¿Que sos independiente? ¿Qué tenés calle, que tenés mundo? Que sos inteligente, cálida... Que vencés tus miedos, que te arriesgás. Que lo desconocido no te amedrenta... Que estás dispuesta a barajar y dar de nuevo cuando la ocasión lo amerite. Y puedo seguir un rato más, pero mejor voy a ver qué quiere... Seguro que alguna cagada me mandé con la compra de la tabla que me encargó—me dijo. Y luego me dio un beso en la mejilla y salió de la oficina.

Me quedé bastante alterada. Iván veía todas esas cosas lindas en mí, pero tenía toda la pinta de ser un idealista, un optimista recalcitrante. ¿Santiago vería eso? ¿O solo sería para él una asignatura pendiente, un sacarse las ganas? O tal vez quería alejarme de Iván pues me veía como un potencial peligro para la relación con su novia de toda la vida... No. ¿A quién quería engañar? Nadie me podría ver como un potencial peligro para nadie. Y mucho menos Vanessa.

Cuando recordaba el énfasis con el que me aconsejó que no me enamorara de Santiago, parecía bastante interesada en... ¿en qué? No lo tenía claro en absoluto.

Esa noche no volví a ver a Iván.

Pero al que sí vi fue a Santiago. A las dos de la madrugada, estaba en la puerta de La Gaviota, recostado en su BMW.

Y aunque pudiera resultar increíble, me estaba esperando a mí.

No tuvo que decirme nada. Lo miré sorprendida, y él me abrió la puerta.

Subí sin decir palabra, y cuando me di cuenta que iba hacia el lado contrario de dónde yo vivía, cerré los ojos...

Y me dejé llevar.

—Espero que no tengas planes para lo que queda de la noche —me dijo cinco minutos después de arrancar.

—Demasiado tarde para entrar en esas consideraciones ¿no?

Lo miré y lo vi sonreír de lado. Tenía unos labios hermosos, y cuando sonreía aún más.

—Estoy seguro de que lo que vas a hacer te va a gustar más que lo que hiciste en La Gaviota.

¡Carajo! ¿Cómo se atrevía a...? ¡Iba a matar a Iván por haberle contado los detalles! Un momento. ¿Qué es lo que iba a hacer que me iba a gustar más de lo que ya había hecho? Y que por cierto, me había encantado.

Se me cruzaron por la mente mil cosas, y todas tenían como protagonista a Santiago en bolas.

Con voz trémula, no pude evitar preguntar:

—¿Y qué se supone que voy a hacer?

—Servir mesas seguro que no —me respondió.

Ah, caramba. Se refería a eso... Lo que hice en La Gaviota fue... servir mesas. Claro, clarísimo. Lo que no estaba nada claro era lo que iba a hacer a continuación.

—Santiago, basta de juegos —le pedí. —¿Adónde me

llevás?

Se mordió el labio inferior. Parecía estar algo tentado.

—¿No lo sabés? —y al verme negar con la cabeza agregó: —Cumpló órdenes de la jefa.

¿Cómo? ¿De Vanessa? ¿Era Vanessa la que estaba detrás de todo eso?

—¿De la jefa? Mirá, no sé qué pretenderá Vanessa pero yo...

—¿Quién habló de ella? Yo me estoy refiriendo a Ana —replicó.

—¿Ella es “la jefa”?

—Literal. Entre mis múltiples ocupaciones está el trabajar para Tincho... Él es mi jefe en ocasiones, y también ella, por extensión —me explicó.

—¿Qué es lo que hacés?

—¿Con Tincho?

Asentí.

—Lo entreno. Él se prepara para el campeonato de surf adaptado y yo lo estoy ayudando.

—¿Surfea? ¿Cómo hace? —pregunté asombrada.

—Poniéndole garra —fue su escueta explicación. —Pero volviendo a lo nuestro, te estoy llevando a El quinto infierno, Verónica.

Me quedé helada.

—¿Qué?

—Lo que oíste.

—¿Y no se te ocurrió preguntarme primero? ¡No tengo ropa para cambiarme!

—No vas a necesitar nada —replicó. —Por lo menos no vas a necesitar algo que Ana no te pueda proporcionar.

—¡Pero igual! ¡Tenías que haberme preguntado! ¿Te creés que soy una muñeca que todos pueden manejar a su antojo?

Por unos segundos no contestó. Pero luego me dijo:

—Sos una muñeca, de eso no hay duda.

Me sonrojé. Mis mejillas eran de fuego en ese momento.

—...Pero no fue mi intención intentar manejarte. Lo que pasó fue que Ana supo que iba para allá, y me pidió que te llevara —me explicó. —Al principio pensé que te había enviado un mensaje, pero después me di cuenta de que no sabías nada...

Y en ese momento recordé que no veía mi teléfono desde hacía rato. Para ser más exactos desde... Desde que salí del departamento la tarde anterior.

Busqué en mi bolso y no lo encontré. Hice memoria... Lo tenía en el bolsillo de atrás del vaquero... ¡Carajo! Se me había caído en la oficina de Iván, estaba segura.

—Tengo que... Tengo que llamar a Iván —murmuré. — ¿Me prestarías tu celu?

—Iván ya sabe adónde vamos. Se lo dije hace un rato.

—Igual quiero llamarlo.

—No es momento.

Pero qué atrevido... ¿Qué se creía? Estaba harta de Santiago y su forma de decidir por mí, por Iván...

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo. Está con Vanessa ahora.

Ay querido —pensé— Si supieras lo poco que le importa a

Vanessa mi presencia en la vida de Iván... Hasta diría que le gusta.

Pero no me atreví a decirle eso. Era demasiado.

—Igual quisiera avisarle... —insistí.

—Iván está complicado ahora, Verónica. Vane no se siente bien.

Bueno, una novia indispuesta era un buen argumento para que no lo molestara.

No dije nada el resto del trayecto. Me hice la dormida, pero de tanto en tanto observaba a Santiago.

Parecía preocupado... O tal vez estaba cansado. Como fuera, se veía tan atractivo que me dolía la boca del estómago de tanto desearlo.

¿Cómo era posible? Nunca me había pasado algo así. Es decir, sí había jugado a dos puntas, pero nunca sentí cosas fuertes por ambos. El *paseaperros* me gustaba, pero fue porque ya por Jordi no sentía nada.

Lo que jamás me había sucedido era desear a dos tipos tan distintos con tanta fuerza y al mismo tiempo. Y que el hecho de mantener una relación amorosa o una relación sexual con los dos sin esconderlo, no me parecía el disparate que debería.

¿Me estaba volviendo loca o simplemente me estaba transformando en una libertina?

No lo sabía. De lo que estaba segura era que Santiago y yo íbamos a terminar enredados. De ser posible, entre sábanas húmedas.

Y que no faltaba mucho para que eso sucediera...

9.

Al final me dormí en serio.

Me desperté con unas voces, en la penumbra. El coche estaba detenido, así que al parecer habíamos llegado a destino. *El quinto infierno...*

“Dale, Hércules. Vos podés con ella... No pesa cincuenta kilos ni mojada” decía una voz de hombre a la que reconocí como la de Tincho.

“¿Hércules? Mejor decime burro” fue la réplica de Santiago.

“No me constan esas cualidades...”

“Me refiero a burro de carga, animal”

“Dale, maricón. Date la oportunidad de llevar a una mina como esta a la cama, una vez en la vida”

Estuve a punto de reír y delatar que estaba despierta, pero me contuve.

Era un diálogo de locos, hasta que llegó a Ana e intervino.

“Manga de zánganos... Quiero creer que no la emborrachaste, Santiago...”

“Claro que no. ¿Estás loca?”

“No, tenés razón. Esas locuras solo las hace Iván... La voy a despertar”

—Vero...

Abrí un ojo, y luego otro...

—Hola, Ana.

Me despecaré, bostecé... Hice todo lo que se debe hacer en estos casos.

—Estás cansada —afirmó ella tomándome de la mano para ayudarme a bajar.

—Ya no. Linda siestita me hice... —respondí, mientras saludaba a Tincho con un beso.

—¿Tenés hambre? ¿Te hacemos algo de comer? —me preguntó Ana, mientras entrábamos a la cocina.

—“Te hacemos” es mucha gente, rubia —dijo alguien a nuestras espaldas. —La que se va a ensuciar las manos soy yo, como siempre.

Me volví a ver quién era la dueña de esa voz tan malhumorada y vi a una mujer en los sesenta, con una bata de flores y un tapajos en la frente. Estaba tan despeinada que asustaba.

—Verónica, ella es Celina —me explicó Ana, mientras miraba a la señora alzando las cejas, como reprendiéndola.

—Más conocida como la China —agregó Tincho.

Sonreí.

—Mucho gusto. Me moría de ganas de conocerte — saludé. —Y también a Danonino... ¿Se llama así el perrito, verdad? Es un nombre ideal para un salchicha...

La China miró a sus patrones con aire de suficiencia y luego se acercó a mí y me tomó del brazo.

—Ideal, siempre lo digo. Danonino duerme, pero vos vení, corazoncito. Estás tan flaquita... Te voy a preparar algo

rico.

—Pero ya comí en el...

—No importa. Tenés que alimentarte...

Y tuviste que hacerlo. El caerle bien a la China podía no ser del todo una ventaja... Huevo frito sobre un colchón de papas fritas a las tres de la mañana no se lo recomendaría a nadie. El hígado me hacía guiñadas, y yo me moría de sueño.

—Te estás durmiendo... —dijo Ana con una sonrisa.

—No —mentí.

—Sí, te estás durmiendo —repitió. —Vero, a mi pedido Santi habló con Iván. Digamos que tenés una especie de licencia paga, para ver si el experimento sale.

—¿El experimento?

—Así es. Te voy a contar mi historia... Eso siempre y cuando sigas con ganas de camuflarla y escribirla.

Abrí los ojos como los dos huevos fritos que me acababa de comer. No me esperaba que eso cuajara tan pronto, pero estaba decidida a intentarlo.

—Claro.

—Ahora te llevo a tu cuarto para que descanses y luego hablaremos de los detalles. Como Santiago va y viene te puede traer tus cosas cuando quieras... —me explicó. —Tal vez no debí precipitarme pidiéndole que te trajera esta noche, pero no me aguantaba las ganas de empezar...

—Está bien. ¿Mañana, entonces?

—Más bien dentro de un rato...

Me instaló en una de las habitaciones del primer piso. Me dio uno de sus preciosos camisones y ropa interior limpia. El corpiño me iba a quedar grande, pero la tanga estaba bien. Tenía

las etiquetas puestas... Había costado un dineral. ¿Sería que escribiendo se ganaba tanto?

—Te dejo también este traje de baño, y este short de jean. Te puedo conseguir ojotas también... ¿cuánto calzás?

—Treinta y seis y medio.

—Uy, y o calzo treinta y ocho.

—No importa. Si vamos a hablar y no a caminar, prefiero andar descalza —afirmé.

Y la China que me estaba preparando la cama, señaló contenta:

—Esta piba es de las más.

Ana rio, divertida.

—China, andá a acostarte porque si tu novio te agarra cansada me va a echar la culpa a mí.

—Rubia, ese viejo loco no es mi novio. Y si me seguís jodiendo me saco la roja y yo misma y no me ven más el pelo — fue lo último que dijo antes de salir con aire de ofendida.

—El jardinero es el novio —me susurró Ana. —Pero no lo quiere admitir...

¡Era una casa de locos, pero yo me sentía tan cómoda!

Y si no hubiese cruzado por delante de mi puerta abierta Santiago sin camisa y con el jean desprendido, hasta hubiese dormido como un bebé.

Pero no pude... Esa imagen perturbó mi descanso más de lo que hubiese querido.

Amanecía cuando me rendí al sueño, y de inmediato mi cabeza se pobló de torsos desnudos cubiertos de vello oscuro, que continuaban hasta dónde mi boca deseaba explorar.

Desperté con el sol bien arriba y solo porque golpearon a mi puerta.

—¿Quién es?

—Santiago

A la mierda.

Me senté en la cama y me pasé una mano por el pelo... Tenía la colita deshecha, así que me saqué la gomita con rapidez, y me lo acomodé como pude.

—Pasá.

No sé cómo me veía, pero seguramente no estaba tan mal a juzgar por cómo miró los rizos que caían sobre mis hombros, sobre mis tetas.

Estaba recién bañado... El aroma a jabón invadió la habitación, y su pelo mojado me dio material para seguir teniendo sueños eróticos con él como protagonista, durante unas cuantas noches.

—Me voy a Punta... ¿Qué necesitás que te traiga?

—¿Volvés? ¿Cuándo?

—Esta noche. Y me voy a quedar unos días entrenando a Tincho —me explicó. —Así que pensá bien lo que querés, porque es tu última oportunidad de pedirlo.

“¿Lo que quiero? ¿Puedo pedirlo? Entonces te quiero a vos”, pensé.

—Santiago ¿seguro que Iván está de acuerdo con que falte a La Gaviota?

Vaciló un momento pero luego respondió:

—Iván está ocupado en otras cosas... No tengo dudas de que resiente tu ausencia, pero ya se las arreglará para soportarla, estoy seguro —dijo, inexpresivo.

—Me refería a lo estrictamente laboral —repliqué.

—Con Iván nada es estrictamente laboral.

No tenía caso insistir en el tema, así que le pedí que fuera a Arcobaleno y le pidiera a Soledad mi valija. Y que si era posible rescatara mi celular y me lo trajera. Alzó las cejas cuando le dije que se lo pidiera a Iván.

—¿Lo tiene Iván?

—Sí... Bueno, supongo que sí.

—No entiendo. ¿Lo tiene o no lo tiene?

Pero la putísima madre... No quería contarle las circunstancias en que lo había perdido, pero tenía que explicarle algo...

—Es que... Creo que se me cayó en su oficina. Debe estar bajo el escritorio, y a sin batería...

Una sonrisa burlona me hizo poner colorada.

—Bajo el escritorio... Sí, en esa oficina todo termina bajo el escritorio de Iván —repuso, irónico.

En ese momento lo odié por ser tan cínico, y sabiendo que no estaba cómoda con ese asunto, disfrutar de ello y hacérmelo notar.

—Recapitulando... Valija, celular... ¿Algo más?

“Un poco de cordura y otro poco de decencia no me vendría mal” pensé, pero no dije nada.

Y Santiago se fue, no sin antes dirigir una última mirada en dirección a mis tetas. No había mucho que ver por ahí, pero aún así me devoró con los ojos.

Una vez que lo vi salir, miré hacia abajo y casi me muero.

Entre mis ondulados mechones de pelo, sobresalían firmes y se transparentaban, mis endurecidos pezones.

10.

—¿Lista, Vero?

—Dame un segundo.

Apreté *rec* en la pequeña grabadora que Ana me regaló, y así empezó nuestra aventura.

—Contame como conociste a... Tincho —le pedí. No sabía por dónde empezar, pero estaba segura de que él debía ser el eje de la historia. Ya lo era del relato así que...

—Lo conocí a través de Hernán.

¡Hernán! El primo de Tincho... El que Vanessa me había nombrado la noche de la cena en La Gaviota. Recién estaba comenzando y todo iba cerrando. Hernán, no era otro que el "Germán" del relato.

Era... alucinante.

—Contame entonces cómo conociste a Hernán.

Y ella lo hizo...

Me dijo que Hernán era el primo de Martín (ella no se refería a él por su apodo) y que lo conoció en el trabajo. Me contó que era mucho más joven, hermoso, prolijo, formal. Un nene bien a toda regla.

Y que por alguna razón despertó en ella su veta malvada. O sádica... O audaz. O todo eso junto.

Durante todo el día ella habló y yo grabé y escribí.

El atardecer nos sorprendió a ambas en el muelle de una laguna de ensueño que formaba parte del predio, tomando mate y pensando.

—Qué precioso lugar —comenté.

—Recién ahora me estoy reconciliando con él.

—¿Reconciliando? —pregunté, y de inmediato me mordí la lengua. La laguna... Hernán. Ay, Dios.

—Sí. Ya te vas a dar cuenta por qué...

—Ya me estoy dando cuenta.

Tincho apareció detrás de nosotras en su silla de ruedas.

—¿Interrumpo?

—No —respondí de inmediato.

—¿Ana Sanz? —insistió él mirando a su mujer de una forma especial.

—Bueno, y a lo hiciste. Lo hacés siempre, y siempre te perdono.

—Es verdad. ¿Por qué siempre me perdonás?

—Porque estás muy bueno. Por tus favores sexuales, en otras palabras...

Creo que hasta me puse colorada.

—Soy excelente en la cama —me explicó él con sencillez. Eso de ponerme incómoda adrede parecía una epidemia regional. —¿De qué hablaban? ¿Me van a contar que carajo se traen entre manos ustedes dos?

Caramba, ¿es que no lo sabía?

—Le estoy dando una mano a Verónica con un libro que piensa sacar. Eso es todo lo que podés saber por ahora —le dijo

Ana. No era una mentira, pero tampoco era la verdad.

Tincho pareció conforme.

—No necesito saber más. Acaba de llegar Santi... Nos vamos a la playa con los perros —anunció.

El corazón comenzó a latirme con fuerza. El solo hecho de que alguien lo mencionara tenía ese efecto en mí.

—No te metas al agua, Tincho. Es tarde...

—Tranquila, Ana Sanz. Vamos a entrenar en la arena.

Después de que se fue Tincho, Ana y yo seguimos trabajando sobre la historia. Sobre su increíble y maravillosa historia que el relato no llegó a captar más que la esencia.

Pero había mucha tela para cortar, muchísima.

Aún hoy me pregunto si se me escapó algo, si me quedó algo en el tintero o si le quedó a ella. Aunque en ese momento, la cantidad de información me sorprendía, me abrumaba, me intrigaba... Me excitaba.

La primera vez que estuve con Hernán me puso la piel de gallina. En el relato "El último infierno", solo se mencionaba que Ana había tenido una relación sórdida con el primo de "Agustín".

¡Jamás imaginé que lo fuese tanto! Escuchaba los detalles y tomaba nota totalmente alucinada.

Esa noche, cuando volvíamos a la casona le dije:

—Ya sé cómo empezar la novela.

—¿Con la escena del día en que nos conocimos?

—No. Directamente con la propuesta...

A Ana le pareció brillante, y yo me anoté un poroto por eso.

Y como todas ustedes saben, la novela comenzó con una

Ana disimulando lo insegura que se sentía bajo una coraza de experimentada mujer de mundo, y un Hernán que no podía creer lo que escuchaba...

“Tengo ardientes fantasías contigo, en las que te hago cosas que seguro nunca te hicieron, y te obligo a hacerme otras a las que probablemente te negarías, por que el nene bueno que vive en vos jamás las consentiría. Y paradójicamente es ese nene bueno el que me provoca imaginarlas, y también morirme de ganas de someterte, de tenerte a mi merced, de corromperte por completo...”

—Me encanta, Vero. Me encanta que la novela comience con la propuesta... La va a hacer muy distinta al relato, que es absolutamente lineal.

—Creo que tengo material para el primer capítulo y también para el segundo. Esta noche los escribo.

Quedamos en esa.

Y esa noche, mientras me preparaba para la cena, todavía me sentía bastante caliente solo de imaginar los detalles de la relación de Ana y Hernán.

Me venía bien concentrarme en la historia de otros, porque si ocupaba mi cabeza y mi tiempo en pensar en lo que me traía entre manos con Iván y con Santiago, me iba a volver loca.

Tenía bastante delineado el inicio de la novela. Y tenía más que claro que nadie podía saber qué era lo que estaba escribiendo.

“Me resulta difícil hablar de los detalles... Especialmente de lo que pasó con Hernán. Martín no sabe... todo. Presiento que podría sentirse herido o molesto. Tal vez inquieto... “ me dijo esa tarde Ana.

“¿Esto puede afectarle? ¿Causarle celos, tal vez?” pregunté.

“Es posible. Hace poco me preguntó si pensaba en Hernán cuando... Bueno, cuando hacíamos el amor”.

“¿Y lo hacés?” pregunté, demasiado audaz.

“En absoluto. Nunca pienso en Hernán, pero ahora tengo que hacerlo para contártelo... Espero que Martín no lo vea como algo negativo, sino como una forma de hacer catarsis, muy válida y necesaria”

“Yo creo que no lo puede entender distinto. Se nota a la legua que estás profundamente enamorada de él” afirmé.

“No sabés cuan inseguro puede sentirse un hombre... Aún los *open mind* extremos tienen un sentido de la propiedad asombroso”.

Eso me dejó perpleja.

“Bueno, hace poco conocí acá, a unos auténticos *open mind*... Ni en España los he visto en su estado más puro” repliqué.

“Si te referís a Vanessa e Iván te diré que tengo mis dudas. A ella la tengo por tolerante porque le conviene, nada más. Y a él... Iván es un mujeriego empedernido. Hace la vista gorda para tranquilizar su conciencia”.

Ana era una caja de sorpresas, con su percepción de las personas y su aguda visión de las cosas. Me dejó más que perpleja; me dejó azorada. Y más cuando dijo lo que dijo a continuación:

“Al único que realmente considero *open mind* de la gente que me rodea, es a Santi”.

¿Qué? No lo podía creer.

“¿Santiago? ¿El Santiago que yo conozco?” pregunté asombrada.

“El mismo. Y creo que hablé de más...”

No hubo forma de que Ana siguiera soltando prenda.

La pinché, la acicateé... Pero nada. La dejó por esa, y casi me muero imaginando mil perversiones en él.

¿BDSM? ¿Swinger? No podía imaginármelo en ninguna de esas situaciones.

Y mientras cenábamos, no pude dejar de observarlo ni por un instante. Incluso cuando no lo miraba, estaba pendiente de él.

Gay no era, eso seguro. Tampoco me lo imaginaba como bisexual, aunque no podía afirmarlo. Que fuera tan varonil, tan masculino no quería decir nada... ¿Qué clase de prácticas le gustaban? Algo poco tradicional, sin duda. Algo caliente, prohibido...

Santiago no era ningún tonto y se dio cuenta de mi excesivo interés en él. Me miró con una interrogante enorme que se revelaba en su ceño fruncido y en su actitud en general.

Me hice la desentendida, por supuesto. Y para justificar mi atención, le agradecí que me hubiese traído la valija... y el celular.

—De nada —fue su escueta respuesta.

—¿Te lo dio Iván? —insistí.

—No. Lo encontré exactamente dónde me dijiste.

Carajo. Celular delator... Bueno, en realidad yo misma me delaté.

—Gracias. Por cargármelo y por traérmelo.

—Otra vez: de nada.

Su mirada era penetrante. Parecía traspasarlo todo y llegar a la cuna de mis lujuriosos pensamientos. La tensión en el ambiente era grande...

La China fue la encargada de romperla.

—¿Cómo está tu vieja, Titi?

¿Titi? Me sorprendió el apodo cariñoso de la mujer.

—Adaptándose a Montevideo.

—Se la extraña mucho... Doña Rosario sí que es una señora completita. Ella me enseñó a hacer ñoquis de papa que pueden ganarle a la humedad.

—Esa patadita va para vos Ana Sanz —aclaró Tincho, insidioso.

—Me di cuenta, mi amor. Gracias, igual...

—Rubia, no le hagas caso. Extraño a Doña Rosario, pero entiendo que el país se merece una ministra como ella.

Santiago parecía divertido con la conversación, aunque solo intervino para explicar que su madre, una maestra jubilada, parecía feliz de ocupar un cargo de confianza en el Ministerio de Educación y Cultura, en la capital.

—Es subsecretaria, no ministra, China —acotó.

—Para mí es como si lo fuera. ¡Siempre fue tan despierta tu vieja, nene! Tenés a quien salir vos. Lástima que no labures de médico, como corresponde... ¡estudiar tantos años para nada, Titi!

Eso me tomó de sorpresa. ¿La China bromeaba o...?

—¿Médico? ¿Sos médico?

Todos me miraron. Evidentemente estaban más sorprendidos por mi descubrimiento que por el hecho en sí.

—Sí, Vero —me aclaró Ana luego de un momento, pues Santiago al parecer no lo consideró necesario. Se limitó a encogerse de hombros y a servirse más puré. —Es médico especializado en fisioterapia, pero le tira más el surf...

—Lo que lo hace el amigo ideal para mí —completó Tincho. —Me ayuda a entrenar y también con el asunto de la rehabilitación...

—Pero no labura de médico en un hospital salvando la vida de la gente como el viejo, que en paz descansa—dijo China haciéndose la señal de la cruz. —Cómo le hubiera gustado al doctor Maurente verte con la túnica blanca...

Todos parecían tener algo que acotar menos Santiago, que comía y los escuchaba con atención, como si estuvieran hablando de otra persona.

El "Titi" también era una caja de sorpresas, y al parecer se estaban develando todas juntas. Un *open mind* algo tapado. Un médico que no ejerce. Un tipo complicado...

—¿Siempre sos tan callado? —no pude evitar preguntarle.

Santiago concentró en mí su mirada, y luego de un momento respondió:

—Solo cuando no tengo nada que decir, porque ya lo dijeron todo.

Hice una mueca e intenté concentrarme en mi plato, pero no pude.

—¿Y vos?

Tardé unos segundos en darme cuenta de que se dirigía a mí.

—¿Yo, qué?

Nos miramos a los ojos. Nadie decía nada...

—¿Qué es lo que te callás? —preguntó Santiago ante la sorpresa de todos.

Tragué mientras evaluaba mi respuesta.

—Me resulta difícil callarme algo... Más bien soy de las que lo cuentan todo cuando se lo preguntan —repliqué. —Así qué... ¿cuál sería la pregunta, Santiago?

Me sostuve la mirada sin un solo titubeo.

—¿Por qué estás acá?

—Voy a escribir un libro y Ana me está ayudando...

—Me refiero a por qué estás en Uruguay.

—Iba a camino a Entre Ríos cuando...

—¿Y por qué arrancaste para el lado contrario?

Estuve a punto de gritarle que por él, que por Iván, que la verdad era que no tenía rumbo y que mi vida estaba vacía hasta que ellos aparecieron, pero no me atreví.

Bajé la vista y respondí.

—No lo sé...

El silencio era profundo. Yo no pude soportarlo más... Lo mío era una huida a toda regla, ¿para qué negarlo? No obstante, me negaba admitir lo sola y desamparada que me sentía porque eso implicaría contar más de lo que estaba dispuesta a contar en ese momento. ¿Cómo explicar que no sabía ni quién era? Eso era infinitamente más complicado que decir que no sabía adónde me dirigía.

Finalmente, me repuse. Y mirándolo a los ojos le dije con firmeza:

—Lo importante es que aquí estoy, y llegué para

quedarme.

Lo dije hasta con un aire de suficiencia que pretendía enmascarar lo turbada que me sentía. Pero terminé peor que antes cuando a mis espaldas escuché la voz de Iván.

—¡Pero qué coincidencia! Yo también llegué para quedarme.

11.

La velada no terminó siendo un desastre porque con Iván y Tincho presentes era imposible no sonreír. Tenían tanta alegría, tanta vida... Juntos se potenciaban y lo embellecían todo.

No obstante la presencia de Santiago hacía que todo se tornara más complicado de lo que parecía. No era "malaonda" lo que proyectaba... Más bien había en él un aire de seriedad que opacaba el brillo de sus preciosos ojos color miel.

Cuando la alternativa se tornó o llorar o emborracharme, decidí retirarme con el pretexto de escribir. Iván pareció decepcionado... Santiago también. No les hice caso y murmurando una disculpa subí a la habitación.

Y así comencé la novela.

Tenía el comienzo, tenía el orden de los eventos... Empecé a escribir.

Algo me incomodaba, sin embargo. El título... No tenía idea de cuál sería, y tampoco sabía si los escritores lo tomaban como punto de partida o surgía después, en el desarrollo de la trama.

Escribí los dos capítulos de la propuesta, y luego volqué al papel los detalles de los primeros encuentros de Ana y Hernán, antes de concretar "el experimento". Hasta ahí había llegado la información que Ana me había brindado ese día.

Me apoyé en la grabación y en mis notas. Fue relativamente fácil contarlos... Cuando me acosté eran casi las dos de la mañana y ya no se escuchaban risas provenientes del piso de abajo.

Me metí entre las sábanas, extenuada. Ni siquiera me puse un camisón. Una bombacha blanca y mi pelo era todo lo que me cubría.

Creo que me dormí en el acto.

Cuando desperté, aún era de noche y había alguien conmigo en la cama. Me di cuenta porque lo sentí respirar contra mi nuca, y también al inconfundible bulto entre mis nalgas.

Secretamente anhelaba que fuera Santiago, pero en el fondo de mí sabía que era Iván.

—Te desperté —susurró.

—Todavía duermo —repliqué.

—¿Y ahora? —preguntó presionando su pelvis contra mi cuerpo.

—Sigo durmiendo, pero parece que tu amigo no... Se lo siente bastante recuperado. ¿Ya te autorizó Vanessa a motivarte conmigo?

Iván quedó inmóvil por unos momentos. No esperaba que una observación tan insignificante pudiera perturbarlo, pero evidentemente sí lo hizo.

—Vero, Vanessa no es lo que creés —afirmó, serio.

—¿Y qué se supone que creo?

—Nada bueno. Y estás equivocada...

No tenía idea de qué quería decir con eso, pero me hacía sentir molesta.

—No soy quien para juzgar a nadie, y no lo hago, Iván.
¿Se siente mejor?

—Mejor. Si vas a pensar mal de alguien, que sea de mí—
me pidió luego de un momento. —No soy bueno, no soy malo...
Soy así y listo.

—¿Así cómo?

No me lo dijo; me lo demostró.

Me puso de espaldas en la cama y se me subió encima.
Me besó como un loco en la oscuridad. Se movió entre mis
piernas con una cadencia sensual que me desquició a mí
también.

—¿Qué perfume usás? —me preguntó hundiendo la cara
entre mis tetas.

—*Flor de Agatha Ruiz de la Prada* —susurré.

—Con razón... Olés a flores en todo el cuerpo, Vero. En
todos lados...

Y mientras lo decía iba descendiendo con su nariz pegada
a mi piel. Me bajó la bombacha con los dientes... Hasta no
sacármela por los tobillos, no la soltó. Y luego volvió a subir y
apretó su cara contra mi sexo desnudo.

Jugó un rato ahí, pero era evidente que su capacidad de
resistencia estaba en el límite. La mía también, sobre todo
cuando imaginé que era Santiago quien me lo hacía.

Iván se puso un condón y me la metió bien profundo...
Se quedó quieto un momento. Parecía estar recuperando el
aliento.

Comenzó a moverse despacio, y yo aferré sus nalgas
con desesperación.

—Dame, dame... —le rogué, y él intensificó sus

embestidas.

—¿Así? ¿Te gusta así? —me preguntó, pero no esperó la respuesta pues me comió la boca. Me metió la lengua tan adentro que casi me ahoga.

Pero no me quejé. Bueno, sí me quejé pero no protestando. Gemí mientras me dejaba invadir por Iván. Se enterró en mis húmedas cavidades una y otra vez hasta que el orgasmo me sorprendió y se encadenó con el suyo. Tuve que morderme los labios para no murmurar el nombre prohibido, pero él sí dijo el mío varias veces.

Cuando me volvió a hablar, lo hizo al oído.

—Pensaste en él...

Carajo... ¿Cómo lo sabía?

—Iván...

—Me gustaría que te sacaras las ganas y se las sacaras a él. Se va a enfermar de tanto desearte —murmuró y luego se tendió a mi lado y se sacó el condón.

—Ah, pero qué buen amigo sos —ironicé. —No puedo creer que me digas algo así.

—Lo mío no es altruista —dijo, serio. —Yo no soy como Vane...

—No entiendo.

Hizo una pausa. Cerró los ojos...

—No hay mucho que entender... Me excita que nos deseés a los dos; es así de simple.

Sí... parecía muy simple.

Para él, y quizá también para mí. Pero para Santiago seguro que no.

Me acomodé sobre su pecho y me abandoné al sueño.

12.

No era cierto.

Eso de que llegó para quedarse no era cierto porque al otro día se fue ni bien amaneció. Me quedó toda la sensación de que venía a descargar y a ver si Santiago también había descargado.

Pero había podido percibir cierta melancolía en él... No tenía idea de a qué se debía y no sabía si quería averiguarlo.

Tenía más deseos de saber si era cierto que Santiago me tenía ganas, porque parecía tenerme bronca más que nada. Busqué encontrármelo por casualidad pero no lo logré. La China me dijo que Tincho y él habían desayunado temprano y que estaban corriendo olas, así que me pasé toda la mañana con Ana y su fascinante historia.

Mientras ella me contaba lo que le hizo a Hernán en el auto aquella tarde, yo fantaseaba con hacerle lo mismo a Santiago... Acariciarlo. Morderle la boca. Bajar la cabeza y hacerlo ver las estrellas y la luna gracias a la mía.

No me motivaba mucho hacerle daño, pero sí que me deseara al extremo de la locura. Ponerlo al límite y luego frustrarlo un poco, nada más. Y luego volver a empezar.

—¿En qué pensás, Vero? —me preguntó Ana de pronto.

Pestañeé avergonzada, como si mis pensamientos se

podieran ver.

—En cómo volcar en el papel esto que me estás contando sin que resulte demasiado perturbador para el lector.

—¿A vos te resulta así?

—En absoluto. Pero yo soy rara...

—A ver, contame. Yo te estoy confesando mis secretos más vergonzantes... Vos podés hacer otro tanto para que no me sienta tan mal —argumentó sonriendo.

Pensé un momento... No me decidía a contarle alguna intimidad, pero ella insistió, así que...

—A mi último novio le gustaba que lo estimulara analmente con mi cepillo de pelo —le dije riendo, y logré sorprenderla.

Luego todo fluyó más y mejor.

Ana se soltó lo suficiente como para contarme cada uno de los encuentros con Hernán en ese telo con onda Cincuenta Sombras de Grey.

—¿Cómo se llamaba ese lugar? —le pregunté.

—Séptimo Cielo.

Y en ese momento supe cual sería el título de la novela.

—Se va a llamar así —murmuré, fascinada.

—¿Cómo?

—El título de la novela, Ana. ¿Qué te parece “Séptimo Cielo”?

Celebramos el hallazgo brindando con Chandon.

Pizza y alcohol en alta graduación. Absurdamente decadente, y al rayo del sol una verdadera bomba de tiempo. Ana no acusó recibo, pero yo... Ya cargaba dos huevos fritos

en mi haber, así que eso hizo estallar a mi pobre estómago que se rebeló como pudo.

Para cuando llegaron Tincho y Santiago, y yo hacía dos horas que estaba doblada sobre el wáter vomitando.

—Uy, al fin llegaron... A ver, doctor. Vení que te necesitamos —escuché que Ana le decía a Santi.

“Ay, no. Que no me vea así...” rogué en silencio.

Fue inútil, por supuesto.

Diez minutos después, el doctor Santiago Maurenre, me aplicaba algo por vía intravenosa.

—Ahhhh —me quejé. —Duele, duele, duele...

—Aguantá.

—Pero duele...

—Ya te escuché. Lo hubieras pensado mejor, antes de hacer esa locura.

—¿Qué me estás poniendo?

—Buscapina y algo más.

—¿Qué es ese algo más?

Resopló fastidiado, y yo me quedé mirando como se le movía el pelo que le caía sobre la frente.

No me dijo qué era, pero se inclinó sobre mí y posó su boca en mi frente.

—Tenés un poco de fiebre... ¿Cuánto rato estuvieron al sol?

—No sé —murmuré cerrando los ojos. Tenerlo tan cerca me estaba mareando.

—No cierres los ojos.

—¿Por qué?

—Porque te vas a marear. Es un efecto secundario de la medicación...

¿Ah, era por la medicación? ¿Y ese líquido viscoso que tenía entre las piernas también sería por su causa? Me sentía caliente, húmeda, y muy ... liviana.

De pronto me sentí mejor y todas mis preocupaciones se esfumaron. Todas menos la que tenía que ver con mi aliento.

—¿Huelo mal? —le pregunté sin poder contenerme. Estábamos solos en mi habitación, y su rostro y el mío más cerca de lo que deberían.

Sonrió. No lo pudo evitar, lo sé. Lo intentó, pero lo vencí...

—Ojalá —me respondió. —Te lavaste los dientes hace diez minutos, así que podemos decir que sos una chica Koly nos a pesar de haber vomitado.

—Me siento mucho mejor —confesé. Y luego levanté la mano y me atreví a apartarle ese mechón rebelde de la frente.

—Es la frase que hace que estudiar tanto haya valido la pena —murmuró sin alejarse.

Tenerlo inclinado sobre mí, en la misma cama en que la noche anterior había cogido con Iván me estaba trastornando. Y sentir su mano acariciándome el pelo, hizo que la boca se me secara más de lo que estaba.

—Siento la lengua como de cartón.

Alzó las cejas, pero no se apartó.

—A ver, sacala.

Lo hice y su expresión cambió. Entreabrió los labios, y su respiración se agitó.

—Podés... Podés guardarla. Yo la veo bien...

Hizo el ademán de incorporarse pero no se lo permití. Lo agarré del brazo y le dije:

—Tengo... palpitaciones.

Ambos respirábamos agitadamente y no intentábamos siquiera disimularlo. Y cuando creí que me iba a comer la boca, dijo lo que jamás hubiese deseado escuchar.

—Eso que estás buscando, no lo vas a tener.

Mis dedos se crisparon en su brazo, y pude sentir cómo el músculo se le tensaba.

—¿Por qué? —pregunté con un hilo de voz.

Por unos segundos pareció sopesar su respuesta.

—¿Fue porque él me vio primero? —insistí.

No dijo nada. No se movió.

—A Iván no le importa ¿sabés? Es más, lo re calienta imaginarnos en...

—Ya lo sé.

Me quedé helada.

—¿Te lo dijo a vos también?

—Me lo dijo. Es mi amigo, así que no te sorprendas.

—No te gusto ¿es eso?

No respondió.

—Es eso —afirmé decepcionada, dolida, avergonzada... ¡Era tan doloroso el rechazo! Le puse ambas manos sobre el pecho para alejarlo, pero ya no tenía fuerzas y sí muchas ganas de llorar

Entonces Santiago reaccionó.

Me agarró una muñeca en cada mano y las colocó por encima de mi cabeza. Y cuando me tuvo inmovilizada, habló.

—Es la medicación la que habla por vos. Si querés hablamos cuando no estés tan... confundida.

—No estoy confundida, y no quiero hablar.

Lo vi apretar los dientes con furia.

—Entonces ¿qué querés? ¿Qué mierda querés, Verónica?
—preguntó subiendo la voz.

No sé qué demonio puso en mi boca esa frase, pero sin duda El quinto infierno lo había despertado.

—Chupártela hasta escucharte gritar mi nombre.

Abrió los ojos como platos y luego los cerró.

—La putísima madre —murmuró.

Luego, hizo lo inesperado. Se levantó y sin decir una palabra más, salió de la habitación dando un portazo.

Me puse de costado mientras las lágrimas caían por mis mejillas.

Había arriesgado y había perdido. Ya no me quedaban ganas de jugar...

Pero para mi sorpresa, solo estuvo fuera un minuto. La puerta se abrió, y luego se cerró. Con tranca.

Santiago se sentó a mi lado, y la cama se hundió bajo su peso. Sabía que era él, podía oler su perfume, pero no tenía fuerzas para darme vuelta y enfrentarlo.

—¿Cómo te sentís? —preguntó.

—Fatal —respondí entre sollozos.

—No llores, por favor —me pidió con calma. —Y me refiero a los síntomas, no a tu estado anímico que por lo que

veo no es el mejor.

—No, no es el mejor —convine. —Y con respecto a los síntomas, ya estoy bien. Gracias, doctor.

Me puso una mano en el hombro y me hizo darme vuelta.

No pude evitar mirarlo... No había rastro de furia en su rostro perfecto. Me quede admirándolo con la boca abierta.

Y cuando habló, casi me caigo de la cama.

Se inclinó y murmuró en mi oído:

—Si te la pongo en la boca ahora y vomitás, me voy a quedar con un trauma el resto de mi vida.

Me quedé sin aire, pero aún así logré preguntar:

—¿Qué sugiere el doctor, entonces?

—¿Para terminar el tratamiento?

—Sí.

Fingió evaluarlo un momento, y luego respondió:

—Mejor te la pongo acá.

Y mientras lo decía, hacía lo que tanto había deseado.

Me tocó.

Su mano entre mis piernas. Sus dedos acariciándome por debajo de la camiseta, por encima de la bombacha.

Aferré su muñeca con ambas manos y gemí.

—Te la pondría por adelante, por atrás, en la boca como vos me lo pediste —susurró mirándome a los ojos. —Te cogería toda la noche si estuviera seguro de que estás bien del todo.

—Estoy bien... Estoy más que bien. Te quiero adentro... Por favor, por favor —le rogué. Me sentía re puta por pedirselo así, y no tuve pudor al decírselo. —Me siento muy puta

contigo... Y lo peor es que me gusta.

Santiago se quedó quieto un instante, y luego se volvió loco.

Me arrancó la camiseta. Me arrancó la bombacha. Me abrió las piernas y me miró. Ni siquiera se molestó en apagar la luz... Me miró así, con la luz de arriba encendida desnudándome más de lo necesario.

—¿Te sentís puta? —me preguntó mientras me metía un dedo y luego dos. —¿Cuán puta?

—Re puta.

Los sacó y se los chupó. Cuando volvió a arremeter, lo hizo con un solo dedo y por atrás.

—Ay, Dios... —me quejé.

—Nada de Dios. Estamos en el infierno, mi amor, y vamos a arder...

Me puso en cuatro patas, y me dio una buena palmada.

Apreté los dientes y esperé... Escuché el cinturón, el ruido del papel al rasgarse, el cierre... Segundos después, me la metía hasta el fondo.

Estaba mojada, más bien estaba empapada. Pero lo que sentí cuando ese hombre me penetró, no lo había sentido jamás en toda mi vida.

Me sentí más que repleta. Un dolor delicioso, un ardor exquisito. No terminaba de entrar nunca... La metía y la sacaba despacio, una y otra vez.

Se inclinó y me tocó las tetas. Se había sacado la camiseta, y pude sentir el vello de su pecho en mi espalda. Estaba bañado en sudor...

Sus manos me acariciaron las caderas, el vientre.

Finalmente se concentraron en mi clítoris, en mis labios. Me penetraba cada vez más rápido, más fuerte. Me frotaba cada vez más intenso.

Tenía miedo de que mis gemidos se escucharan en toda la casa, pero no los podía controlar. Santiago me hizo ponerme de rodillas sin sacármela. Me volvió el rostro y me comió la boca por primera vez.

—No grites —me previno.

—¡No puedo evitarlo! —me quejé.

—Cuando te coja por el culo vas a despertar a los de la chacra de al lado, y hasta el mismo demonio...

Me la sacó de golpe y me agarró del pelo.

Tiró del condón hasta apartarlo de su pene, y me condujo allí, sustituyéndolo con mi boca.

—De alguna forma tenía que callarte.

Se movió en ella con desenfreno. No parecía nada preocupado en no provocarme el vómito, la verdad.

Me apartó cuando le dio la gana, me tendió de espaldas en la cama, y me volvió a abrir las piernas.

—No te escuché gritar mi nombre todavía —le dije, pero él ignoró mi reproche.

Bajó la cabeza. Pensé que me iba a lamer el sexo, pero no. Me metió la lengua en el culo tan profundamente que no pude evitar retorcerme y tirarle del pelo.

—¡No!

—¿No, qué? —me preguntó incorporándose, mientras su dedo seguía el camino que su lengua dejó.

Me lo metió bien adentro y yo me arqueé.

Nunca me había pasado algo así... Había escuchado que algunas mujeres podían lograrlo, pero a mí no se me había presentado jamás la oportunidad de probarlo. Simplemente sucedió...

En un momento tenía dos dedos bien adentro del culo, y lo miré. Él se estaba masturbando, y su pene era tan grande que sobresalía no menos de diez centímetros de su mano. Me calenté tanto que acabé, así nomás, sin siquiera tocarme. Mi vagina se contrajo una y otra vez, y yo me mordí el labio inferior para no gritar, pero no sé si lo logré.

Vagamente me di cuenta de que apoyada en mis talones, y moviendo mis caderas de esa forma, le estaba ofreciendo un espectáculo digno de una película porno, pero yo ya estaba más allá del bien y del mal esa noche.

Sin sacarme los dedos de adentro, Santiago ey aculó sobre mí, con un ronco gemido.

—Tomá, tomá, tomá...

Su semen cayó sobre mis tetas, sobre mi vientre, sobre mi sexo y sobre sus pantalones desprendidos.

Era... impresionante. Tenía toda una reserva acumulada allí.

Hasta no vaciarse del todo no me sacó los dedos. Y cuando finalmente lo hizo, también se los llevó a la boca.

Era como un puto dios entre mis piernas, brillante, sudoroso, ultra macho. Un animal, un verdadero animal... ¿Quién lo hubiera dicho? ¿Quién hubiera sospechado que tras esa fría fachada habría un hombre tan caliente?

Me lo quedé mirando, asombrada. Él también lo hacía... Primero mi cara, luego mis tetas, luego más abajo...

Casi me muero cuando me separó los labios con los

dedos y me miró ahí sin disimulo. Recogió un poco de semen y lo frotó en mi sexo.

Caliente y pegajoso, lo esparció por todo mi cuerpo mientras me miraba con una cara de vicio que me hacía temblar.

—¿Cómo te sentís? —preguntó de pronto. Al parecer, el doctor había recordado que la paciente no estaba del todo repuesta.

—¿Además de puta? —pregunté provocativa.

Lo vi reír y mi corazón se desbocó.

—Las putas no lo gozan así —repuso. Y luego se tendió sobre mi cuerpo y sobre su propio semen, y comenzó a besarme.

13.

A veces la gente dice “toda la noche” y resulta que la noche duró dos horas. En este caso duró ocho, y nos las pasamos cogiendo.

Santiago me hidrató un par de veces. Mi salud era su prioridad...

Descargó en mi boca, y también en otras partes. Había tanto olor a sexo en esa habitación que cuando la China entrara a hacer la cama en la mañana, se desmayaría.

Hicimos de todo, en distintas posiciones y con diferentes intensidades. Santiago es de los que hablan en la cama, y me dijo tantas cosas sucias que me hizo ruborizar.

E Iván no estuvo ausente, por supuesto.

—¿Te gusta chupársela así a él también? —me preguntó apartándome el pelo de la cara para verme mejor.

Suspendí un momento, y le respondí.

—Nunca se lo hice...

—¿No?

—No me lo pidió.

—Qué boludo, por Dios.

—¿Estoy a tiempo? —pregunté acariciándolo. Ese era un momento clave. Necesitaba saber qué era lo que estaba

pasando entre nosotros... tres.

Santiago no respondió. Se limitó a ponerme boca arriba y besarme las tetas.

Luego me devoró la boca hasta dejarme sin aliento, y cuando se interrumpió, fue para decirme:

—Estás a tiempo. Siempre... Podés hacer lo que quieras... Vos decidís qué hacer, y no tenés que elegir, Verónica. Nos podés tener a los dos.

Bien, no sabía qué estaba pasando, pero sabía que podía pasar de todo.

DE TODO.

Era increíble cómo la vida me había llevado hasta El quinto infierno, para hacerme arder en una hoguera que parecía no tener fin.

Entre los candentes relatos de Ana, y estos dos hombres sin duda no tenían límites, presentía que mi tranquila existencia estaba llegando a su fin.

Estaba disfrutando del sexo como nunca. Era algo prohibido, morboso, extraño, pero muy placentero. Y estaba descubriendo por fin mi vocación. Escribir se estaba transformando en eso que estaba necesitando tanto: trabajar en algo que me gustara de veras.

Se estaba perfilando la vida que quería. ¿Y cómo era? Una vida llena de emociones, de experiencias nuevas, de momentos únicos. No sabía lo que vendría, pero sabía que sería maravilloso. Mientras Santi me besaba, un optimismo inédito en mí comenzó a invadirme, y de pronto me sentí capaz de todo.

Y supe que mi búsqueda del placer no se iba a terminar esa noche. Supe también que mi destino estaría siempre muy

alejado de la rutina, de la tradicional vida que mis padres soñaron para mí.

Si hubieran sabido que estaba tan cerca, y acostándome con dos tipos, se hubiesen muerto infartados. Tal vez mi madre se consolaría pensando que uno de ellos era el doctor que siempre quiso como yerno, pero mi viejo no lo tomaría nada bien.

No tenía las más mínimas ganas de verlos o de hacerles saber mi paradero. Aún no les perdonaba lo que me habían hecho... ¿Quién le ocultaba durante treinta años a su hija, que había sido adoptada? ¡Nadie! Solo ellos fueron capaces, solo ellos.

Me fui de Entre Ríos sin saber quién era. Aún no lo sabía, pero estaba camino a encontrarme. Y si explorar mis posibilidades en el terreno sexual me hacía bien, pues lo haría hasta que me diera la gana. ¡Haría lo que quisiera, sin pensar en el que dirán, sin autocensurarme, sin boicotearme!

No sabía quién era, y no me importaba demasiado, porque iba a averiguarlo tarde o temprano. Y la cama, junto a Santiago o a Iván, me pareció un buen lugar para comenzar.

Santiago dormía boca abajo junto a mí. Yo en cambio, no había pegado un ojo.

Raro... El sexo siempre me relajó más de la cuenta.

Tenía como un efecto narcótico en mí, y me hacía prácticamente desmayarme.

Pero en esa ocasión, y a pesar de haber encontrado la válvula de escape para tanta tensión sexual acumulada, fui presa de una increíble excitación que no me permitió dormir.

Las necesidades de mi cuerpo eran extrañas.

Miré a Santi... El sol le daba en los ojos, pero él no parecía notarlo.

Con el pelo enmarañado y un poco largo, y esas oscuras pestañas me pareció más que un hombre, un verdadero ángel. Inocente, tierno... Viril. Bueno, tenía más de diablo que de ángel. Se había comportado como un loco durante toda la noche.

Era tan... perverso, que por momentos asustaba. La forma en que me miraba, esa manera de presionar sus dedos en mi piel hasta dejar marcas... Incluso llegó a morderme.

Me miré el pecho. Sus dientes estaban marcados alrededor del pezón...

¿A esto se refería Ana cuando me dijo que lo consideraba muy *open mind*? ¿Sería un sádico, como Christian Grey?

Lo miré dormir, así de relajado y algo me dijo que no era un maniático del control; era un maniático del sexo. Y que su rudeza en la cama le pesaba un poco en realidad, pero no la podía evitar.

De lo que no tenía duda era de que no cogía "normal". Es decir, hacía lo que todos: la ponía, acababa, la sacaba. Pero tenía una pija colosal, una potencia increíble, una resistencia fuera de toda lógica, y parecía tener sensores de placer en cada célula de su cuerpo.

De verdad disfrutaba cogiendo ese hombre.

Lo que más me sorprendió fue encontrarlo tan receptivo a que continuara mi relación con Iván. No sé por qué, pero me había hecho a la idea de que una vez que Santi me llevara a la cama, con Iván solo iba a poder tener sexo telefónico.

Le contaría las hazañas sexuales de su amigo, le aseguraría que no tenía nada que envidiarle, nos calentaríamos

mutuamente y tal vez hasta nos haríamos una paja en simultáneo o en diferido.

Suponía que Santiago no vería con buenos ojos este tipo de intercambios, y me pondría un ultimátum del estilo “o el o yo”.

Yo me mortificaría un poco, y me sentiría culpable por interferir en su amistad, y me abstendría de elegir por el bien de todos. Me iría con la música a otra parte una vez terminado el verano, porque estaba segura de que ninguno de los dos eran hombres para enamorarse.

Pero luego de una noche de pasión con Santiago, todo había cambiado. Ambos seguían sin ser hombres para enamorarse, eso era un hecho. Lo que no me esperaba era tener la puerta abierta para seguir disfrutando tanto de él como de Iván según me diera la gana.

Eso era toda una novedad... Y a partir de ese hecho, todas mis suposiciones se caían.

No sería la manzana de la discordia, en principio. No tendría que alejarme en lo inmediato. Podía despacharme a gusto con los dos, sin ser juzgada. Al menos no por ellos.

Santiago se puso boca arriba y su pene erecto atrajo toda mi atención.

Ay, Virgen de las Porongas Grandes. Bendice ese divino bulto y protégelo... de mí.

Estaba a punto de sucumbir a la tentación de despertarlo con la boca, cuando tocaron a la puerta. Santi gruñó y se puso de costado, pero yo salté de la cama, nerviosa. Me puse la camiseta con prisa y abrí la puerta un centímetro.

—¿Seguís enferma, chiquita?—me preguntó la China.

—No... Ya estoy... Ya estoy bien. Gracias, China.

—Entonces vas a desayunar normal.

Dudé... No tenía hambre, no tenía sueño. Estaba rara... Bien, pero rara.

—No sé...

—Bueno, te voy haciendo un té. Y mientras tanto vos le preguntás al doctor que duerme en tu cama, a ver si un sándwich de miga puede afectar a tu pobre estómago —me dijo con picardía, y yo sentí mis mejillas arder.

—China... Yo...

—Vos tenés cara de no haber dormido en toda la noche, bribona. Pero Ana no lo sabe, y te está esperando. ¿Le explico que estás desarmada de tanto garchar? Porque sería criminal alarmlarla diciéndole que no estás bien, cuando se nota a la legua que estás mejor que nunca.

Dios, Dios, Dios. Qué mujer más intensa.

—No es necesario —repliqué. —Bajo en unos minutos.

—Si es que el Titi te deja —repuso ella riendo, y luego se alejó.

El Titi estaba despierto. Y con cara de querer repetir.

—Vení —me ordenó tendiéndome la mano.

—Santi... Tengo que bajar.

—En eso estaba pensando, precisamente. Vení.

Me mordí el labio inferior, con ganas de obedecerlo, pero sabía que no debía.

—Ana me está esperando.

Santiago se sentó en la cama.

—¿Qué te traes entre manos?

—Estoy escribiendo un libro y Ana me está ayudando, y a

lo sabés.

Me miró con desconfianza.

—¿Qué clase de libro?

—Una novela.

—¿Algo erótico?

Giré los ojos evaluándolo.

—Bueno, se puede decir que algo de erotismo hay.

—Entonces vení que te doy material.

—No puedo...

—Al menos dejame que te revise, a ver si mejoraste.

Lo pensé. Juro que dudé... Pero era un médico. ¿Quién le dice que no a un médico después de que te salvó la vida?

Me tendí en la cama a su lado, y él me levantó la camiseta.

Como un buen profesional, ignoró mi sexo desnudo y se concentró en oprimirme el vientre.

—¿Duele?

—No.

—¿Acá?

—No.

—¿Y acá?

—Tampoco.

La profesionalidad pareció esfumarse como por arte de magia cuando sin previo aviso me recorrió el sexo con un dedo.

—Seguro que acá sí te duele —murmuró.

—Un poco —admití, y no estaba mintiendo.

—Dejame ver —me dijo separándome las piernas.

—¿Sos fisiatra o ginecólogo?

—No discutas y abrí.

¿Cómo negarme? ¿Alguien me explica cómo?

Subí las rodillas y las separé.

Santiago se inclinó y tal como me había anticipado, se puso a mirar.

—Veo algo de irritación. Tal vez tengas un poco de ardor al orinar...

¿Estábamos jugando al doctor o realmente me estaba examinando?

—¿Qué me... recomendás? —pregunté sin comprometerme. No quería quedar como una tía calentorra tan pronto, si es que realmente se estaba preocupando por mi salud.

—Hay una pomada... Tiaxal, se llama. Es muy buena.

La puta madre, iba en serio. Me estaba revisando en serio y yo me estaba haciendo la película. Y porno, para colmo.

—Está bien... Voy a encargarla a la farmacia —murmuré, avergonzada.

Santiago dejó de mirar entre mis piernas y levantó la cabeza.

—Antes vamos a probar un remedio casero —me dijo. Y de inmediato la bajó y comenzó a lamerme.

Me tapé la boca con ambas manos para no gritar, porque entre la sorpresa y las sensaciones que me provocaba, estaba a punto de hacerlo.

Nunca me lo habían hecho así. Ni siquiera él mismo, la

noche anterior.

Eran lengüetazos interminables. Desde abajo hacia arriba, lento, muy lento... Sus lamidas abarcaban desde mi culo hasta mi clítoris, una y otra vez.

Bajé la mirada, y observé cómo me separaba los labios con dos dedos y me soplabla. Se sentía... helado. El alivio a la irritación fue inmediato, pero para la excitación que sentía fue devastador.

No obstante, él se levantó y ante mi atónita mirada dio por terminado el tratamiento.

—¿Adónde vas?

—A mear —me respondió guiñándome el ojo. —Y vos ya tendrías que estar trabajando, v aga de mierda. Nadie llega tarde por un poco de irritación en la...

—¡Qué hijo de puta!

—Cuidado con lo que decís. Mi vieja trabaja en el Ministerio de Educación y no le gustan las señoritas que dicen improperios —dijo riendo y luego se metió en el baño y cerró la puerta, dejándome con la boca abierta.

14.

Cuando Santi entró al baño y yo me levanté a las corridas. Me puse un traje de baño de dos piezas y por encima un enterito de jean. Me calcé mis zapatillas Adidas, me puse mi cepillo de dientes en el bolsillo y bajé mientras me hacía una trenza al costado.

—Buenos días.

Tincho y Ana me miraron sonriendo, y yo supe en ese momento que la China había abierto la boca. Pero como si no hubiese quedado lo suficientemente claro, la muy ladina tuvo que meter un bocadillo.

—Para vos más que buenos, chiquita.

Carraspeé y metí la cara en mi taza.

—Vero, tengo malas noticias —me anunció Ana, ignorando ex profeso el comentario de la China.

—¿Qué pasó?

—Iván te requiere en La Gaviota. Se enfermó Jimena...

—Espero que no de lo mismo que ella —acotó la China señalándome con el pulgar. —Porque esa enfermedad no se cura con más cama...

—Celina, por favor —le pidió Ana.

—Ta bien, rubia. Me callo, no sea cosa que me saquen la roja por tan poco —dijo moviendo la cabeza. —Todos garchan en

esta casa menos yo.

—Bueno, tengo mis dudas... —intervino Tincho, pero ella lo miró tan duramente que él también enterró la cara en su taza.

—Así que tenemos solo hoy para redondear la primera parte —continuó diciendo Ana. —Hasta la semana que viene no podremos seguir...

Suspiré decepcionada. Esperaba poder avanzar bastante en “Séptimo Cielo” antes de volver a La Gaviota. Y entre otras cosas esperaba ponerme al día con el hambre atrasada que tenía de Santi.

—Bueno. Qué le vamos a hacer...

—Darle duro hoy —dijo Ana suspirando.

—Se refiere al trabajo, no al garche, chiquita —me aclaró innecesariamente la China, mirándome y alzando las cejas.

—¡Celina! —exclamó Ana mortificada.

Tincho puso los ojos en blanco y luego largó la carcajada.

—Si me lo dejó hecho un inútil, son boleta las dos. Lo necesito entero para que me ayude a entrar al mar, Ana Sanz...

—¿Y yo qué culpa tengo, Martín Lasalle?

Dios, qué conversación de locos.

—Buenos días.

Todos nos volvimos a mirar a Santiago que apareció con el pelo mojado, camiseta blanca y una bermuda surfista roja.

Estaba más bueno que Lassie atada.

Y hablando de Lassie... Atrás de él apareció Zoccolino.

No se despegaba de Santiago cuando estaba en El quinto infierno.

—Hola, bebé —dijo mientras se inclinaba y le besaba la

cabeza.

Esa faceta tan... tierna, me volvió loca.

Como si sintiera en su piel mis tórridos pensamientos, elevó la mirada y me desnudó lentamente.

Por Dios...

No desayunó. Tomó una manzana y partió junto a Martín hacia la playa. Pero cuando salía se volvió y se mordió el labio inferior mientras me dirigía una última mirada. Me mojé. Juro que me hizo mojar...

Esa tarde, Ana y yo nos concentramos en el trabajo. Me contó sobre la fiesta de cumpleaños de Tincho. Qué curiosa forma tiene el destino de poner en nuestro camino al amor.

Al verdadero amor... Aunque ella en ese entonces aún no lo sabía.

También me narró en detalle el penoso incidente en el que Hernán terminó sangrando por la nariz, y ella en un hospital.

—Y volví a probar el encanto de la personalidad de Martín esa tarde. Y también lo vi cabreado y no me gustó... — me dijo, suspirando.

—Te enamoraste de él a primera vista —afirmé.

—A primera vista... Puede ser. Y lo que me enamoró en ese entonces me sigue enamorando, Vero.

La envidié sanamente si era eso posible.

—Se nota.

—¿Y vos, "chiquita"? ¿Qué onda con Santi y con Iván? Me puse roja al instante. Mis mejillas se prendieron fuego.

—Bueno...

—No te decidís —aventuró ella.

—No es necesario que me decida —repliqué.

Ana sonrió e hizo una mueca rara.

—Temo preguntar...

—No preguntes.

Ana me dio mucho material, y mientras ella hablaba yo imaginaba cómo lo volcaría en el papel. Hubo muchos diálogos jugosos que los transcribiría tal cual ocurrieron. Y también ciertas... prácticas que adornaría con el toque de morbo que mi fantasía me dictara.

Logramos adelantar bastante durante todo el día. Tendría con qué entretenerme toda la semana, sin duda...

Y esa noche, nos marchamos de El quinto infierno, Santiago y yo.

Zoccolino se quedó aullando y la China casi que también.

En el camino hacia Punta, conversamos un montón...

—¿Alguna vez compartiste una mujer con alguien? —me animé a preguntarle.

Lo pensó un momento antes de contestar.

—No con un amigo.

Me dejó helada.

—Y tampoco en el marco de una relación más que sexual.

—¿La nuestra es una relación más que sexual?

—Para mí, sí. Y seguro que para Iván también... La cuestión sería si para vos lo es.

—¿Es un requisito para seguir adelante?

Sonrió de lado y se humedeció los labios.

—No creo.

Yo no me resigné a no saber más.

—¿En qué encuadre compartiste una mujer con un “no amigo”?

—En una orgía.

Mierda. ¿Una orgía? ¿Así que esas teníamos? Por algo Ana lo consideraba el más *open mind* de los que conocía.

—Vaya...

—Supongo que nunca estuviste en una.

—Suponés bien.

—Y que no te llama mucho...

—Acertaste.

—O sea que te va acostarte con dos tipos pero no al mismo tiempo y en el mismo lugar —afirmó, más que preguntó.

—Parece que sí. Y si son amigos menos que menos...

Fue lo último que pude decir, porque en ese momento Santi aminoró la marcha y se metió en un camino vecinal.

Lo que sucedió después superó todas mis expectativas, excedió cualquier fantasía erótica.

Estaba bastante oscuro, pero no tenía miedo.

Lo vi bajar y rodear el auto. Me abrió la puerta y me hizo un gesto con la cabeza para que también descendiera.

Cuando estuve abajo me tomó de la mano y me llevó al frente del auto.

—Date vuelta y poné las manos en el capó.

Lo hice... Estaba caliente. El capó, y yo también.

Santiago pegó su pelvis a mis nalgas y se frotó, sensual.

Luego metió la mano debajo de mi pollera y comenzó a tocarme.

—Te morís de ganas...

—Sí —jadeé.

—Te morís de ganas de llegar a Punta y contarle a Iván todo lo que hicimos.

¡Ay, carajo! La verdad es que hasta ese momento no me había dado cuenta de cuánto lo deseaba, pero así era.

Tragué saliva, y cerré los ojos.

—Y de cogértelo después —afirmó.

Y yo ya no pude más que admitirlo.

—¡Sí!

—¿Se la vas a chupar? —me preguntó mientras me acariciaba el culo.

—No sé...

—Claro que lo vas a hacer. A ver... Quiero ver.

Me hizo girar y me obligó a ponerme de rodillas frente a él.

En un rápido movimiento me la puso en la boca y me exigió.

—Mostrame cómo se la vas a chupar.

Y lo hice. Se la chupé con ganas, entre gemidos. Mi cabeza estaba a punto de estallar de tantas fantasías.

Me tragué todo, y me quedé con ganas de más.

—Vos no vas a acabar esta noche conmigo. Se lo vas a pedir a él...

—¿Qué?

—¿Estás caliente, Verónica?

—¡Sí! Mucho...

—¡Ván te lo va a solucionar.

Me indigné y se lo demostré.

—¿No era que yo elegía?

Santiago se subió el cierre, y me ayudó a pararme.

Me tomó el rostro con ambas manos y me besó. Fue un beso morbosos, sobre todo porque mi boca aún tenía su sabor.

—Vos ya elegiste.

—¿Perdón?

—Dijiste que sí a todo lo que te pregunté.

Bueno, algo de razón tenía.

—¿Te jode que todavía lo desee? —me animé a preguntarle.

—Más bien me decepcionaría si no lo hicieras. No te veo como esas minas que se acuestan con el jefe para lograr cosas.

Después de eso casi no hablamos, pero sí condujo sin soltar mi mano. Las ventajas de viajar en un automático...

Se detuvo en La Gaviota media hora después.

—¿Acá me bajo?

—¡Ván se va a encargar de... De que termines bien tu día —me dijo.

Y luego me besó la mano, y me bajé.

15.

Ya no quedaba nadie en La Gaviota. En el parking, solo estaba el Honda de Iván.

Entré por la puerta de atrás y subí a su oficina.

—Vaya... Miren quien vino. Cómo se nota que hoy es día de pago.

—¿Hoy es día de pago? —pregunté asombrada. Últimamente el dinero había dejado de ser una prioridad, pues todas mis necesidades estaban ya cubiertas.

—Así es. Acá tenés tu cheque.

Extendí la mano para agarrarlo, pero Iván no lo soltó.

—Lo vamos a romper —dije riendo, y recién ahí abrió la suya.

—Y pensar que alguna vez estuve tentado a despedirte... —murmuró.

—¿Ya no lo vas a hacer?

—Me acostumbré a estar todo el día al palo por tu culpa —me dijo.

—Me parece bien... Además, siempre podés descargar con Vanessa, que parece encantada de que calientes la pava en cualquier lado.

—Calentar la pava... Muy argento lo suyo. Acá se le dice

“caldera”—me explicó con una sonrisa.

—¿Y acá como se le dice a una mina que calienta dos calderas a la vez? —le pregunté provocativa.

Iván se paró y rodeó el escritorio hasta situarse frente a mí.

Levantó la mano y me acarició el rostro...

—Acá y en China, se la llama “mujer con los ovarios bien puestos” —me dijo. —Y vaya si los tenés bien puestos...

Cerré los ojos y murmuré:

—Esperaba que me los desacomodaras vos.

Iván gimió y me sentó en el escritorio con las piernas abiertas.

—¿Querés tu final feliz?

Mierda... Santiago le debe haber mandado un mensaje mientras yo subía.

—Quiero.

Sus dedos se metieron en mi vagina con facilidad.

—Qué mojada estás... ¿Te dejaron con las ganas?

—Vos sabés que fue así.

—Me pasó lo mismo la última vez que estuvimos en esta oficina. Qué feo es eso...

—Horrible.

—Vamos a solucionarlo ¿sí?

—Eso me prometieron. Me dijeron que vos me lo ibas a solucionar...

Me comió la boca con desesperación, y sus manos me oprimieron los senos.

—A ver si entre los dos podemos darte lo que necesitás, belleza —susurró.

Yo le puse las manos en el pecho alarmada.

—Decime que Santiago no va a subir.

Iván rió.

—¡Iván!

—¿Y qué pasaría si lo hiciera?

—¿Está acá?

—No, pero... ¿te gustaría?

Bajé la cabeza, confusa. ¿Cómo me iba a gustar algo así? Estaba loca pero no tanto...

—Imagínatelo, Vero. Vos, él y yo... Más y más placer.

No quería ni pensarlo. Tenía miedo de lo que podía llegar a pensar sobre mí misma después.

Bueno... ¿no me había propuesto ser libre y explorar mi sexualidad? Pero eso era demasiado... Y nunca había formado parte de mis fantasías hasta ese momento. Para ser sincera, me calentaba en extremo imaginarlo.

No obstante, no estaba lista para algo así.

—Basta, Iván. Por favor, cogeme... —le rogué.

—No me lo pidas así, hija de puta...

Me lo hizo. Dos veces, para ser exacta.

Y ambas acabé a los gritos.

Tal vez no estuviera lista para hacer un trío, pero en mis fantasías ya estaban los dos... Y juntos.

Al otro día le pasé a Ana todo lo que había escrito y me fui a La Gaviota a trabajar.

Esperaba ver a Iván ni bien llegara, pero no fue así. Tenía muchas ganas de deleitarme con su sonrisa, con sus palabras a veces dulces, a veces calientes. Con el roce de sus manos, de su bulto... Se había comportado como un galán enamorado luego de coger como animales en el suelo de su oficina.

Me había dejado en Arcobaleno con la boca hinchada de tantos besos, y un ardor exquisito entre las piernas.

Pero cuando me acosté, en lo único que pude pensar fue en cómo me gustaría que Santi me examinara.

Loca perversa... Desperté temprano y escribí toda la mañana.

Y mientras preparaba las mesas, consultaba con frecuencia mi celular. Esperaba recibir la opinión de Ana sobre mis escritos, pero mucho más esperaba algún mensaje de Santiago.

Mis expectativas se cumplieron a medias.

Me sobresaltó recibir una llamada. Número desconocido... Rogué para que fuera Santi.

—¿Hola?

—Sos increíble.

—¿Ana?

—Tenés una forma de narrar que atrapa. ¡Estoy atrapada por mi propia historia! Es alucinante, es magnífica, es...

—Es tuya, Ana. Yo solo soy un medio para que, si todo sale bien, mucha gente conozca esa vida de novela que vivís cada día. Y se llenen de esperanza...

—No. Tu manera de contarla es lo que hace la diferencia. Es muy ... tuya. Embellecés la historia, Vero.

Me puse colorada y mi corazón latió más rápido.

—Te lo agradezco tanto...

—Yo te lo agradezco a vos. El único inconveniente es que veo que puede tornarse demasiado larga, así que te propongo que sea una bilogía.

—¿Te parece?

—Sí. No sabés ni la mitad... Ahora se viene lo mejor.

—¡Quiero saber!

—¿Mañana a eso de las nueve te podrás conectar por Skype o es demasiado temprano para vos? Podés grabar la video llamada si querés.

—Es una idea genial. Así vamos a poder seguir aunque no nos veamos en persona, Ana.

—En eso pensé. Y también pensé en que cuando estés lista, pienses en un seudónimo, te abras un perfil en Facebook, otro en Wattpad... —comenzó a decir, pero yo la interrumpí.

—¿En serio es necesario todo eso?

—Necesitás lectores y así se empieza. Vero, yo te doy las ideas pero estas son *tus* novelas —me dijo, y yo me estremecí. —Tuyas en los derechos y en los deberes, en los royalties y en la promoción. Yo no te puedo ayudar en eso, porque no quiero que me asocien a la historia. Luego de que termines de escribirla, todo dependerá de vos.

—No me parece justo para vos —repuse. —Me diste las ideas y si es exitosa la que va a cobrar las regalías voy a ser yo... No, Ana. Serán ganancias a medias...

—Nada de eso —replicó. —Vos sos mi experimento

ahora... Quiero ver cómo de la nada, surge una escritora. Y quiero ver mi vida reflejada en “Séptimo Cielo” y en “El quinto infierno”. Esa será mi paga...

—¿El nombre de tu chacra? ¿Ese va a ser el título de la segunda parte?

—Si vos te encargás de camuflarlo como para que nadie se dé cuenta, sí. ¿Te gusta?

No me gustaba, me encantaba.

—Mucho.

La conversación con Ana se terminó de golpe, porque unos ladridos y las puteadas inconfundibles de la China, hicieron que se despidiera con prisa.

Yo me quedé con una sonrisa en los labios, que se esfumó de pronto con la presencia de Vanessa.

—Qué alegría verte, Vero —me dijo besándome ambas mejillas como era su costumbre.

—Espero que estés mejor.

Una sombra le cruzó el rostro, pero solo fue un momento.

—Sí... Mejor que nunca. Y quería darte las gracias, porque desde que llegaste a su vida, Iván está más feliz.

No soportaba ese tipo de conversaciones. ¡Qué bizarro, por Dios! ¿Que su novio estaba feliz porque yo me lo cogía? ¿Qué clase de amor era el de ellos?

—Vanessa, por favor... Me resulta muy violento hablar de esto contigo.

Ella rio.

—Me doy cuenta. Te voy a dejar trabajar... Solo vine unos minutos por unos papeles.

—Gracias —murmuré aliviada.

Vanessa caminó unos pasos pero después se dio vuelta y me miró.

—Nunca lo hubiese imaginado, pero el hecho de que te involucraras con Santi, hizo que Iván brillara —me dijo. —Buena movida la tuya, pero no te desvíes del objetivo.

¿Qué mierda quería decir? Apreté los dientes y también los puños. Tenía ganas de pegarle, y a ellos dos de matarlos.

Vanessa volvió a reír, y se marchó al tiempo que decía:

—*Open mind*, querida. Y si te vas a enamorar, mejor que sea de Iván.

16.

Dos horas después, aun masticaba rabia.

El restaurante estaba repleto, y los chicos y yo hacíamos malabarismos para poder con todo.

Iván apareció de pronto y me sonrió.

Me hizo un gesto con la cabeza como para que lo siguiera a la oficina, pero yo tenía una bandeja colmada de refrescos, así que lo ignoré y fui por la pizza.

—Diosa, esas piernas... —dijo un chico rubio que estaba cenando con un grupo de amigos.

Ignoré su comentario mientras acomodaba los platos en la mesa.

Pero cuando me rozó la cola, no me pude controlar.

—¿Qué hacés? —le dije, disgustada.

Y después todo fue muy confuso. Mucho ruido, algunos gritos...

Cuando quise acordar, Iván tenía al rubio acostado en la mesa, encima de la pizza, las muzzarellas, la fainá... Los vasos se hicieron mierda contra el piso, mientras mi jefe perdía el control más allá de lo verbal.

—¡Forro! Tocame el culo a mí, si sos macho...

Los miré llena de espanto, al igual que el resto de los

comensales. Algunos no solo miraban; también sacaban fotos.

Los amigos del “forro” no atinaban a nada. ¡Nadie atinaba a nada!

—¡Iván! —grité al ver el rostro congestionado del chico. ¡Lo estaba estrangulando! Pero él estaba ciego y sordo, y no me hacía caso.

No sé cómo hubiese terminado todo sin la presencia de Santiago. Por suerte llegó en el momento justo e intervino para que Iván soltara al cliente manolarga.

Lo agarró por los hombros, y como vio que estaba demasiado sacado, le susurró algo al oído.

No sé qué le dijo, pero Iván pareció reaccionar. Aflojó la presión sobre el chico, y se incorporó.

Lo levantó por la solapa y lo obligó a sentarse en una silla. El pobre tenía salsa en la espalda, en el pelo... Se lo veía aterrado.

—Flaco, antes de hacerte el vivo con una mina pensalo dos veces —lo amenazó. —Y ahora disfrutá de tu cena. La casa invita...

Iván se limpió los dedos manchados de salsa en la camisa del pobre infeliz que tenía los ojos inyectados en sangre, y luego se dio media vuelta y subió a su oficina.

Brigitte y Darío se apresuraron a limpiar y a recoger. Yo no pude ayudarlos; estaba como petrificada.

Santi fue quien me rescató.

Me agarró de la mano y me susurró al oído:

—Vení.

Fuimos tras Iván.

Yo no podía creer su desmedida reacción, pero Santiago

no parecía tan asombrado.

—¿Qué mierda le pasó? —pregunté mientras subíamos la escalera.

Santiago dijo en voz baja:

—Vivió momentos amargos cuando era chico. Su padre era un hijo de puta...

Me quedé pasmada. Me moría por más información, pero no pregunté más nada.

Entramos a la oficina. Iván estaba en su escritorio, con la cabeza entre las manos.

—Ahórrense los sermones. Sé que estuve como el orto, pero no pude evitarlo —se atajó.

Santiago dio un paso al frente y apoyó las manos en el escritorio. Iván levantó la cabeza y lo miró.

—Estuviste pésimo. ¿Qué es eso de que la casa invita? Esto es un negocio, no una institución de caridad —le dijo con una sonrisa.

La de Iván era deslumbrante.

—Le metió mano y perdí el control —le explicó a su amigo luego de un momento.

—Perder el control por defenderla a ella se merece un premio —fue la inesperada respuesta de Santiago.

Yo miraba a uno y a otro, y no podía creer lo que escuchaba.

Era como si hablaran un idioma propio, que yo no lograba decodificar.

Lo intentaba, pero no podía... Recapitulé lo vivido momentos antes: un cliente me metió mano (cosa que no era la primera vez que me sucedía, aunque sí lo era en La Gaviota).

El dueño del restaurante, que además es mi amante, se abalanzó sobre él y casi lo mata. El amigo del dueño del restaurante, que casualmente también es mi amante, lo contuvo para evitar daños mayores, pero después celebró con él su desmedida reacción.

¿Estaban locos? ¿Estaba loca yo?

—¿Un premio? —pregunté casi a los gritos. —¿En serio se merece un premio? ¡El Martín Fierro a la insania! ¡Y vos lo apañás!

El idilio entre los amigos se rompió de golpe. Ambos me miraron, serios, y yo seguí mi perorata.

—¡Fue un simple manazo en el culo! —exclamé. Y luego me dirigí a Iván, roja de ira: —Si me hubiese hecho lo mismo que vos la primera vez que me tocaste... ¿qué hacías? ¿Lo matabas?

Iván bajó la mirada.

—Y vos encima le festejás la locura —le dije a Santiago, mirándolo con furia. —Un premio a la pelotudez se merecen los dos.

Santiago se cruzó de brazos y me observó en silencio.

—Manga de locos. ¿Saben qué? Me voy a la mierda. Me vuelvo a Gualeguaychú y no quiero saber más nada con ustedes dos mientras viva...

Y dicho esto me dispuse a salir, pero Santiago se puso delante de la puerta y me lo impidió.

Giré para apartarme, y me encontré cara a cara con Iván.

Qué situación. Era el jamón en un sándwich por demás apetecible. Dos tipos que eran un infierno en más de un sentido, me tenían prisionera entre sus cuerpos. El calor de la ira, dio

paso a otro calor...

Santiago se pegó a mi espalda. Iván hundió su rostro en mi cuello...

Ninguno de los dos usó las manos para retenerme, pero por alguna razón yo no me podía mover.

Y si una voz al otro lado de la puerta no hubiese interrumpido, seguro que allí hubiese pasado de todo.

Pero por suerte (o por desgracia) Darío golpeó y luego preguntó:

—¿Estás ahí, Iván?

Los tres nos separamos al instante.

—¿Qué pasó?

—Llamó Jime. Le dieron el resultado de los análisis y tiene hepatitis.

Bueno, para no hacerlo más largo lo resumo así. Jimena estaba en cuarentena y Darío, que al parecer estaba seguro de ser inmune, se ofreció a atenderla. Pero hubo que reubicar a Sole, a Brigitte y a mí.

Y rezar para que ningún cliente viniera a reclamar el haberse contagiado.

Mis dos compañeras se fueron a un hotel, y yo las hubiese seguido con gusto si Iván no me lo hubiese impedido.

—No las quiero juntas hasta no saber si están enfermas. Después de todo vos anduviste con vómitos hace un par de días...

—¡Qué estupidez! —exclamé.

—Es la medida correcta —replicó Santiago. —Hay que evitar el contagio suspendiendo la convivencia. Ellas dos no compartían habitación con Jimena y vos sí. Podés ser portadora y además contagiar...

—Si así fuese, ustedes dos estarían en riesgo desde hace rato...—argumenté, insidiosa. Pero cuando vi que a ambos les brillaron los ojitos, desvié mi atención hacia otro sitio. —Darío compartía más que la habitación con Jime y está perfecto

—Él ya la tuvo. ¿Vos la tuviste?

Mierda. No tenía idea... No sabía lo que había ocurrido durante mi primer año de vida, así que no pude decir nada. Bajé la vista para ocultar lo turbada que me sentía.

—Como sea —intervino Iván sin notarlo. —Mañana o tal vez pasado, estarán las pruebas listas. Mientras tanto, Brigitte y Sole se quedan en el hotel, y vos te venís a mi departamento.

Lo miré con los ojos como platos.

—Qué conveniente ¿no? —ironicé.

Iván sonrió.

—Es una emergencia sanitaria. ¿No es cierto, doctor?

—Así es —convino Santiago, cómplice.

Moví la cabeza, disgustada.

—¿Y otra habitación en el mismo hotel no era lo mismo?
—pregunté con ironía.

—Esto es un negocio, no una institución de caridad —dijo Iván con total descaro, imitando a su amigo. —No hay rubro, nena.

Eran unos... Manipuladores. Eso eran.

—Perfecto... —convine con malicia. —Les voy a hacer

caso, pero les pido que se abstengan de todo contacto conmigo, por las dudas.

Se mataron de la risa y yo bajé, furiosa.

Y así fue como me encontré de un momento a otro, viviendo en el departamento de Iván.

17.

—¿En serio, Ana?

—No te exagero... Eso te lo dejo a vos para darle "color" a la novela.

—Mirá que no te estoy juzgando ni nada ¿eh?

—Ya lo sé...

—Más bien estoy admirada... Tincho es increíble.

—¡Decímelo a mí! Es fascinante en todo aspecto, y esa última noche del año yo caí presa de su encanto.

Me mordí el labio, intrigada. Quería saber más...

El treinta y uno de diciembre ,dos años atrás, supuso un antes y un después en la vida de Ana, Tincho... y Hernán. ¿Qué estaba haciendo y o mientras Ana se debatía entre la admiración, la compasión y el deseo? Seguramente brindaba con doña Pepa, la madre de Jordi. Y ella me obligaba a tragarme esas jodidas uvas mientras me decía "Hija mía, ya estáis tardando demasiado en hacerme abuela... A ver si os aplicáis..." Vieja bruja. Una patada en las tetas le hubiera "aplicado" a ella.

"No estoy más allá del bien y del mal como te empeñas en creer, Ana Sanz. Y si mi apurás te diría que estoy más cerca del mal que del bien" le había dicho Tincho cuando ella trataba de mantener a raya las ganas de comérselo en dos panes. El solo

hecho de imaginarlo me hacía arder.

—Y vos te mortificabas por fantasear con hacerle cosas sucias a un tipo en silla de ruedas... —le dije sonriendo a través de la pantalla. Desde las nueve de la mañana que estábamos en una video llamada por Skype.

—Dios... Te juro que nadie me subyugó tanto en la vida. Fue una perfecta conjunción de lo físico con lo intelectual, con lo espiritual... —repuso Ana suspirando. —Ese hombre me llena de alegría, Verónica.

Estaba a punto de confesarle cuánto la envidiaba cuando los gritos de Iván se hicieron oír.

—Ana, Iván me está llamando. ¿La seguimos mañana?

—Dale. Portate bien, "chiquita" —fue lo último que me dijo antes de desaparecer del monitor de mi laptop.

Lo cerré y en ese instante entró Iván a mi habitación.

—¿Estás pronta?

—¿Para qué?

—Para irnos a La Gaviota.

—¡Pero yo entro a las cuatro! Son solo las...

—Hay mucho trabajo. Te pago horas extras.

—No quiero, y no me podés obligar—dije tercamente, porque odiaba que quisieran manejar me como a un títere. —Es muy temprano, así que andá tranquilo que yo voy a ir cuando...

—Perfecto. Vamos a las cuatro... —repuso él cruzando los brazos sobre el pecho. —Claro que tenemos dos horas que podemos ocupar de varias formas.

Alcé las cejas, irónica.

—Tal cual. Yo las voy a usar escribiendo un capítulo de la

novela —le aclaré. —Vos y a encontrarás qué hacer.

—La novela... No sabés cuánto me intriga ese asunto.

—Me lo puedo imaginar.

—Santi me dijo que es un poco porno...

—Es erótica, Iván —repliqué. —No le hagas caso a todo lo que Santiago te dice.

—Tengo que hacerlo. Él y yo coincidimos en casi todo así que tengo que confiar en sus palabras.

Los ojos me brillaron. Se me estaba sirviendo en bandeja la oportunidad de saber más de esos dos y de su relación, y no la iba a desaprovechar.

—Son muy amigos ¿verdad? Tienen los mismos intereses, los mismos gustos, códigos compartidos... —aventuré.

—Se podría decir —dijo Iván poniéndose las manos en los bolsillos. —Y vos sos la prueba de eso.

No quería ir por ahí, pero era obvio que lo iba a traer a colación.

—Muy liberales los amiguitos —observé con ironía. — Pero hay algo que me sorprende y no termino de entender.

—¿Qué es? —preguntó él acercándose.

—¿Nunca se les ocurrió compartir a Vanessa?

Iván frunció el ceño y no respondió.

—No te asustes, Iván... Vos y tu novia son muy liberales, y Santiago también lo es, y me consta. ¿Cómo es que recién ahora fantasean con el trío?

Él pareció sopesar la cuestión unos segundos y luego respondió:

—Esas fantasías están asociadas exclusivamente a vos.

No me lo creí, la verdad. Y tampoco me cerraba la extraña relación de Iván con Vanessa. Había algo raro ahí... Sino ¿cómo se explicaba ese interés tan marcado en ella, de entregarme a su novio en bandeja de plata? Parecía demasiado entusiasmada en endilgarme a Iván y en alejarme de Santiago.

Tenía mis sospechas de que su “encandilamiento” con Santi no había terminado, pero no podría confirmarlo en esa conversación con Iván, eso era más que seguro.

—Sabés que no va a pasar —le dije cuando me di cuenta que debía manifestarme al respecto, pero lo cierto es que tenía dudas.

Y él se daba cuenta...

—Sabés que puede terminar pasando —replicó.

En ese momento me sentí tan... poca cosa. Todavía estaban muy arraigados en mí los prejuicios, la doble moral con la que me criaron. Había dos tipos de mujeres, las que eran para la cama y las que valían la pena. Y yo, que siempre había sido una nena buena, me encontré de pronto en el primer grupo.

Lo peor era que de a ratos me gustaba... Cuando me liberaba de toda la carga que había acumulado a lo largo de mi educación tan tradicional, me reencontraba con mis deseos y me sentía capaz de todo. Pero mis emociones tenían vaivenes, igual que mis pensamientos. ¿Qué era lo que quería? ¿Enamorarlos a los dos? ¿Qué se arrancaran los ojos por mí? Bueno, eso no iba a pasar.

Y tampoco yo me iba a enamorar de ellos. Me gustaban... ¡me encantaban! Pero si yo no era una “mina para casarse” ellos tampoco eran los candidatos ideales. Éramos tal para cual...

¿Por qué no aprovecharlo? Solo de imaginarlos a ambos llenándome de... atenciones, me ponía a mil. Fuego, fuego, fuego... Peligro y acción. Una aventura, una experiencia para atesorar o para desterrar de mis recuerdos, pero si no probaba no lo sabría jamás. ¿Me atrevería? ¿Cruzaría esa frontera que separa fantasía y realidad? Lo estaba haciendo al novelar la historia de Ana, pero... ¿podría hacerlo siendo la protagonista de mi propia historia?

El calentón pudo más que la razón, y las siguientes dos horas fueron muy bien aprovechadas en la cama de Iván.

Las chicas seguían en el hotel, y aunque estaban en perfecto estado de salud, nadie habló de que yo me uniera a ellas.

Eso provocó muchas bromas en La Gaviota... Quise matarlos a todos, especialmente cuando ni siquiera la presencia de Vanessa impuso un poco de respeto.

Ella sonreía todo el tiempo con indulgencia... Falsa. Qué mujer más falsa. No parecía la novia de Iván... Más bien parecía una de esas madres orgullosas de que su bebe fuese un Don Juan, buscándole candidatas para que siguiera haciendo destrozos por ahí.

Él tenía treinta y cinco años, y ella treinta y siete, igual que Santiago, así que ese rol le iba muy mal, no era creíble y sonaba a pose.

Mientras atendía las mesas, una idea crecía, se hacía un hueco en mi cabeza, tomaba forma: Vanessa iba tras Santi.

Y no cómo lo hacía yo, franca y alevosamente, y a la vista de ambos amigos. Ella lo hacía solapadamente... Vamos,

si eran tan liberales bien podría proponerle a Iván lo que a mí me tenía en las nubes. Pero no... Vanessa quería sacárselo de encima, tener piedra libre y encarar en serio con Santiago.

Los celos me ponían muy mal... Y no ver a Santi, también.

Iván me había dicho que esa noche iba a venir a cenar a La Gaviota, pero ni rastros.

De muy mal humor, y buscando alejarme de la pesada de Vanessa me tomé un descanso para fumarme uno de mis tres cigarros diarios. Y mientras lo hacía recordaba mi primer... contacto íntimo con Iván, y deseaba que se repitiera.

Pero él estaba muy ocupado... Terminé de fumar y lo apagué contra el muro.

Cuando me fui hacia el costado del restaurante dónde había un recipiente en el que tirar los puchos, fue que los vi.

Es decir, vi a Santi bajando de su auto y mi corazón se aceleró.

Pero después vi a Vanessa acercándose y casi me lastimo las palmas con las uñas. ¿Así que me sentía posesiva con respecto a Santiago y no con respecto a Iván? No era eso. Me molestaba el engaño... Porque estaba segura de que lo que pretendía ella estaba muy alejado de una relación circunstancial y en el marco de su filosofía *open mind*.

No podía escucharlos, pero escondida en la penumbra pude ver cómo ella le pedía o le reclamaba algo, y él movía la cabeza, negando. Finalmente Vanessa lo tomó del brazo y de inmediato Santi se soltó y volvió a subirse a su BMW y se fue.

Me apresuré a volver a la cocina, completamente intrigada. Es decir, por un lado confirmaba mi sospecha de que ella pretendía algo con él. Y por otro, me daba cuenta de que no

era correspondida.

¡Genial! Me sentí muy egoísta por un momento, porque yo también fantaseaba con el pan y con la torta... Pero yo no me las daba de novia de ninguno. Simplemente yo era una especie de paréntesis en la vida de ambos, y además no me sentía lista para concretar mis fantasías.

Cuando me estaba por ir, aparecieron Vanessa e Iván en el vestuario.

—¿Te jode irte en taxi? —me preguntó ella —Es que Iván y yo queríamos salir...

—Podés venir —se apresuró a decir él, y ella movió la cabeza afirmando.

—Estoy muy cansada... En otra ocasión, quizá.

Y pese a mis protestas, Iván me dio dinero para el taxi.

—No seas terca. Es peligroso andar sola a esta hora.

—Es por eso que prefiero vivir en el hotel con las chicas, ahora que sabemos que ninguna está enferma—repliqué.

Vanessa intervino con la mejor de sus sonrisas.

—Vos sos especial, Vero...

Miré para otro lado porque seguro que en mis ojos se veía lo mal que me caía esa mujer.

Cuando se estaban yendo, tuve una súbita inspiración.

—Iván... ¿Sabés algo de Santiago? —pregunté, un poco para saber, y otro poco para molestar a Vanessa.

Él sonrió cómplice.

—Debe andar de joda por ahí... ¿Por qué no lo esperás en su cama? —me sugirió. —En el llavero que está en la cocina, están las del departamento de Santi.

Yo me sentí incómoda con el comentario, pero Vanessa se sintió peor. Me di cuenta por su mirada y por su actitud en general. Quise acogotar a Iván por poner en palabras algo que si bien era bastante evidente, ella no tenía por qué saberlo. Ahora no era novedad para nadie, que yo me acostaba con los dos.

Y lo que más me indignaba era que ella supiera que yo sabía que ella sabía. ¿Se entiende? La cuestión es que me sentí muy molesta y con ganas de replicar.

Me contuve y no dije más nada, por supuesto, y me apresuré a parar un taxi mientras les hacía adiós con la mano.

Y media hora después, tocaba a la puerta de Santi con la esperanza de encontrarlo y saber qué cuernos estaba pasando con Vanessa. Ni loca iba a seguir el consejo de Iván de esperarlo en la cama. Me parecía demasiado audaz... Pero lo cierto es que esperaba terminar ahí esa noche.

Tenía grandes posibilidades de que ocurriera, porque la puerta se abrió de inmediato y apareció él en ropa interior.

No alcancé a decir nada... Fue como si un lobo hambriento me hubiese atrapado. Él tampoco dijo nada, simplemente estiró un brazo y me agarró de la nuca.

Después... Después todo fue lengua y saliva. Calor, mucho calor. Jadeos ahogados y manos por todos lados. En mi pelo, en mi cintura, en mis nalgas...

Hambriento él, necesitada yo. Tanto, que no me puse límites a la hora de tocarlo. Recorrí el bulto con mis dedos... Gemí, desesperada.

Yo misma terminé de desnudarlo. Le besé el pecho una y otra vez... Pero cuando intentó tocarme entre las piernas lo detuve.

—Estoy transpirada y acalorada...

—No me importa.

—Por favor, necesito una ducha...

Santiago me agarró de la mano y me llevó al baño. Pensé que se iba a meter conmigo, pero solo me reguló el agua de la ducha y luego se recostó en la mesada del baño, desnudo y apetecible.

—Dale, sacate la ropa —me ordenó cruzando los brazos sobre el pecho.

Nunca había hecho un estriptís para un tipo desnudo. O me desnudaban, o ya estaba desnuda al empezar, pero no solía sacarme la ropa delante de una mirada tan atenta.

Sin embargo, lo hice. Y creo que lo hice bien, porque a Santi le brillaron los ojos y su pene creció tanto que por un momento temí por mi integridad física. Solo por la física, porque la mental no existía... Estaba hecha pedazos. Tenía la cabeza quemada de tantas fantasías ardiendo en ella.

Me metí en la ducha buscando enfriarme un poco, pero la mirada de Santiago no me lo permitió. Cuando salí, él me envolvió en un toallón amarillo, me alzó en sus brazos y me llevó a su cama.

Se tendió junto a mí y se apoyó en un codo a seguir observándome. Parecía no cansarse nunca, no tener suficiente de mi cuerpo desnudo.

En ese momento me olvidé de Vanessa, y solo deseé que él me tocara. Hasta llegué a pedirselo...

—Tocame, por favor.

Tenía unos labios tan perfectos el hijo de puta... Sonrió y admiré sus dientes, que también lo eran. Necesitaba su lengua, sus manos, su pene bien adentro.

Se puso de rodillas y me indicó:

—Ponete en cuatro patas.

Obedecí y me coloqué tal cual me lo pedía, sobre la toalla húmeda.

Esa fue mi última acción consciente esa noche. Todo lo demás sucedió independientemente de mi razonamiento. Actué impulsada por mis deseos incontrolables, por las ganas de él.

Santiago comenzó a lamerme el culo de una forma increíble. Me abrió y me metió la lengua con voracidad. Su cálido aliento en ese lugar, me volvió loca.

Y luego siguieron sus dedos. De a poco fue metiendo uno, luego otro... Hurgó a gusto ahí atrás y yo ahogué mis gemidos hundiendo la cabeza en la almohada.

—¿Estás lista? —lo escuché preguntar mientras se inclinaba y me volvía a devorar.

—Depende de para qué —respondí para provocarlo.

—Sabés cómo sigue esto...

—No sé si quiero saberlo.

—Te voy a coger por el culo —me explicó sin pudor alguno. —Puede que te duela, te aviso.

Volví la cabeza y lo miré.

—Me decepcionaría si no lo hiciera —murmuré.

Él sonrió de una forma tan sensual...

—Mi amor, sos increíble —me dijo mientras se ponía el condón que no sé ni cuándo agarró. —Voy a intentar que lo disfrutes, pero no te prometo nada porque en este momento lo único que me importa es gozarlo y o.

Y luego comenzó a penetrarme. Embestidas suaves y

cortas, aprovechando la lubricación de su saliva y la del condón. Comenzó a tirarme y me quejé.

—Esperá...

—No puedo, Verónica. No puedo... —me dijo con una voz extraña y ronca.

—Me duele —me quejé.

—Me decepcionaría... si no... lo hiciera... —murmuré imitándome.

—Despacio, por favor.

—¡La puta madre, no puedo!

—Ay ...

Me tenía aferrada de las caderas y me daba sin asco el muy hijo de puta.

—Tenés un culo de locura. Me quedaría acá toda la vida... Aguantá, mi amor, aguantá...

Me mordí el labio, caliente al máximo. La verdad es que luego de cruzar alguna barrera dejó de dolerme tanto, pero no se lo iba a hacer saber.

—Qué malo sos... Me estás destrozando —jadeé.

Su respuesta fue enroscar mi pelo en su puño, y arrimarme más a él.

—Me moría de ganas de rompértelo.

Y como para reafirmar sus palabras me embistió con más fuerza.

A esa altura no solo no me dolía sino que me encantaba. Ya no podía disimularlo más.

—Dale, entonces —le pedí casi sin aire. —Si lo vas a hacer, hazlo bien.

No debí poner tanto énfasis en decirle eso, porque mis palabras parecieron enardecerlo.

Tiró más fuerte de mi pelo y me puso de rodillas. Con su pecho pegado a mi espalda, se movía hacia adentro y hacia los costados. La mano libre se metió entre mis piernas y comenzó a frotarme.

—Sos el mejor polvo de mi vida —me dijo al oído. —Por adelante, por atrás, por dónde sea... El mejor, te juro.

—No te creo —repliqué moviéndome hacia atrás para intensificar la penetración.

—Me encanta que seas tan caliente... Que te guste hasta lo que te duele. Que te dejes llevar...

No sé por qué lo dije, pero lo dije pero él no se cortó por eso.

—Iván... me dijo lo mismo...

Santiago me mordió el cuello.

—Él y yo pensamos igual con respecto a vos... Cogerte es increíble, Vero. Somos dos hijos de puta con suerte...

Mi gemido fue como un sollozo. Estaba a punto de acabar, así que sin mucha delicadeza, mi mano apartó a la suya y me toqué de forma frenética hasta que llegué al orgasmo.

—No me aprietes así... —lo escuché decir, y luego sentí su pene tensarse dentro de mí. —Ahhh...

Acabó él también, aferrado a mis tetas con las dos manos. Y luego nos desplomamos ambos, boca abajo sobre la cama.

18.

Mucho rato después me animé a preguntarle:

—¿Qué onda con Vanessa?

Si la pregunta lo sorprendió, no lo demostró.

—Ninguna onda. Es la novia de un amigo —fue su seca respuesta.

Le besé la espalda que tenía al alcance de mis labios como para mostrarle que lo mío era en son de paz.

—Estaba fumando afuera cuando vi que ella te increpaba y vos huías...

Ahí sí se tensó.

—Ella no me increpaba —me explicó luego de un momento. —Me pedía algo que yo... no le quería dar. Digamos que no estaba dispuesto a concedérselo.

Bueno... ¿cuál era la diferencia? Ella quería, y él no, era evidente.

Pero también era evidente que Santi no tenía ganas de hablar.

—Desde que la conocí siento que intenta arrojarme a los brazos de Iván para separarme de vos —le confesé.

Santiago se dio vuelta y me miró.

—Lo sé —admitió dejándome atónita. —Sé que te impulsa

a acercarte a Iván, pero no es para separarte de mí...

—¿Entonces por qué es?

Él vaciló.

—No es asunto nuestro.

—¿Ella quiere algo con vos? —le pregunté.

—No.

No avanzábamos nada. Pero a terca no me ganaba nadie...

—Santiago, no soy tarada... ¿Por qué Vanessa quiere meterme en la cama de Iván cómo sea?

Suspiró.

—Quiere más que eso... Ya estabas en la cama de Iván desde antes de que ella volviera.

—Sí, y lo sabe porque él se lo contó. Y no me trago de que son tan "open mind" y que a ella la beneficie que él se motive conmigo...

—¿Eso te dijo?

—Eso intentó hacerme creer.

Santi se mordió el labio.

—Hay detalles que vos no sabés, y no deberían preocuparte porque no tienen que ver contigo...—me dijo. —A Vanessa ignorala... Es evidente que no sos tarada, y que no se te ocurriría enamorarte de Iván.

—Ni de vos —acoté.

Y para mi sorpresa, la cara se le transformó. Hasta ofendido pareció.

—Yo soy un hombre libre —replicó.

—Y yo soy una mina que se voltea a dos tipos al mismo tiempo, y ellos lo saben —repuse. —No soy la candidata ideal, así que no habrá amor entre nosotros tres...

Dije “tres” y me sonrojé. Y Santi puso una cara de vicio que me excitó hasta hacerme mojar.

—Tal vez no quieras amor —murmuró. —Pero puede que quieras guerra.

Cerré los ojos. Otra vez esas fantasías prohibidas para las cuales no estaba lista.

—No lo creo... Me atrevería a decir que lo que estás insinuando no va a pasar.

—Estoy seguro de que no —repuso de inmediato, convencido.

¿Cómo? ¿Qué quería decir con eso?

—¿Por qué estás tan seguro?

—No por vos ni por Iván, sino por mí.

—¿No querés?

—Me pudre el coco pensarlo, pero hablando en serio, no lo haría.

—¿Por qué?

—Porque una vez intenté enfiestarme así con un amigo, y no se me paró.

—¿Cómo?

—Que si un amigo como Iván está en la misma cama, no funciona —me confesó. —No me hagas contarte más que me da vergüenza.

—No, no. Ahora me vas a contar... ¿Era muy amigo ese amigo?

—Demasiado amigo —me dijo. —Era Tincho.

¡Carajo! ¡Tincho Lasalle!

—¿Pero cuándo fue?

—Hace mucho, antes de... Antes de lo que le pasó, que lo dejó en esa silla de ruedas. Teníamos veinte y pico... No resultó.

—¿Y ella quien era?

—Ni me acuerdo. Pero no era ella el problema y tampoco Tincho, sino yo.

—¿Qué pasó, entonces? —pregunté.

—Nada. Me fui al living a fumarme un porro y Tincho se la volteó por él y por mí.

¡A la mierda!

—Así que participaste de orgías, pero con desconocidos...

—Te lo dije la otra vez. En clubes y eso... La mayoría en el exterior. No hay mucho más para contar.

¿Qué no había mucho para contar? Podría escribir otro libro si le tirara la lengua lo suficiente, pero con la calentura que tenía, prefería que usara la lengua para otra cosa que no fuera hablar.

—O sea que nada de tríos conmigo y con Iván —afirmé, más que pregunté.

Movió la cabeza y sonrió.

—Me vuelve loco imaginarte así, pero no puedo hacerlo. Aunque quisiera, no podría...

—¿Imaginarme cómo?

—Con los dos adentro. Con uno en la boca y otro en el

culo. Con cuatro manos en todo el cuerpo. Con dos lenguas donde vos quieras...

¡La putísima madre que me parió!

No aguanté más, y me subí encima de él.

—Santi, por favor... Cogeme ahora —le pedí.

—Parece que a alguien que yo sé la caliente mucho la fantasía del trío —se burló.

Estaba a punto de callarlo a besos cuando alguien vino corriendo y se lanzó sobre la cama.

Ambos miramos al perro salchicha, muertos de risa, y la calentura cedió un poco.

—¿La zoofilia no te va? Porque acá tenemos un candidato—insinuó guiñándome un ojo.

—Vos no tolerás la competencia —le espeté yo. —Seguro que Danonino la tiene más grande...

—Se llama Nerón —replicó. Y luego me comió la boca.

Me quedé un otra noche a dormir en lo de Santi.

Iván no dijo nada... Bueno, digamos que no protestó por eso, pero sí dijo algo.

—Se están despachando a gusto ¿no?

Lo miré como para matarlo mientras cerraba mi laptop, pero no había reproche en su voz.

—Uy, si las miradas mataran... —se quejó, divertido. — Entonces de cogerte los dos juntos ni hablar, ¿no?

—¿Querés un buen tortazo?

—El sado me va, pero prefiero ser yo el que dé los tortazos —fue su insólita respuesta.

—¿Y qué no te va, si se puede saber?—pregunté exasperada.

Se puso serio de pronto. Lo pensó un momento...

—No hay respuesta para esa pregunta —dijo. —No me conozco lo suficiente como para contestarla, porque lo que yo creía que no era para mí, ahora me seduce... Y viceversa.

Tenía el presentimiento de que no estábamos hablando solo de sexo.

Y me dieron muchas ganas de consolarlo, aunque no sabía qué era lo que le causaba tanto pesar. ¿Tendría que ver con la zorra de Vanessa?

—Todos cambiamos, Iván —repuse. —Yo nunca me imaginé en una situación como esta, pero...

—¿Y cómo es esta situación?

—Me acuesto con los dos, y lo saben... Además son amigos —respondí. —Ya he jugado a dos puntas pero con un engaño de por medio, pero nunca así...

—Es peor con un engaño.

—Sin duda. Pero igual no debería sentirme tan bien como me siento haciendo esto...

Él se acercó y me abrazó. Fue muy tierno... Me besó el pelo, la frente.

—No pienses tanto, Vero —me dijo. —Cuando tus instintos mandan la pasás mejor...

—¿Debería obedecer al llamado de la naturaleza y seguir apareándome con ambos? —bromeé.

—Al menos hasta que te encuentres con un macho alfa y

se nos termine la joda —fue su insólita respuesta. —Pensé que Santi podría serlo, pero me equivocué.

No tuve tiempo a reflexionar sobre su observación porque él me besó.

Y una cosa llevó a la otra. De pronto me encontré sentada en la encimera y con Iván entre mis piernas. No me sacó la ropa sino que me la apartó, como era su costumbre.

Me la iba a meter sin condón pero lo detuve justo a tiempo.

—¿Qué hacés, loco?

—Mejor te lo hago y luego te lo explico.

—Sin condón no.

—Por favor...

—No, Iván.

—Estoy sano, te lo juro. Cada tres meses me hago un chequeo completo y eso incluye...

—No me importa. Te acostás con cualquiera, tu mujer se acuesta con cualquiera... Y yo tampoco soy lo que se dice monógama —le dije aferrada a su pene erecto.

—Te acostás con un médico... Seguro que se pone condón hasta en una mamada —me dijo el muy descarado. —Vanessa y yo siempre lo usamos con terceros y no entre nosotros porque no es necesario...

—¿Usan otro método para evitar el embarazo? —no pude evitar preguntar, picada por la curiosidad sobre la intimidad de esos dos.

—Después te cuento —dijo Iván, y me sacó su miembro de la mano para empuñarlo él y dirigirlo adónde quería llegar.

—¡No! ¡Estarás muy sanito pero no quiero que me

embaraces, boludo!

—Vero, me hice una vasectomía hace años. No hay riesgo...

Me dejó tan perpleja que cuando quise acordar y a lo tenía adentro sin que yo hiciera ningún movimiento para evitarlo.

Mi cuerpo comenzó a ir por su cuenta, mientras Iván me embestía hundiendo su cara en mi cuello. Pero no me podía terminar de concentrar...

—Dijiste que siempre usabas condón con terceros — murmuré sin dejar de moverme.

Él se separó un segundo y luego me aferró las nalgas con fuerza.

—A vos no te cuento en ese grupo —afirmó. —Vos y a vos parte de mí...

Me derretí como un queso provolone...

—Y también de Santi —agregó y eso bastó para provocarme un orgasmo de esos que te hacen gritar cosas sucias que no quiero transcribir por vergüenza.

Iván no se quedó atrás en la verborragia, pero lo de él era siempre más poético que lo mío o lo de Santiago, que no dudaba en llamar a las cosas por su nombre.

—Te quiero en el medio de los dos —dijo mientras me cogía desenfrenado. Me dejó atónita cuando agregó:—Te vamos a llenar de leche, belleza...

Y luego eyaculó dentro de mí.

Ay, mierda. ¡Eso era el colmo de la desprolijidad! No había aprendido nada sobre prevención de enfermedades en más de treinta años... Pero lo que más me preocupaba era lo otro.

El jodido embarazo... ¿Sería verdad lo de la vasectomía?

Le tomé la cara con ambas manos y lo miré a los ojos. Aún lo tenía adentro cuando le pregunté:

—¿Es verdad lo de la vasectomía?

—Te lo juro —fue su categórica respuesta. —Me la hizo el padre de Santiago que era urólogo, y tuve que firmarle un montón de papeles porque era muy joven para esa decisión...

—Tenía razón, Iván. ¿Por qué lo hiciste?

Él se retiró de mi cuerpo, despacio, y luego agarró una toalla de papel y me la dio. Me la puse entre las piernas, pero insistí con la mirada para que respondiera.

—¿Qué? —me increpó.

—Te pregunté por qué te hiciste una vasectomía sin haber tenido hijos.

Se encogió de hombros.

—Bueno... La verdad es que creía que sería un pésimo padre. No tuve referentes en mi infancia para ser bueno, así que supuse que sería lo mejor.

—¿Y a Vanessa no le importa?

Él sonrió.

—Fue ella la de la idea. Nos prometimos estar siempre juntos y vivir en libertad, y los hijos atan mucho...

—Entonces no tendrán hijos nunca.

Iván tragó saliva.

—Supongo que no.

—No te veo muy convencido...

Iván se subió el cierre y me miró.

—No se puede volver a atrás en algo así. Y una promesa, es una promesa...—repuso. —Ahora basta de preguntas.

No quería dejar de preguntar. De hecho tenía muchas más, pero tal vez era hora de procesar esa información y por eso dejé de insistir.

—¿Qué sigue entonces? —pregunté sonriendo.

—Yo me voy a La Gaviota, y vos vas a hacer lo mismo más tarde —me indicó. Y al ver que iba a protestar agregó, dejándome completamente muda y avergonzada: —Pero antes vas a bajar y le vas a mostrar a mi amigo el doctor lo que te dejé ahí abajo.

19.

Esos juegos con Iván y Santiago me tenían loca.

Claro que no hice lo que me ordenó... Me fui al baño, me lavé, y luego bajé y me encerré a escribir hasta las tres y media, hora en que Santi me llevó al trabajo.

Tenía la mitad de la novela escrita, y delineada la otra mitad. Y al otro día, me comunicaría con Ana por Skype para seguir avanzando.

Me quedaba pendiente lo de las redes sociales, pero lo iba a dejar para lo último. Por lo pronto, en dos días tenía que volver a El quinto infierno porque así lo arreglé con Ana. Además necesitaba un día libre porque estaba trabajando en doble jornada y me estaba matando.

Y eso sin considerar las maratones sexuales a las que me sometían mi jefe y mi médico. La verdad es que no podía quejarme porque yo las buscaba con ansias y también las disfrutaba muchísimo.

Estaba gozando del sexo como nunca, con dos ejemplares más que dignos y eso contribuía a que las escenas eróticas de la novela fuesen lo inspiradas e inspiradoras que yo deseaba.

Esa noche, me la pasé haciéndolo con Santiago.

Cogimos como dos bestias por todo el departamento. En

un momento hasta el perro se puso a aullar y lo callamos a almohadonazos.

Era sexo del bueno, del mejor. Esa clase de sexo que se hacía con el cuerpo y con la cabeza.

Alimentábamos nuestras fantasías de tal forma, que el placer se multiplicaba cada vez más.

Y el hablar y a era parte del maravilloso arte de coger, tanto con Santiago como con Iván.

—Me encanta que no te depiles toda... Solo lo necesario —me dijo levantando la cabeza.

—A Iván le gusta sin nada, pero me pareció artístico ese bigotito.

Santi largó la carcajada.

—No se puede conformar a todo el mundo —repuso, y luego volvió a su labor entre mis piernas.

Más tarde, mientras nos besábamos cubiertos de saliva y de sudor, me confesó lo mucho que lo excitaba imaginarme con Iván en la cama.

Y súbitamente inspirada, y o le pregunté si le gustaría vernos.

Se quedó mudo de repente, y yo me vi en la obligación de aclarar más.

—Solo vernos... No implica que te tengas que sumar, primero porque no quiero que te sientas mal, y segundo que no sé si yo no me sentiría mal.

—Pero ¿verlos a escondidas, o Iván lo sabría?

Reflexioné unos segundos. La verdad que no tenía idea porque se me acababa de ocurrir.

—No sé. Hasta ahora no hicimos nada a escondidas...

—Tal vez haya llegado el momento.

Con esa simple frase, quedó sellado el acuerdo.

Y a la noche siguiente salí antes de La Gaviota, y esperé a Iván en la terraza. Sabía que Vanessa no solía ir a su departamento, sino que se veían en la casa de ella. Así que si no traía un ligue, no iba a tener problemas con llevarlo hasta ahí.

—Epa... ¿Y esta sorpresa? —preguntó con una sonrisa cuando me vio con una de sus camisas desprendida y una minúscula bikini.

—Con ganas y esperando —fue mi respuesta.

—¿Y si hubiese venido acompañado nos hubiéramos enfiestado los tres?

Me ruboricé, porque en cierta forma lo estábamos.

Santiago nos observaba desde un ángulo de su propia terraza, en penumbras.

—Santi no está... —mentí bajando la mirada.

—Me refería a si hubiese venido con una chica... o con Vane.

Abrí los ojos como platos. ¿Estaba jugando conmigo?

—¿Te gustaría algo así?—le pregunté, asombrada.

Iván se acercó.

—¿A quién no? —fue lo último que dijo antes de comerme la boca.

Nos besamos como locos. Yo estaba tan caliente y lubricada que se podría freír algo en mi sexo.

—Si no te animás al trío con Santi, tal vez podamos hacer una variante...

—No me gustan las chicas —le dije desprendiéndole la camisa.

—¿Probaste?

—No.

—Entonces...

—A mí no me gusta compartir a los hombres.

Iván rió y me acarició las tetas.

—Qué egoísta resultaste, belleza. Creo que ni vos sabés dónde están tus límites... Deberías explorarlos, y eso significa incluir mujeres y a Santiago.

No me aguanté y se lo dije.

—¿Y qué te hace pensar que él quiera hacer un trío con nosotros?

—¿Quién no querría? —respondió con otra pregunta.

Y luego hubo pocas palabras y mucha acción.

Fue uno de los momentos más calientes de mi vida. Saber que Santiago nos miraba hacía que mi cuerpo se transformara en una intensa llamada con ganas de devorar todo lo que lo tocara.

Me puse de rodillas y le hice una mamada increíble.

“Cuando se la chupes pensá en que yo voy a estar mirando y tocándome” me había dicho Santi esa tarde mientras yo le hacía lo mismo a él.

Después, me saqué la camisa e Iván me bajó la bombacha.

Mientras me daba vuelta y me apoyaba en el barandal, le exigí que se pusiera un condón.

Puteó por lo bajo, pero esa vez se lo puso y luego me

penetró sin más contemplaciones.

“Me muero de ganas de verte acabar cuando él te la pone. Y más sabiendo que tu placer es más grande porque te da morbo el pensar que de alguna forma yo estoy ahí”

Tenía razón. Mi placer era enorme... Y no solo por la máquina infernal que me cogía desde atrás. El placer que me daba saber que Santiago estaba observándolo todo, me volaba la cabeza.

Iván me dio la vuelta y se sentó en una silla. Me hizo montarme a horcajadas sobre él, mientras me chupaba las tetas con ganas.

—Cogeme vos a mí ahora —me exigió con la mirada turbia.

Cabalgué sobre su pene, me refregué una y otra vez hasta que llegué al orgasmo y también lo hizo Iván entre gemidos.

Pero mi mente estaba invadida por Santiago, al que no podía ver, pero seguro se hacía una paja escondido entre las plantas.

20.

—Esa Analía era una hija de puta.

—Estás equivocada: lo sigue siendo. —replicó Ana. —
Sembró vientos y cosechó tempestades...

Esa frase me tocó muy de cerca, y por un momento me encontré pensando en si yo no estaría haciendo lo mismo.

Después de todo, bajo la apariencia de un juego sensual se estaba gestando algo demasiado intenso y perturbador a mis instancias.

Porque fui yo la de la idea de que Santiago nos observara a Iván y a mí. Porque era yo la que no los desestimulaba sino que los incentivaba en el morbo. Era yo la que nunca me negué de plano a estar con los dos, y los busqué hasta a encontrarlos. Y porque sin duda jamás les había dejado en claro que no quería un trío más que en la fantasía...

Es que ni yo misma estaba segura de que así fuera.

La conversación por Skype con Ana me dejó llena de inquietudes que esperaba disipar al día siguiente hablando con ella en persona, en El quinto infierno.

Mi día libre tenía que ser muy productivo porque ella y Tincho tenían que viajar a Montevideo por una conferencia o algo así, y por unos días no tendríamos contacto.

Esa noche, en La Gaviota, se me hizo eterna.

No solo porque fue Vanessa quien se hizo cargo del restorán y a que Iván tenía un compromiso. También extrañaba a Santi...

No lo había visto ni había hablado con él de lo sucedido la noche anterior. No tenía idea de si su aventura voyeur le resultó satisfactoria... Esperaba que me contactara de alguna forma, pero no lo hizo y yo me sentí muy decepcionada.

Trabajé como una autómatas, intentando no pensar en Santiago, y las horas fueron pasando muy lento.

Cuando salí a fumar mi cigarro de cada noche, me encontré con Vanessa, en el costado del restorán, vomitando.

Había intentado esquivarla toda la noche, pero en ese momento me preocupé por ella. Hacía enormes arcadas, mientras se apoyaba con una mano en la pared.

Me acerqué y le pregunté si podía hacer algo por ella. Su respuesta fue otra arcada, y las piernas se le doblaron. La sujeté de un brazo, y con la otra mano le aparté el pelo de la cara.

Siguió sacudiéndose en espasmos por algunos segundos, y luego se enderezó y con paso tambaleante avanzó en la oscuridad y se recostó en la pared.

—Vanessa, no quiero alarmarte pero vos sabés que Jimena tiene hepatitis... —comencé a decir pero ella me interrumpió.

—Lo mío... no es... hepatitis.

Parecía muy segura de que no la tenía así que encendí mi cigarro y le ofrecí uno a ella.

—No puedo... —se negó. —Es un fastidio pero no puedo fumar...

Bueno, algo tenía. ¿Cáncer? ¿Tendría cáncer?

Tal vez por eso quería acostarse con Santi... Quizá quisiera cumplir todos sus sueños antes de morir.

Di un par de caladas y luego le ofrecí traerle agua o algo fuerte. Me miró como para matarme...

—Lo único que podés hacer por mí, es hacer feliz a Iván.

Dios... Era cáncer. Se quería voltear a Santiago como último deseo, y quería dejar a Iván en manos de alguien que lo cuidara y le diera consuelo.

Sentí mucha pena por ella, y de pronto toda la animosidad que sentía se esfumó.

—No digas eso —le dije bajando la vista.

—Es lo único que me importa; que él no lo sufra.

Carajo, carajo. Pobre mujer... Tan joven. Tan linda... La piedad me impulsó a decirle que haría lo que fuera para que Iván se sintiera mejor.

—Pero no va a ser necesario, Vanessa. Vos e Iván van a estar juntos mucho tiempo.

Ella levantó la vista. Su mirada era enigmática...

—Le hacés bien —me dijo. —Y Santiago no te necesita tanto como Iván.

Bueno, fue nombrarlo a Santi y todo en mí se rebeló. Mi compasión no llegaba hasta ahí.

Podía comprometerme a consolar a Iván pero no tenía ganas de ceder a Santiago ni un poquito.

Me sentí cruel y mezquina con una mujer que quizá estuviese moribunda, pero no pude evitarlo.

—¿Santiago te necesita a vos? —no pude evitar

preguntar con cierta ironía.

—Más bien yo lo necesito a él... Necesito de su buena voluntad y espero que no me falle.

La conversación terminó en ese momento porque salió Soledad a fumar. Yo me apresuré a entrar, y ni siquiera me detuve a ver si Vanessa estaba en condiciones de hacer lo mismo.

Me sentía celosa y avergonzada.

Vanessa estaba enferma, tal vez gravemente. Y yo estaba molesta porque intentaba endilgarme a su novio y sacarme a mí... En realidad me ponía mal que ella tuviera o pretendiera, a los mismos hombres que yo. Me ponía furiosa tener que ser compasiva y apartarme de Iván para que se dedicara a ella, y de Santi para... para lo mismo.

La Gaviota cerró temprano porque un apagón de grandes dimensiones dejó a oscuras toda La Barra.

Agarré mis cosas y me puse a buscar un taxi cuando un conocido BMW me hizo juego de luces para llamar mi atención.

Mi corazón se aceleró y mis piernas flaquearon.

Corrí hacia él, y mientras me subía llegué a ver a Vanessa en su Beetle mirándome con el reproche pintado en su bello rostro.

Me sentí mal cuando me di cuenta de que lo sentía, pero no podía apartarme de Santiago. Podía contar con lo de consolar a Iván, pero no con cederle a Santi. Al menos si dependía de mí, no sería suyo ni a palos.

Vanessa podía agonizar a mis pies, pero no iba a renunciar a Santiago por nada del mundo.

No hablamos mucho en el trayecto a su departamento.

No fue por instancias mías, ya que intenté buscarle la boca a toda costa sobre sus impresiones de lo sucedido en la terraza con Iván, pero él me cortó con una simple frase:

—Hablemos de eso cuando lleguemos. Si lo hacemos ahora corremos el riesgo de protagonizar un accidente...

Me pareció un comentario muy auspicioso, así que fui paciente y esperé a que llegáramos.

Tenía ganas de preguntarle sobre la enfermedad de Vanessa, y estuve a punto de hacerlo pero de pronto se me ocurrió que ella podría habérselo ocultado a ambos, y no me atreví.

Cuando traspasamos el umbral, no me costó nada olvidarme de Vanessa...

Como dos animales en celo, cogimos en el piso del living. Más bien, en el del pasillo de entrada, porque no llegamos ni a la alfombra.

Con el perro aullando junto a nosotros como ya era su costumbre, acabamos a los gritos luego de un asalto brutal en el que ni siquiera llegamos a desnudarnos.

Jadeantes y empapados en transpiración, nos miramos a los ojos cuando el placer se disipó.

—Me parece que a alguien que yo sé, lo calienta mucho el papel de voyeur... —aventuré, provocativa.

Santiago se mordió el labio inferior de esa forma que me seducía tanto.

—Más que eso —respondió.

—¿Te hiciste una paja?

—¿Vos que crees?

—Que sí.

—Te equivocás, fueron dos... —fue su respuesta, y me dejó en llamas.

—Te morías de ganas de participar... ¿o no?

Sonrió exponiendo su espectacular dentadura y yo lo oprimí entre mis piernas con fuerza.

—Por supuesto. Y ojalá pudiera...

—Ojalá —murmuré sin dejar de mirarlo.

Santiago volvió a sonreír.

—¿Lo harías?

No tuve que pensarlo demasiado.

—Sí.

—¿Por él, por mí, o por vos?

—Por los tres... Pero más que nada porque me calienta que te caliente —le respondí.

Él suspiró y salió de mí. Se sacó el condón y el perro vino a olfatearlo.

—Fuera, perverso —le dijo, y el pobre se fue con la cola entre las patas.

Me senté y Santiago me atrajo hacia él y me besó.

—Me encantaría complacerte, pero no puedo... —susurró contra mi pelo.

—¿Es por Iván?

—Más bien por mis... reparos. Seguro hago otro papelón.

Y de repente tuve una idea. Fue como una súbita inspiración más bien, y lo cierto es que no lo pensé demasiado.

Tal vez si me hubiese detenido unos segundos a reflexionar, me hubiese guardado esa propuesta en lo más profundo de mis fantasías, pero lo cierto es que no lo hice. La conversación con Vanessa me había dejado un sabor amargo en la boca, y la sensación de que había que hacer lo que el cuerpo nos pidiera mientras aún estuviera caliente... y vivo.

—¿Querés que lo hagamos con otro? —pregunté. —
Alguien a quien no conozcas... Puedo levantarme a un tipo cualquiera, así podemos...

No me esperaba la reacción de Santiago. No solo me apartó de él con poca delicadeza, sino que se paró de inmediato y se alejó mientras guardaba su pene dentro del jean.

—¿Qué pasa? —pregunté alarmada, parándome también. Tenía la bombacha en los tobillos así que simplemente salí de ella dejándola en el suelo, y avancé.

Él se dio vuelta y me miró con una furia que jamás había visto en esos hermosos ojos.

—¿No sabés cuándo parar, no? —preguntó con desprecio.

—¿Qué?

—Que una cosa es dejarte llevar por tus deseos, y otra cosa es hacer... algo, por complacer a los demás —me espetó. —Si seguís así corrés el riesgo de pasarte de la raya. Y vas a terminar odiándote y odiándonos también a nosotros.

Me sentí confusa, avergonzada. Y también furiosa.
Muy ...

—¡Mirá quien lo dice! —exclamé. —¿Qué pasa? ¿Ahora te hacés el puritano? ¿No es un poco tarde, Santiago?

Se acercó y levantó su índice. Parecía querer decirme algo y no encontrar las palabras.

—Todo tiene un límite... —dijo despacio.

—¿Ah, sí? —pregunté con ironía. —¿Y vos tenés claro dónde está el mío? Porque sabemos que el tuyo tiene que ver con que no se te para en ciertas circunstancias...

Abrió y cerró la boca dos veces.

—El sexo sin ningún sentimiento de por medio me interesa cada vez menos —dijo mirándome a los ojos. —Pero veo que vos no tenés los mismos reparos...

Su observación cargada de acusaciones sobre mi moral, me llenó de ira. De una furia jamás experimentada antes, y también de una profunda vergüenza. Me sentí una puta, pero en el peor de los sentidos. Pero lo que más me enfurecía era que hablara de sentimientos...

¡Me compartía con su amigo como si nada, y luego hablaba de sentimientos!

—Sos un machista hijo de puta —le espeté mordiendo las palabras. —Y yo voy a hacer lo que se me cante y con quien se me cante.

Él no se quedó atrás en su intento por herirme. Y sin duda lo hizo con mucho más éxito que yo:

—¿Ah, sí? ¿Y hasta dónde pensás llegar? ¿No querés seguir probando cosas nuevas? ¿Qué tal dos trolas y un burro para darle más emoción?

No me pude aguantar, y lo hice.

Había llegado al límite de mi paciencia y la ofensa me llegó a lo más profundo.

Levanté una mano y le di una cachetada tan fuerte, que el salchicha hasta me gruñó.

Y después de eso recogí mi bolso, y me fui sin mirar

atrás.

21.

Casi sin dinero, y sin bombacha salí a la calle enardecida. Y con los ojos llenos de lágrimas...

Me estiré la falda como pude y me puse a caminar.

Y de pronto, un bocinazo me hizo sobresaltar. Eran las dos de la mañana, y grande fue mi sorpresa cuando vi a la China manejando un Jeep de esos viejos, color verde militar.

Paró unos metros más adelante y me esperó.

—¡Pero chiquita! ¿Qué hacés esta hora en la calle?

Intenté sonreír.

—Lo mismo me pregunto yo de vos.

Ella revoleó los ojos y se rió de forma pícaro.

—La carne es débil —fue toda su explicación.

Abrí la boca asombrada... No esperaba algo así, a pesar de que ya había escuchado que tenía novio. Era extraño pensar en sexo asociado a esta simpática mujer sesentona y malhablada, pero me reconfortó saber que la vida no termina ni a los cincuenta, ni a los sesenta...

—Bueno, decímelo a mí —repliqué suspirando.

—Sí... ¡justo a vos, bandida! —dijo sonriendo. —¿Adónde vas?

—Voy a... —y de pronto se me hizo la luz. — Voy a El

quinto infierno. Mañana es mi día libre y quedé con Ana en...

—Ya sé, y a sé... Pero pensábamos que te llevaría el Titi mañana.

—No —dije bajando la mirada. —Santiago no puede...

—Bueno, es tu noche de suerte porque la China está acá y luego de un poco de cariño regresa a casa—declaró muy oronda. —Subí, nena.

Obedecí sin chistar, aunque estaba segura de que esa, no era mi noche de suerte precisamente.

Dos horas después intentaba conciliar el sueño en El quinto infierno cuando sentí un ruido raro que provenía de mi bolso. Era mi celular, que estaba silenciado y vibraba.

La llamada era de Iván y la tomé.

—¿Dónde carajo estás? —me preguntó furioso.

—En El quinto infierno —respondí.

—¿Y cómo mierda llegaste ahí? Santiago te pasó llamando y no atendiste.

Ya estaba hasta la coronilla de Santiago y ahora también de Iván.

—¿Dónde está escrito que hay que atender el celular cada vez que suena? —dije con ironía, omitiendo que no lo había hecho porque no lo había escuchado.

—Vero, no te la agarres conmigo y contame qué mierda te hizo ese hijo de puta.

—Preguntale al hijo de puta.

—Ya lo hice cuando me llamó desesperado para saber si

sabía algo de vos, pero no me contestó... ¿Quién te llevó hasta ahí?

—Alguien que pasaba por...

—¿Otra vez haciendo dedo? ¡Es peligroso y más de noche!

Eso terminó de exasperarme. La doble moral de Santiago e Iván me tenía harta. Estaba bien hacer dedo si ellos me levantaban, pero mal si lo hacían otros. Estaba bien fantasear e intentar un trío entre nosotros, pero mal si intervenían otros...

De verdad estaba hasta las bolas de esos dos, y fue por eso que le respondí lo que le respondí y luego le corté el teléfono.

—¿Sabés qué? Me tienen harta. ¿Por qué no se dan entre ustedes y me dejan en paz?

Después de eso, me dormí como un bebé.

A la mañana siguiente desperté descansada y decidida a concentrarme en la historia de Ana.

Tincho ya estaba en Montevideo, así que ella pudo dedicarse por completo a mí, y yo se lo agradecí.

Pasamos ocho horas hablando de lo que había sucedido en El quinto infierno dos años antes.

Fueron días de amor y de espanto...

Parecía imposible que hubiese pasado tanto en tan poco tiempo, pero las desgracias que esa gente venía acarreado desde hacía diez años hicieron eclosión y casi se fue al carajo todo.

Y la novela se perfiló claramente en dos partes. En

Séptimo Cielo se narraba la crisis de Ana, y el encuentro con Hernán con toda su sordidez y su morbo. En El quinto infierno había más carga dramática, y mucho más que sexo... Ahí había amor, había drama, había redención, había esperanza.

Ese día tomé nota de cada detalle de la historia hasta nuestros días. Y me hizo muy feliz saber que ellos eran felices, y que Hernán también lo era... O casi.

Acababa de ser padre, y también de separarse.

—¿Se separó?

—Eso me acaba de decir la abuela de Martín —repuso Ana, preocupada. —Ese tipo tiene un curso a contramano en la cabeza...

—¿Pero cuánto tiene su bebé?

—Nació el veintinueve de diciembre.

—¡Carajo! ¿Qué le habrá pasado? ¡Solo tiene un mes y poquito!

—Qué se yo... Con Hernán nunca se sabe.

Bueno, estaba claro que los finales completamente felices no existían más que en las obras de ficción.

Y cómo la historia que me traía entre manos se suponía que iba a promocionarse de esa forma, mejor omitía lo de la separación de Hernán, y lo dejaba feliz y contento en España con su esposa y su hijito.

Logré escribir tres capítulos esa tarde, así que fue un día muy productivo. Ana los leyó en crudo y sonrió.

—Maravilloso —me dijo, radiante. Y luego entró a la casa y me trajo algo.

Era un anillo precioso. De plata, enorme, pesado, como a mí me gustaban.

—¿Y esto?

—Es para vos. ¿Te gusta?

—Me encanta... Pero ¿a qué se debe?

Ella sonrió.

—Al igual que el relato que escribí, el contarte la historia a vos me ayudó a liberarme de ciertas cargas. Este anillo es una de ellas —me confesó.

—¿Por qué?

—Porque con él casi le rompo la nariz a Hernán, aquel día en que le di un tortazo en el parking del banco...—explicó, apesadumbrada. —Lo conservé como recordatorio de las cagadas que puedo llegar a hacer cuando no es el amor lo que me mueve, pero ya no lo necesito...

—Gracias, Ana, Me va a venir bien y con los mismos fines —le dije. —Además, es hermoso...

Y de pronto me encontré recordando la cachetada que le di a Santiago la noche anterior, y mis duras palabras hacia Iván.

Ese obsequio me reconfortó mucho, pero no dejaba de ser un día triste para mí, y Ana lo notó.

—A vos te pasa algo... ¿Te peleaste con Santiago?

Asentí, con los ojos llenos de lágrimas.

—Y también con Iván.

Ana me apartó un mechón de la cara y preguntó:

—¿Qué pasa entre ustedes tres?

Suspiré.

—Es... complicado.

Parecía que iba a decirme algo, pero de pronto se interrumpió y miró por encima de mi hombro.

—Bueno, prepárate porque tus dos complicaciones acaban de llegar...

Cerré los ojos y contuve el aire.

Y como Ana me indicó, me preparé emocionalmente para que se complicara todavía más.

22.

Contemplábamos el atardecer en la laguna en el más profundo de los silencios. Sentados en el borde del muelle de madera, estábamos los tres sin saber qué hacer ni que decir.

Iván estaba a mi izquierda y fumaba. Me ofreció pero yo dije que no... Santi, a mi derecha, se mantenía inmóvil con las palmas apoyadas en el muelle. ¿Estaría tan calmado como parecía?

Ana fue más que discreta cuando alegó tener cosas que hacer y se fue con grabador y cuaderno de notas incluido.

El que habló primero fue Iván, por supuesto.

—A ver, Vero... Ayúdanos a entender que es lo que te está pasando.

Lo miré con fastidio. ¿Solo a mí me estaba pasando algo? ¿Y a ellos no?

—¿A eso vinieron? Se hubieran quedado en Punta porque a mí no me está pasando nada.

—En realidad vinimos a buscarte —intervino Santiago sin mirarme.

—Y a pedirte disculpas —completó Iván.

Bueno, ahí la cosa cambiaba. Pedirme disculpas podía ser la llave de la puerta del entendimiento. No obstante, decidí hacerlos sufrir un poco, sobre todo a Santiago que se había

portado muy mal conmigo.

—No era necesario que vinieran. Tengo poca memoria y debido a eso no soy rencorosa en absoluto —repuse.

Santi giró la cabeza hacia mí y yo no pude evitar hacer lo mismo.

—Te extrañaba —dijo simplemente. —Quería que volvieras a casa...

A casa. Dios mío... Hacía tanto tiempo que no pensaba en algún sitio como *mí casa*.

Su comentario me perturbó muchísimo, pero no lo demostré.

—A los dos nos hiciste mucha falta —comentó Iván y yo me volví a mirarlo. —Pasamos un día de mierda pensando en que estabas mal por culpa nuestra.

—Por culpa mía —replicó Santi. —Me comporté como un idiota... Mi reacción no fue nada apropiada teniendo en cuenta las circunstancias.

—Las circunstancias... —repetí sin mirar a ninguno de los dos.

—Así es. Vivimos diciendo que una de las cosas que más nos fascinan de vos es tu libertad, y yo me puse inexplicablemente prejuicioso —admitió Santiago.

—Inexplicablemente —repitió Iván riendo. —Es un eufemismo para no tener que hablar de lo posesivo que se puso, el mirón perverso...

¡Caramba! ¿Es que no podía haber guardado el secreto? Le confesó lo de la escena de la terraza...

—Iván —reclamó con poco énfasis Santiago.

—¿Estoy mintiendo? Nos enferma que ella pueda

siquiera pensar en salir de esta especie de triángulo que formamos... —dijo Iván súbitamente serio. —Somos unos machistas encubiertos bajo una fachada liberal.

Vaya... La conversación se estaba poniendo bastante profunda y reflexiva. Presentía que esa vez podríamos a hablar de lo que nos estaba pasando, sin peleas ni chistes fáciles.

—Soy la incoherencia personificada —admitió Santiago moviendo la cabeza.

—Ambos lo somos —replicó Iván.

Y de pronto sus miradas confluyeron en mí.

En ese instante sentí que era el momento de hacer la pregunta del millón.

—¿Qué quieren de mí?

Se hizo silencio. Solo se escuchaba a los grillos cantar.

Decidí ser más específica.

—Iván... ¿qué es lo que querés?

—A vos. Como sea... Pero feliz, disfrutando... No enojada y lejos.

La respuesta me conformó. Entonces me volví hacia su amigo.

—¿Y vos, Santiago?

Vaciló... Tiró una piedrita al agua. Y finalmente respondió.

—No sé.

No me esperaba esa respuesta, y los ojos se me llenaron de lágrimas. Fue Iván quien salvó la incómoda situación, por supuesto.

—Vamos... Al menos ya sabes que un trío no querés, porque no se te para.

No sabía cómo lo hacía, pero Iván podía hacerme pasar del llanto a la risa en un segundo.

—Callate, infeliz —se quejó Santiago con el ceño fruncido.

—Vos mismo me lo confesaste.

—Y ya estoy arrepentido.

—¡Hay que ser boludo! ¿Qué miedo tenés? ¿Qué me confunda y te coja a vos?

A esa altura yo no podía disimular la risa.

—Basta, Iván —dijo Santiago, molesto.

—Mirá que Vero no nos va a medir para comparar ¿eh? No quiere que pases vergüenza —se rió éste con desparpajo.

Santi se limitó a mover la cabeza, pero era evidente que el enojo se le estaba pasando.

Y para qué negarlo, del mío no quedaba ni rastros.

Me apoyé en el muelle y sonreí. Santiago me tocó el meñique con el suyo... Fue una caricia íntima y hasta solapada diría.

Me encendió como una mecha y supe que me tenía. En cierta forma los dos me tenían, y haría lo que me pidieran porque así lo deseaba yo también.

—Iván... No lo molestes —le pedí.

—Está bien... Pero que conste que el pelotudo que se hace pajas espiondo, es él, no yo. Si fuera por mí ya hubiésemos pasado a la acción.

Esa era toda una declaración. No me sorprendió, pero sí lo hizo lo que dijo Santi.

—¿Y si fuera por vos, Verónica? —me preguntó.

Dudé un poco antes de responder, y cuando lo hice fue con mucha sinceridad.

—No voy a negar que la idea me seduce más de la cuenta.

Iván se agarró la cabeza con las dos manos.

—No puede ser... Ella quiere y a vos no se te para, forro...

Santiago y yo nos miramos sonriendo. Había quedado atrás la tormenta, y los tres lo sabíamos.

Regresamos a Punta del Este cuando caía la noche. Se me cerraban los ojos, así que me tendí en el asiento de atrás y me dormí... O casi.

Entre sueños, escuché una conversación entre ellos que me dejó con ganas de más.

—Se durmió —dijo Iván en voz baja. —Tuviste suerte de que no te zumbara cuando te quedaste en blanco.

—No me quedé en blanco, nene. ¿Estás seguro de que duerme?

—Como un bebé... —dijo Iván, y me di cuenta de que me estaba mirando. —Qué ganas de...

—Habla bajo, no la vayas a despertar...

—Che, Santi. Si me paso para el asiento de atrás y entro en acción seguro que te ponés al palo. La paja que te harías mirando por el espejo...

—No digas boludeces —lo escuché decir a Santiago entre dientes.

—Ok. Yo no digo más nada, pero vos habla cuando ella te pregunte. ¿Cómo que no sabés qué mierda querés? —le preguntó Iván en voz baja, y yo noté que la conversación se

estaba poniendo más seria.

Silencio... Treinta largos segundos que yo conté medio dormida, medio despierta.

—No quise asustarla —dijo él finalmente.

No entendí nada, pero tampoco estaba en condiciones de preguntar.

—La pregunta era simple y vos tenías clara la respuesta, igual que yo. Queremos lo mismo, la queremos a ella...

Las palabras de Iván me hicieron estremecer.

—¿Es un problema que los dos queramos los mismo, Iván? —preguntó Santiago en un murmullo.

—No para mí. Creo que es el plus que nos da esta... relación. Compartirla...

Silencio otra vez. Y luego volvió a hablar Iván.

—Lástima que no puedas con el asunto del trío. Lo gozaríamos tanto, boludo...

—¿Otra vez con eso?

—Perdón, perdón.

Un par de kilómetros de silencio absoluto. Bueno, no del todo porque desde la radio me arrullaba un clásico y casi me entregué por completo a Morfeo por su culpa.

Killing me softly with his word...

—Iván... —escuché decir a Santiago y me espabilé un poco.

—¿Qué?

—Si yo te lo pidiera ¿la dejarías?

Contuve la respiración hasta que Iván respondió.

—No.

El silencio que siguió fue bastante incómodo. Yo no los podía ver, pero intuía que estaban aclarando los tantos por primera vez. Y sin la intervención de una de las involucradas, o sea yo... Era raro, muy raro.

—Pero lo haría si Vane me lo exigiera... —dijo de pronto Iván.

—¿De verdad la querés tanto a Vanessa? —preguntó Santiago sacándome las palabras de la boca.

—Es como mi otro yo.

—Pensé que yo era como tu otro yo.

—Bueno, ella es lo mismo pero sin pija.

—Sos de lo peor...

—Puede ser. Pero Vane siempre va a ser mi prioridad. Se lo prometí, y ella me prometió lo mismo hace mucho...

—Lo sé.

Iván apagó la radio.

—¿Y vos, forro?

—¿Qué cosa?

—¿La dejarías si yo te lo pidiera?

Necesitaba la respuesta de Santi tanto como el aire. Y cada segundo que se hacía esperar me torturaba.

—No me lo vas a pedir. Vos querés trío, hijo de puta. El morbo te come el coco....—dijo Santiago al fin, saliéndose momentáneamente por la tangente.

La risa de Iván fue tan sonora que si hubiese estado dormida, me hubiese despertado.

Me quedé esperando... Pero parecía que la conversación

se había terminado ahí. Los escuché cantar casi a coro y quise pegarles por pelotudos, pero me contuve.

Y al final me dormí sin saber lo que pensaba Santiago. Ni lo que sentía por mí.

23.

Todo empezó de la manera más inocente, de la forma más tonta...

Y terminó siendo la experiencia sexual de mi vida.

Sin duda, ese momento marcó un antes y un después en mi tranquila existencia. Si ya el hecho de acostarme con dos amigos a sabiendas de ambos me generaba mucho morbo, el haber dado el siguiente paso hizo que el sexo tomara una nueva dimensión para mí.

No fue la noche en que regresamos de El quinto infierno. Esa vez no pasó nada con ninguno de los dos... Me pasé la noche y gran parte del día siguiente durmiendo.

Al mediodía me fui a La Gaviota porque un compañero me pidió que le cambiara el turno, así que a las diez de la noche ya estaba entrando al edificio donde vivían Santiago e Iván.

Me encontré con Santi en el ascensor. Recién había llegado de trabajar, y dejado el coche en el garaje. Fue una gran sorpresa que se abrieran las puertas y encontrarme con él, que subía desde el subsuelo.

—Buenas noches —me dijo, formal.

—Hola.

—¿Te trajo Iván?

—No, él se quedó. Vine en taxi.

—Me parece bien. Nada de hacer dedo, por favor.

—La última vez no me fue tan mal —repuse dándole la espalda.

Santiago inspiró profundo y luego me preguntó:

—¿Qué piso?

—¿Perdón?

—¿A qué piso vas? —me preguntó.

Yo sabía que en esa interrogante había más que oprimir un botón... Me estaba preguntando si me iba con él. Para ser más exacta, estaba queriendo saber si íbamos a hacerlo.

No tenía caso hacerme la difícil, si me estaban temblando las piernas de ganas...

—No sé... Aunque me encanta tener opciones. ¿A cuál me recomendás?

Santiago apretó el octavo. Me quedé mirando su dedo por un momento... Del botón pasó a mi cara. Me hizo girar y me miró a los ojos.

—Depende de lo que quieras.

—Quiero acción —musité.

Él me mordió el labio inferior, y cuando las puertas del ascensor se abrieron yo ya estaba empapada.

—Bienvenida... a casa... —me dijo entre beso y beso.

La noche anterior había dormido en la cama de Iván, pero creo que él no, porque cuando me desperté su lado de la cama estaba intacto.

Por eso esa bienvenida tan caliente logró en mí un efecto

de felicidad instantánea. *A casa...*

Me desnudó por completo y me besó todo el cuerpo. Cuando quise corresponderle no me lo permitió.

Se puso un condón y me cogió arrodillado entre mis piernas.

—Sos demasiado hembra —me dijo mientras se movía con desenfreno. —Demasiado para uno solo...

Me hizo gemir con su pene y con sus palabras.

Se movió con tanta fuerza que casi rompemos la cama... Jadeamos al unísono y cuando acabamos gritamos, desbordados de placer.

El perrito se puso a aullar al otro lado de la puerta, pero estábamos demasiado sacados como para que nos importara. Seguimos cogiendo desenfrenados, mientras el animal lev antaba el techo con sus aullidos.

Tenía a Santiago tendido sobre mí y yo lo envolvía con mis piernas, cuando se abrió la puerta del dormitorio.

Casi me da un ataque al corazón... Santiago se dio vuelta como un rayo, saliendo de mí.

Completamente desnudos nos quedamos mirando a Iván que a su vez nos miraba, y también a Nerón que ya no gritaba sino que saltaba buscando una caricia.

—Pensé que pasaba algo —dijo, tragando saliva.

—Nos vas a terminar matando, flaco —repuso, Santiago cubriéndonos con la sábana. —¿Cómo se te ocurre entrar así?

—No sabía quién era que gritaba... No soporto esas cosas...

Se lo veía turbado, y no solo por haber irrumpido en la habitación mientras yo tenía sexo con su amigo.

¿Sería por algo de su infancia? ¿Tendría que ver con el hijo de puta de su padre?

Miré a Santiago, que no estaba lo enojado que yo pensaba que estaría.

—Nerón siempre... No sé por qué mierda hace eso.

lván se recostó en la pared y se tocó la frente.

—Yo si sé —dijo, y luego se mordió el labio. —Lo entiendo perfectamente porque a mí me pasa lo mismo...

Mi respiración se hizo errática y apreté la sábana entre mis manos. Sabía que ese era el momento bisagra, y un escalofrío me recorrió.

—¿Qué es? —preguntó Santiago con voz calmada. Estoy segura de que también sabía que iba a suceder lo que tenía que suceder.

—Se llama querer y no poder...

—Eso debería decirlo y yo —repuso Santi mirando a su amigo a los ojos.

—¿Estás seguro?

Esa última pregunta salió de mi boca.

Sí, de mi boca.

Él no respondió... Me miró con una cara de vicio indescriptible, y no dijo que no.

No lo dijo.

El simple gesto de apartar la sábana y dejarme expuesta a los ojos de los dos, fue la señal de que yo también estaba lista.

Después, todo se volvió fuego...

Sucedió, por fin sucedió.

Iván, Santiago y yo hicimos el amor. O el sexo... Lo cierto es que lo hicimos nosotros. Los tres... Lo diseñamos y lo creamos a medida. Lo construimos juntos y la verdad es que nos quedó maravilloso.

Tanto, que cuando terminamos sabíamos que íbamos a repetirlo.

Todas las noches.

24.

Dos piernas abiertas sobre la cama. Dos pares de ojos clavados allí... El tiempo pareció detenerse.

Así comenzó esa especie de celebración del sexo que nos tuvo gloriosamente cautivos durante las siguientes horas.

Me ofrecí descaradamente a ambos, y luego cerré los ojos porque no podía soportar la vergüenza. Y además no sabía qué esperar... No tenía idea de cómo iba a continuar.

Sobre todo no estaba segura de no estar cometiendo un gran error, que al final hiciera que me odiara el resto de mi vida.

Pero mis cavilaciones se interrumpieron abruptamente. Una cálida humedad entre mis piernas hizo que mi columna vertebral fuese recorrida por algo muy similar a la electricidad.

Contuve la respiración... Mis puños se cerraron sobre las sábanas y con los párpados apretados y el cuerpo arqueado por el placer que estaba sintiendo me abandoné a las sensaciones.

No tenía idea de cuál de los dos estaba haciendo esa maravilla entre mis piernas...

Los había probado a ambos, y eran expertos, sin dudas. No podía distinguir de quién era la lengua que me hacía vibrar en ese momento.

Gemí con desesperación y luego alguien se movió, y sentí algo acariciando mis labios.

Cuando me di cuenta de lo que era, lo lamí... Salado, exquisito. No quería abrir los ojos, pero en ese momento no era por vergüenza. Me estaba dando mucho morbo la situación... Ellos dos y yo en la misma cama, al mismo tiempo.

Entre mis labios una pujante virilidad se abría paso, unas manos me acariciaban las tetas y otras me sujetaban las nalgas mientras una lengua me hacía aullar de placer.

Hablando de aullar... El perro. Otra vez comenzó a hacerlo de una forma lastimera.

La boca se retiró de mi sexo, las manos dejaron de tocarme...

Abrí los ojos y lo primero que vi fue a Iván saliendo de la habitación, mientras Santiago le decía:

—En la terraza. Y cerrá la puerta.

Me sorprendió percibir tanta calma en su voz.

La de Iván, por el contrario sonaba alterada aun cuando lo único que dijo fue:

—Vení, Danonino... Vamos.

Tragué saliva y elevé mi mirada.

Santiago parecía un dios. De rodillas junto a mí, con una erección imponente. La había lamido momentos antes, pero quería más.

Por un momento se me cruzó por la mente que yo lo estaba arrastrando a una situación que él no deseaba. O tal vez sí deseaba, pero podía... perturbarlo.

—¿Estás bien? —pregunté en un susurro.

Él me miró desde arriba. Y luego tomó mi mano y la puso sobre su pene.

—Sí.

Cerré el puño y lo apreté. En ese instante entró Iván a la habitación y comenzó a desnudarse sin dejar de mirarnos.

La tensión sexual se hizo evidente y creció con cada prenda que se sacaba. Yo no podía dejar de mirarlo al tiempo que acariciaba a Santiago, que tampoco me sacaba los ojos de encima.

Cuando estubo desnudo por completo, se subió a la cama y se situó a mi izquierda, de rodillas.

Uno a cada lado... Uno en cada mano. Sus penes duros y calientes deslizándose entre mis dedos, que los recorran enteros, primero con cautela y luego, ya con más confianza apretando, frotando...

Iván se inclinó y se apoyó en el cabecero. Luego lo dirigió a mi boca y empujó.

Lo recibí gustosa y un gemido ronco me indicó cuánto lo disfrutaba.

Y mientras se la chupaba, no dejaba de masturbar a Santiago, que me miraba con los párpados entrecerrados y se mordía el labio inferior. Su respiración se aceleró, y sus caderas también. Su pene palpitó en mi mano y yo no me pude resistir.

Volví mi cabeza y me lo metí en boca, mientras se la agarraba Iván. Él me apartó el pelo de la cara... No lo podía ver, pero el saber que me miraba chupársela a su amigo, me puso muy caliente.

Y de pronto necesité tenerlos a los dos en la boca, necesité mirarlos a ambos...

Me senté en la cama y les pedí que se pararan en ella.

Iván obedeció de inmediato. Santi tardó unos segundos... Vaciló, pero al final se paró.

Me puse de rodillas y les acaricié las piernas. Eran musculosas, muy varoniles. Las de Iván cubiertas de vello rubio, y oscuro las de Santi.

Cuando llegué a sus penes, tiré de ellos hasta obligarlos a situarse uno junto al otro.

Había visto alguna que otra porno con una situación así, pero no sabía hasta que punto eso iba a influenciar mis fantasías.

Lamí una y otra de forma alternada... Pero luego quise más.

Cuando Iván se dio cuenta de que pretendía abarcarlas a ambas con mi boca, me facilitó la cosa, pero Santiago se mostró reticente.

Se apartó un poco y yo no quise presionar.

Comencé a lamer a Iván con ganas.

—Por Dios... —murmuró Santiago.

Y luego de un par de minutos, cuando Iván me agarró del pelo y me dirigió a la pija de Santiago sin mucha ceremonia, éste me la metió hasta la garganta sin poder contenerse.

Casi hago una arcada. Mi boca se llenó de saliva pero aguanté la embestida.

Y cuando Santiago se retiró un tanto, Iván empuñó su pene y no se cortó ni un poquito al rozarlo contra el de su amigo, mientras se abría paso entre mis labios.

—Se me va a bajar —se quejó Santi, desesperado. Era evidente que el entrar en contacto con la... piel de otro hombre, no le gustaba.

—Solo mirala...Mirala gozar. —le indicó Iván, jadeando. — Seguro que no se te baja en una semana.

Después de eso todo fluyó más naturalmente. Me di el gustazo de chuparlas juntas, o al menos de intentarlo porque estaban tan enormes y duras que era casi imposible. Levanté la mirada y les vi las caras... Algo comenzó a palpar dentro de mí. En mi cabeza, en mi pecho, en mi vientre, entre mis piernas... Gemí desesperada, y ellos me acariciaron la cara y el pelo.

Fue Santiago el que hizo el primer movimiento. Se puso de rodillas detrás de mí y me tocó. Abarcó mis nalgas con las dos manos, las abrió... Cuando me la metió yo ya sabía que no se había puesto el condón, pero no me importó.

Me desconocí... Iván también se arrodilló, y yo me puse en cuatro patas para poder seguir chupándosela.

—Esto me mata —murmuró él mientras se movía dentro de mi boca. Entraba y salía con desenfreno, pero cuando notó que estaba por acabar me la sacó y me acarició las mejillas, los labios. —Vamos a detenernos, belleza, porque no puedo controlarme...

Santi también parecía estar en problemas porque me la sacó de golpe, y luego su cara se hundió entre mis nalgas. Me lamió una y otra vez, y luego fueron sus dedos los que me penetraron.

Iván también se puso detrás.

Me voló la cabeza estar desnuda, en cuatro patas, expuesta por completo... Sentí de todo.

Dedos en mi vagina, en mi ano. Más de uno, más de dos... Manos frotando, acariciando. Alientos calientes, lenguas y mucha humedad.

—Mirá esto— dijo Iván, y pude sentir cómo me abrían, me tocaban. —Estás tan caliente...

Era verdad, pero no pude decir nada. Mi única respuesta fue apoyar mi cara en la cama y abrir más las piernas.

—La puta madre —murmuró Santiago con voz ronca. — Nos vas a volver locos.

Siguieron hurgando dentro de mí y yo los dejé hacer. El morbo que me daba era inmenso... Sentía que toda yo era una vulva abierta y ardiente solo para ellos. Entregada por completo los dejé manosearme a gusto, hasta que no pude reprimir más el orgasmo que sabía iba a ser el más grande de mi vida, y no me equivoqué.

Lloré contra el colchón. Gemí, mordí las sábanas.

Fue alucinante pero lejos de saciarme me hizo querer más. Me tendí de espaldas, sollozante aún y les rogué que me cogieran.

Esa vez fue el turno de Iván. Puso mis tobillos en sus hombros y me embistió con fuerza, aferrado a mis muslos.

—Santi quiero verte —le pedí, y él se recostó a mi lado y me besó. Saboreé su lengua, mientras Iván se incorporaba sin salir de mí, para permitirle a Santiago el acceso completo a mi cuello, a mis tetas...

Me recorrió el vientre con su boca y luego se quedó mirando mi sexo, que era penetrado por Iván cada vez más rápido.

Acabé por segunda vez con Iván adentro, y los dedos de Santiago frotando mi clítoris.

Perdí el control y empujé su cabeza entre mis piernas... Iván se retiró y observó unos minutos cómo su amigo me lamía. Yo me retorcí, desesperada...

—Cogela —le dijo a Santi, que parecía haber olvidado por completo sus inhibiciones.

Éste se tendió en la cama y me colocó a horcajadas sobre él. Me penetró profundamente y yo enloquecí. Lo cabalgué con mis manos aferradas al cabecero y mis tetas en su cara. Me moví voluptuosamente, y gemí cuando sentí la pija de Iván entre mis nalgas.

Me detuve un momento y me apoyé en los hombros de Santi, incorporándome.

—¿Te gusta, mi amor? —me preguntó él acariciándome la cara. Me puso un dedo en la boca y yo lo mordí... ¿Si me gustaba? Me encantaba... Pero solo pude asentir con la cabeza.

Mi pelo le caía en la cara a Santiago, e Iván desde atrás lo recogió y me mordió el cuello.

—Me muero por cogerte por el culo —me susurró frotándose contra él. —¿Nos quieres adentro a los dos, Vero?

Sabía que por ahí venía el asunto, pero vacilé.

—No sé...

—Te va a gustar, belleza... —afirmó mientras me metía un dedo mojado.

Ya me dolía bastante... Santiago estaba imponente y la penetración era tan profunda, que tuve miedo.

—Me parece que no...

Una risa, una buena nalgada... Y luego se acostó al lado de Santi y nos miró mientras cogíamos. Me desplomé exhausta luego de otro orgasmo de esos que mi cuerpo tenía reservados para un momento así.

—Me voy a morir de placer—confesé, y pude percibir que Santiago sonreía contra mi cuello.

Lo que hizo a continuación me voló la cabeza. Me levantó y me acostó boca abajo en el medio de los dos.

—Quiere más —le indicó a Iván. Y dos segundos después, éste me elevaba las caderas y me penetraba desde atrás a un ritmo enloquecedor mientras me decía “insaciable” con los dientes apretados.

Lo era. En ese momento sentía que jamás podría saciarme de esos dos.

Con la mirada turbia observé a Santi masturbarse. Sentí celos de su mano y me moví para poder chupársela.

Estaba fuera de mi eje. Le lamí la pija, los huevos...

Todo se aceleró, se desbordó, se incendió. Nos prendimos fuego los tres. Iván explotó primero, jadeando sin control.

—Acá tenés...

Me llenó de leche. Bombeó adentro de mi cuerpo una y otra vez hasta vaciarse.

Y luego le tocó a Santiago. Lo hizo en mi cara, en mis tetas... Como hipnotizada lo miré mientras acababa. Con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás era la viva imagen del sexo y el placer.

Sexo y placer continuaron y se multiplicaron esa noche.

Y cuando estaba casi amaneciendo, me animé a cumplir la fantasía de tenerlos a los dos juntos dentro de mí.

25.

Mientras Santi se pegaba una ducha, Iván y yo, tomados de la mano nos mirábamos como si fuese la primera vez.

Estábamos en la cama que hasta un rato antes había ardido con nosotros. Nos sonreímos primero y luego reímos abiertamente.

—Eso fue... Lo mejor de lo mejor —me dijo luego de un momento. —Nunca imaginé que sería así...

—Yo tampoco. ¿Crées que Santi esté bien? Salió corriendo a la ducha —comenté preocupada.

—Sé que la pasó bien. Y también que se va a cuestionar ciertas cosas pero después va a querer repetir —me tranquilizó. Se quedó mirando un planisferio que tengo tatuado en mi muñeca izquierda.

—¿Qué pasa?

—Ese tatuaje resume tu esencia, tu espíritu aventurero... —repuso. —Te vas a comer el mundo, Vero.

Lo tomé como un piropo y enrojecí.

—Mirá quien lo dice... El rey de los piratas que navega en los siete mares... —repliqué.

—El rey de los piratas está debutando hoy en un trío con una belleza y su amigo.

—¿Es la primera vez que hacés un trío con un amigo? —

le pregunté, curiosa. Santi y él tenían más cosas en común de las que creía, solo que Iván no tenía tantos pudores. Pero su respuesta me dejó atónita.

—Es la primera vez que hago un trío con otro tipo— confesó.—Ocasionalmente hemos practicado *swinger* con Vane, y armado algún fiestón con alguna amiga, pero nunca compartí una mujer con otro hombre.

—Vay a... Una primera vez para los tres —murmuré. —Y no salió tan mal...

Iván me besó en los labios

—Fue alucinante —dijo. —Y no se va a quedar acá...

En ese instante salió Santiago del baño con una toalla en la cintura y nos miró. No pude descifrar qué estaba pensando.

—¿Por qué no se dan una ducha? —dijo simplemente. —Yo les cambio las sábanas mientras lo hacen...

Iván se puso de pie, y luego comenzó a ponerse la ropa.

—Me baño en casa... Estoy fundido.

—No es necesario que te vayas —repuso Santiago. —Yo me iba a ir a dormir al otro cuarto...

Los miré a ambos. Era evidente que muy cómodos no se sentían... ¡Entonces no me explicaba por qué yo sí lo estaba! La mar de cómoda... Dios, qué putísima era.

—No, forro. Quedate... Dormir con ella es el premio mayor, y te lo merecés porque tuviste el mástil en alto todo el tiempo —bromeó Iván y yo no pude evitar reír. —Además este es tu departamento...

Santiago se mordió el labio y mientras lo veía sacar sábanas limpias, supe que estaba muy tentado.

Iván se fue luego de darme unos besos tiernos, y yo me

quedé a solas con Santi.

Nos miramos...

—Cambio las sábanas mientras te duchás, entonces...

Sabía que no era que me quería limpia y reluciente en la cama, sino que se sentía muy turbado. Decidí dejarlo solo un rato, y me metí en el baño diciendo:

—Tirá las otras que ya no tienen arreglo.

Cuando regresé, la habitación estaba en penumbras. Me metí en la cama, a su espalda, y él se dio vuelta enseguida.

—Hola —musitó.

—Hola.

Hizo una pausa y después preguntó:

—No te pregunto si lo disfrutaste porque vi que fue así.

Asentí.

—Mucho...

—Yo también.

—Me di cuenta —repuse.

Se me cerraban los ojos de cansancio, y a él también.

Tenía ganas de hablar de cómo iba a seguir lo que sea que se estaba gestando entre los tres, pero el cansancio pudo más.

Me acerqué. Me envolvió entre sus brazos y me besó la frente.

Y justo cuando cruzaba la frontera del país de los sueños lo escuché murmurar.

—Nunca te sentí tan mía como cuando te compartí con él...

Al día siguiente no se habló del tema, pero no por evitarlo alevemente, sino porque no cuadró.

Cuando desperté Santi ya no estaba y yo me aboqué a la novela. Llevaba una buena parte ya... Me faltaba el remate de "Séptimo Cielo" y empezar meterle mano a "El quinto infierno".

Y hablando de meter mano, eso fue lo primero que hizo Iván cuando salí a fumar un cigarro en La Gaviota.

Me arrinconó contra la pared, y me besó.

Adentro estaba Vanessa, en una cena profesional en la cual él debería estar presente en ese instante.

—¡Estás loco! —me quejé, pero tenía ganas de seguir.

—Vane se va a romper la noche con los brasileños...

—¿Y vos?

—Yo prefiero romperte el culo.

—¡Iván!

—¿Me vas a dejar?

Vacilé... ¿Romperme el culo significaba lo mismo que la noche anterior? Es decir, arañar el éxtasis con los dos adentro mío... No sabía, pero ese no era ni el lugar ni el momento para seguir calentando la pava. O la caldera...

—No me parece. Y ahora si me permitís, voy a...

—Santiago se muere de ganas de repetir.

Respiré hondo. De solo pensarlo ya estaba empapada.

—¿Te lo dijo? ¿Hablaron de lo que pasó?

—Así es. Pero si querés saber de nuestra más que caliente conversación, tenés que quedarte acá hasta que se vayan todos...

A la mierda. Sería en el restorán... ¡Íbamos a repetir en La Gav iota!

No podía disimular mi excitación, pero al ver que Iván sonreía satisfecho, me aparté y entré a la cocina mientras murmuraba:

—Me vas a tener que pagar horas extras si querés que me quede fuera de turno.

Cuando se fue el último de mis compañeros y vi a Iván apagar las luces y prepararse para cerrar, me sentí muy contrariada.

¿No era que íbamos a hacerlo allí?

Mi respuesta estaba afuera, esperando.

Me temblaron las rodillas cuando vi a Santiago tan espectacularmente atractivo, recostado en su BMW. Vaqueros y camiseta escote V, negros. Pelo mojado, cara de vicio.

Miraba su celular, y cuando levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron sonrió.

—¿Listos? —preguntó, y sin esperar respuesta se metió en la camioneta.

Yo me apresuré a subirme atrás... Si lo hacía adelante, seguro que le bajaba el cierre antes de decirle "hola".

Y para mi sorpresa, Iván también se sentó atrás.

—Chofer, encienda ese motor que acá vamos a hacer otro tanto.

Ni bien Santi arrancó, Iván comenzó a besarme y yo comencé a entender. ¡Qué puto morbo!

—Ay, belleza... Sos un festín.

Bueno, a juzgar por cómo me comía la boca iba a terminar creyéndole. Pero no fue todo lo que hizo... Su mano

subió por mi pierna y cuando quise darme cuenta ya estaba sin bombacha.

Y mientras Iván me lamía el cuello y hurgaba en mi sexo, mis ojos y los de Santi se encontraron a través del espejo retrovisor.

No se perdía detalle...

—Chofer, atiende el camino —le ordené siguiéndoles el juego.

No había nadie en la calle a esa hora. Podía haberse saltado el semáforo en rojo que ya estaba intermitente, pero se detuvo y se dio vuelta.

Cuando Iván lo notó, me abrió las piernas y le mostró...

—Mojada. Deliciosa... —le dijo a su amigo, y éste se mordió el labio inferior mientras me miraba sin el menor recato.

Un bocinazo detrás de nosotros hizo que Santiago siguiera manejando. Iván ni se inmutó, y en un rápido movimiento me tuvo montada encima de él.

No tardó nada en manipular su cierre, y de pronto me encontré con su pene bien adentro.

Jadeé... Con la mirada turbia observé como una pareja que iba en el coche que antes nos tocó bocina, me miraba espantada... La señora era bastante mayor, y el tipo era petisito y pelado. Sonreí con lascivia y les hice una peineta con disimulo, mientras comenzaba a moverme sobre Iván.

Arriba y abajo, con su cara entre mis tetas me estaba poniendo más que cachonda.

Me levantó la pollera y la acomodó en torno a mi cintura. Sentí el frío del aire acondicionado en las nalgas y eso me excitó aun más.

Al escuchar mis gemidos, Santiago volvió a detenerse.

Suponía que nos estaba mirando y lo confirmé cuando me tocó el culo. Iván me abrió con las dos manos y el que gimió fue Santi.

La pareja de atrás, comenzó a los bocinazos de nuevo. ¿Por qué carajo no nos pasaban de una vez?

Santi puteó, sacó el dedo que había empezado a invadirme por atrás, y volvió a arrancar.

Los perdimos cuando dobló en una calle lateral... El camino se hizo más escarpado, y el bamboleo del coche junto al profundo e incansable bombeo de Iván me arrancaron mi primer orgasmo.

—Sí, sí, sí... —murmuré en su oído.

La camioneta volvió a detenerse y yo miré hacia atrás pero solo vi oscuridad.

Entonces me volví y vi como Santiago se bajaba y rodeaba el vehículo. Abrió la puerta de atrás, y como si hubiese estado previamente arreglado, Iván me elevó tomándome de la cintura para dejarme en el asiento.

Se bajó con los pantalones desabrochados, y Santiago se metió en su lugar. Y cuando digo “se metió en su lugar”, es literal.

Me agarró de los tobillos, y tiró de mí. Con las piernas abiertas a nivel de contorsionista, se inclinó sobre mi cuerpo y me comió la boca.

Entró en mí con tanto ímpetu que me dolió. Estaba enorme... Comenzó a embestirme como una bestia desenfrenada, mientras me besaba de igual forma.

Me estaba haciendo gozar tanto que grande fue mi

sorpresa cuando lo escuché decir:

—Perdoname... Perdón, perdón.

—¿Por qué..?

—Por cogerte así... No puedo... No lo puedo evitar...

Me pedía perdón, pero me cogía con más fuerza. Sus instintos se peleaban con la razón y eso encendió una llama dentro de mí que arrasó con todo.

Grité mi orgasmo dentro de su boca, y él hizo lo mismo con el suyo. Esperaba sentirme desbordada de semen, pero no. En algún momento se puso un condón y no me di cuenta... Tal vez fue en una de las paradas en los semáforos.

El solo hecho de imaginarlo conducir con todo afuera, hizo que los músculos de mi vagina se contrajeran en torno a ese pene que seguía llenándome.

No tenía idea de qué hacía Iván, pero pronto me enteré. Se abrió la otra puerta y él entró.

Puso las rodillas a ambos lados de mi rostro, y mientras Santi se retiraba de mi cuerpo, Iván me la puso en la boca.

Se inclinó un poco para darle el ángulo adecuado, y terminamos en un intrincado sesenta y nueve... El más increíble y maravilloso de toda mi vida porque sabía que Santiago lo estaba mirando.

Como estábamos en la orilla de una playa desierta, pudimos despacharnos a gusto...

Me cogieron por turnos, pero la única que acabó fui yo. Varias veces...

En agradecimiento me arrodillé frente a la camioneta, y les hice la mamada de sus vidas.

Prácticamente enloquecieron... Los tenía a los dos con

las braguetas abiertas, metiéndose alternadamente en mi boca al principio. Después perdieron lo que les quedaba de cordura, y mientras Iván me empujaba la cabeza para intensificar la penetración, Santiago me la pasaba por la cara, por los labios... En un momento las tuve a ambas en la boca. Bueno, solo la punta, pero eso me volvió loca.

Me faltaba el aire, así que de golpe los abandoné y les pedí que se tocaran.

—No me voy a pajar teniendo una boca como esa... — comenzó a decir Iván, pero al ver que no bromeaba ambos obedecieron.

Los miré mientras lo hacían... Eran la mejor porno de mi vida y en vivo. Sus penes brillaban en la oscuridad y yo no pude aguantar más.

Me paré y me incliné en el capó con las piernas abiertas.

—La puta madre que me parió —dijo Santiago a mis espaldas. Pero el que me cogió primero fue Iván mientras murmuraba:

—¿Querés verga, belleza? Tomá...

Qué boca más sucia. Y mi mente lo estaba más todavía, porque ese lenguaje tan vulgar me enardecíó.

—Sí... —sollocé moviéndome hacia atrás.

—Carajo, no aguanto... —dijo embistiéndome con fuerza. De inmediato una catarata imparable de leche caliente me invadió.

“Tiene una vasectomía” me recordé, y me permití disfrutar del húmedo alivio.

Nunca imaginé que iba a pasar lo que ocurrió a continuación. Mientras yo intentaba incorporarme para pedirle a

Santiago que se vaciara en mi boca, sentí que me penetraban de nuevo al tiempo que hacían que apoyara mi torso contra el capó.

No tuve que volverme para darme cuenta de que era Santiago. Esa pija estaba al palo... Era como una barra de hierro al rojo vivo introduciéndose en mi vagina repleta del semen de Iván.

Eso me dio tanto morbo, que acabé unos segundos después. Con el pecho pegado al auto, llevé mis manos hacia atrás y me abrí las nalgas para que me la metiera más.

—No podés hacer eso —se quejó Santiago e intentó retirarse pero yo acompañé su movimiento y ahí nos perdimos.

—Dame —le pedí mientras yo misma buscaba que me empalara.

—No tengo condón —me advirtió, pero yo estaba tan sacada que no me importó nada. Seguí moviéndome contra él hasta encontrar lo que buscaba.

Esa vez acabamos juntos...

Es imposible describir lo que se siente cuando te llenan dos veces seguidas. Fue el puto éxtasis...

Santiago se retiró de golpe, y yo me quedé unos momentos intentando recobrar el aliento.

Cuando quise incorporarme, otra vez no me lo permitieron... Unas manos me abrieron las nalgas, y los escuché a los dos decir las peores vulgaridades que se puedan imaginar, mientras miraban como lo que me habían dejado me desbordaba.

Los dejé disfrutar unos momentos del espectáculo, pero luego reclamé el dominio de mi cuerpo.

—Muy buen servicio —dije mientras me paraba y me acomodaba la pollera. —Ni *UBER* te da uno así...

La carcajada fue unánime, mientras yo intentaba recuperar el uso de mis piernas y me alejaba de esos dos peligros bien armados.

—Consigan con qué limpiarme o el tapizado no volverá a ser el mismo jamás —les advertí.

Esa noche me di cuenta de que además de amantes podíamos ser amigos.

Amigos con derechos. Demasiados...

26.

Era un juguete para ellos y lo peor era que me gustaba. No pensábamos en otra cosa que en estar juntos en ese entonces... La novedad no se terminaba nunca.

No llegué a tomarme la píldora de emergencia porque ni bien arribamos al departamento de Iván, me bajó la menstruación. Volvimos a la farmacia para comprar un paquete de anticonceptivos comunes y ese mismo día los empecé a tomar.

Ni en esas condiciones me salvé los dos días que le siguieron. En la ducha de Iván que era más grande que la de Santi, la pasamos muy pero muy bien.

Exploramos el placer de a tres... Uno adelante, otro atrás. Y luego la cambiadita.

Pero eran insaciables y querían seguir... Ponérmela ambos en el mismo sitio, pero no se los permití. Se estaban pasando... De no querer tocarse a metérmela juntos.

Se habían vuelto muy cerdos esos dos.

La mañana del tercer día, el perverso de arriba me despertó presionando con su pene entre mis nalgas.

—No...

—Dale... Por favor.

—¿No escuchaste hablar de “esos días”, nene? Dejame

en paz... —le dije en broma, pero él resopló fastidiado y se levantó.

—De a tres no existen “esos días”... —lo escuché murmurar.

Tenía razón. Si hubiésemos estado los tres en la cama, me hubiesen llevado a la ducha sin problemas, o igual daríamos por perdidas las sábanas como el día anterior.

Tenía libre esa noche, así que cuando Iván se fue me puse con la novela. Ponerle el broche final a “Séptimo Cielo” fue indescriptible.

Para cuando Santi llegó al mediodía con una rica tortilla española y yo estaba eufórica.

—Tengo que llamar a Ana —le dije después de almorzar agarrando mi celular.

Me lo sacó de las manos con delicadeza y tiró de mí para sentarme en sus piernas.

Acarició las mías y comenzó a subir...

—Ahora no. Esta noche... —dije, y en cuanto lo hice me di cuenta que eso implicaba esperar a Iván.

¿Es que solo de a tres podría hacerlo a partir de ese momento? No me gustó ese pensamiento para nada.

La mano se detuvo y hubo un momento de tensión que se disipó por completo cuando el teléfono de Santi sonó.

Me paré mientras él atendía. Por lo que escuchaba, me daba cuenta de que hablaba con Tincho.

—¿Cómo van esas charlas? ¿Todo bien?

Su expresión cambió de golpe y yo me asusté.

—¿Qué? ¿Sin avisar? ¡No te puedo creer!

Hubo un silencio prolongado mientras Santiago escuchaba y yo me comía las uñas.

—... ¿Y cómo está?... Sí, ya sé que la China es exagerada pero lo que te pregunto es si se lo ve inestable como antes, o...

No me daba cuenta de quien hablaban, y lo cierto es que no tenía por qué saberlo porque hasta hacía unas semanas ni Tincho ni Santi eran parte de mi vida, ni yo de la de ellos.

—Uf, Tincho... No, ya sé... Lo que no sé es qué hacer si se le da por hacer pelotudeces... No... Claro que podés contar conmigo ¿cuándo te fallé? Lo sé, lo sé... No me dorés la píldora, man, que de alguna forma me voy a cobrar este garronazo...

Santiago me miró de pronto y yo arqueé las cejas, interrogante.

—Sí, acá está. Dale, te la paso...

Agarré el celular preguntándome qué querría decirme Tincho cuando me encontré con la voz de Ana.

—Hola Vero...

—¡Ana! ¿Qué pasó?

—Hernán.

—¿Qué?

—Se volvió de España sin avisar. Se fue hasta El quinto infierno sin avisar. La China está que levanta los techos de las puteadas...

—¿Pero él está mal?

—Nunca se sabe... Ni con él, ni con la China que amenazó a Martín con dejar todo menos a Zoccolino e irse a la mierda —me explicó. —Creo que le tiene un poco de miedo

después de la locura aquella que...

—Sí, me lo imagino.

—Tincho le pidió a Santi que vayas... Si vos lo podés acompañar me quedaría más tranquila.

—No hay problema.

—Si querés hablo con Iván...

—Es mi día libre —repliqué. —Además...

Miré hacia el cuarto de Santi, dónde él preparaba el bolso. No, no podía oírme.

—¿Además qué? —preguntó Ana al otro lado de la línea.

—Además me gustaría conocer a Hernán. Por el asunto del libro... —me justifiqué. Había algo de eso pero también mucha curiosidad.

Pero el hecho de ir con Santiago, era lo que más me atraía.

—Sería muy bueno... —dijo Ana complacida, y luego bajó la voz y cuchicheó. —No le hables de las novelas. Lo del relato lo llevó bien, pero acá se cuentan detalles muy...

—Entiendo. ¿Y si las llega a leer?

—Bueno, como lo va a escribir una desconocida, va a tener que entender que cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia —dijo riendo. —Además quedate tranquila... Hernán no lee novelas eróticas.

No me quedé muy tranquila que digamos. Nunca había pensado en eso, pero... ¿Qué pasaría si Hernán o Tincho entraran en contacto con ellas?

Evité especular con eso, y me despedí de Ana asegurándole que iríamos de inmediato a El quinto infierno a contener a la China.

Santi escuchó eso último.

Lo sé por cómo sonreía mientras guardaba sus cosas en la mochila. ¿Qué estaría pensando? ¿"Solo para mí, esta vez"? ¿O prefería compartirme con Iván?

No sabía. De lo que sí estaba segura es que me moría de ganas de que fuéramos los tres.

—El primo de Tincho es una caja de sorpresas —me confesó poco después, mientras íbamos ya en camino.

—Ana me contó algo...

—No puedo creer cómo vino sin avisar, justo cuando ella y Tincho tienen que quedarse en Montevideo... —se quejó.

—Vos lo dijiste: es una caja de sorpresas —repuse.

—Para peor acaba de ser padre, y de separarse de su mujer. No duró nada, tal cual lo anticipábamos Iván y yo—me explicó.

—¿Por qué pensaban eso?

Santiago vaciló.

—Bueno, ella era muy... Ana.

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué significa?

—Que se parecía mucho a Ana, tanto en lo físico, como en la edad... Una perfecta sustituta —me explicó. —Imagino que sabrás lo que pasó entre ellos...

Asentí. Y no insistí sobre el tema porque no quería comprometerme por la novela.

—¿Entonces abandonó a su familia y se vino a El quinto

infierno? —pregunté.

—Por lo que dijo Tincho, Hernán habló de despedirse y cuando él dice cosas así, todos temblamos...

Asentí. Sabía a qué se refería... La cosa estaba peor de lo que imaginaba.

—Cómo debe estar la pobre China.

—Más loca que nunca...

No tardamos en comprobarlo cuando la encontramos sentada en una silla plegable en el portón, y al rayo del sol.

Cuando nos vio se paró, nos abrió y se subió a la camioneta.

—¡Menos mal que vinieron porque estaba a punto de sacarme la roja y o misma! —exclamó.

—¿Por qué? ¿Tan mal está? —preguntó Santi, alarmado.

—No tengo idea. Él entró, y cuando me dijo que iba a esperar que volvieran Tincho y la rubia para despedirse, me tomé los vientos. No sé si está vivo o muerto el pibe...

Nos miramos con Santi y no dijimos más nada. El asunto en El quinto infierno de verdad quemaba.

27.

Era más atractivo de lo que me imaginaba. No como Tincho, por supuesto. Y tampoco como Iván o Santiago, que exudaban sensualidad por cada poro.

Hernán era simplemente hermoso. Su piel era perfecta, como de terciopelo. Completamente lampiño, hasta un poquito sonrosado y con el cabello perfectamente peinado, se veía como un modelo. Tal vez un modelo de una revista gay, pero modelo al fin.

Un cuerpo armónico, y dientes impolutos que se dejaron ver en su amplia sonrisa, completaban el cuadro del “pastelito” de Ana.

Sonreí al recordar cómo ella lo pensaba de esa forma. Hernán dirigió sus ojos color miel, ligeramente achinados a mi boca, y se hizo evidente para todos que le gustaba lo que veía.

Y también se hizo más que evidente, que a Santiago no.

Carraspeó, y le salió al paso al primo de su amigo que venía desde la laguna con las manos metidas en los bolsillos de su vaquero.

—¿Cómo va, Hernán? Qué sorpresa encontrarte acá —le dijo tendiéndole la mano.

Éste se la estrechó pero luego tiró de ella, y terminó abrazando a Santi. Y mientras lo hacía, me miraba a mí de una

forma que en ese momento me incomodó.

—Feliz de verte. Bueno, de verlos... ¿Ella es tu novia?

Santiago se dio la vuelta y nos presentó con pocas ganas.

—Verónica, él es Hernán, el primo de Tincho.

Me incliné y le di un beso en la mejilla. Qué mono era... Me dieron ganas de sacarme una selfie con él y subirla al Facebook.

Me producía el mismo efecto que un cantante o un actor famoso. ¡Por fin conocía al famoso Hernán! Y era un pastelito tan comestible... ¿Cómo podía haberle despertado a Ana esas ganas de lastimarlo? Yo ni me atrevería a tocarlo para no arruinar su belleza.

Santiago parecía molesto. Muy incómodo y extraño se veía. Por suerte la inefable China rompió la tensión, como siempre.

—Titi, Anita y Tincho están en Montevideo y no vienen hasta mañana o pasado... Se lo dije al pibe, pero insistió en quedarse a esperarlos —dijo con una mueca. —Yo creo que debería pegar la vuelta y a mismo... ¡una criaturita extraña a su papá, seguramente!

Hernán la miró por primera vez, y luego dijo con calma algo que nos dejó helados:

—Es un recién nacido, no creo que me extrañe. Y no sé si es mi hijo.

China se agarró la cabeza.

—¿Qué decís, nene? —y luego se dirigió a Santi. —¿Qué es lo que dice este abollado?

Tuve que hacer verdaderos esfuerzos por no reírme,

aunque reconocí que era como para llorar.

—No tengo idea —murmuró Santiago, asombrado.

Por unos segundos nadie habló. Fue Hernán el que rompió el silencio.

—Pero que descortesía, China. Santi y Verónica deben estar muertos de sed... —dijo con naturalidad. —Pasen y tomamos algo.

Entramos los cuatro a la casa.

El perrito de Ana corrió y se lanzó a los brazos de Santiago que le acarició las orejas.

—Hola, bebé —murmuró, y como la última vez que lo escuché decirle así, me derretí.

La China murmuró un montón de incoherencias mientras se iba a la cocina. Hernán se veía tranquilo... Se sentó y con un gesto me indicó que hiciera otro tanto.

—Verónica —dijo como si mi nombre le gustara. —Santi no suele tener novias a la luz del día, así que supongo que sos muy especial para él.

Santiago dejó a Zoccolino en el suelo y se sentó junto a mí.

—Che, ¿qué te está pasando? En noviembre, cuando viniste al cumpleaños de Tincho, parecías estar muy bien con tu mujer. Y tu hijo tiene... ¿Cuánto? ¿Un mes? —le preguntó al “pastelito” que lo miraba de lo más tranquilo.

—Sí. Pero y a te dije que no me consta que sea mi hijo.

Vi suspirar a Santi y mirarme de reojo. Seguramente estaba evaluando la estabilidad mental de Hernán, o considerando si ese era un tema para hablar delante de mí.

—No entiendo... ¿Cómo es que...?

Hernán levantó la vista.

—Ahí viene la China con las Cocas —anunció.

Y todo el tacto con el que seguramente Santiago iba a encarar el asunto y a no hizo falta.

—Pibe, estás mal de la cabeza... La mina era un poco grande para vos, pero parecía buena gente. ¡Hacían una pareja divina! ¿Qué pasó? ¿Te cagó con un gallego o se te aflojó otro tornillo?

Hernán sonrió.

—Ni lo uno ni lo otro —suspiró y dio un sorbo a su bebida. —Sé que están pensando como la China, pero mi salud mental no está en duda esta vez.

—Hernán... —comenzó a decir Santi, pero éste lo interrumpió.

—¿Tu vieja anda bien? —preguntó sonriendo.

—Sí, en Montevideo. Hernán, ¿qué carajo haces acá?

—Dale un abrazo de mi parte cuando la veas —le pidió con calma. —Y la respuesta a esa pregunta es simple: vine a despedirme de Ana y Tincho... Y a pasar unos días con mi vieja y la abuela. Luego me voy.

—¡No entiendo un carajo! ¡Viene de España para despedirse porque se va a España! —exclamó la China, exasperada.

—No vuelvo a España, China —le dijo, paciente. —Me voy a Nueva York. Y quería darles la sorpresa a mi primo y a su... Ana, pero la sorpresa me la llevé yo cuando no los encontré. Me dijo la China que estaban en Montevideo, así que nos cruzamos...

—A Nueva York —repitió Santiago, incrédulo.

—Sí, así es... Y como sé que no voy a poder volver por mucho tiempo, me pareció oportuno pasar por mi país y despedirme de mi fa...

—¡Está loco! —gritó la China, y luego salió del living moviendo la cabeza.

Hernán alzó las cejas, pero ni eso podía arruinar la perfección de su rostro de niño bueno. Una vez más me encontré preguntándome cómo es que Ana pudo golpearlo con el anillo tan precioso que yo llevaba en mi dedo en ese momento.

La mirada de Hernán siguió la mía y cuando llegó al anillo abrió los ojos como platos, y luego sonrió.

—Lindo anillo —dijo, y luego se concentró en su Coca.

Santiago se paró de golpe y caminó por la habitación.

—Mirá, Hernán... Esto está muy raro. Resulta muy difícil de entender qué es lo que...

—Santiago, es más simple de lo que pensás. Me salió un trabajo en Nueva York, de contador en la Price. Es una gran oportunidad... Magdalena se negó a acompañarme con la excusa de que no quería criar a Martín fuera de España. Le dije que lo entendía y que me quedaba. Me pidió por favor que me fuera, y eso hice. Voy a Nueva York a trabajar. Fin del cuento...

—Creo que omitiste algo importante...

—¿Lo de la paternidad del bebé? Ah, sí. Al principio yo no quería separarme de él, pero Magdalena insistió demasiado en que cruzara el océano. Cuando le pedí explicaciones me lo dijo: quería tener un hijo y se le pasaba el cuarto de hora. Lo intentó con otro poco antes de conocerme... No estaba segura de que fuera mío. No me quiso nunca, solo fui un donante de...

De pronto se detuvo y me miró. Parecía no decidirse a decir "esperma" frente a mí y eso me resultó muy cómico.

—Vaya a...—murmuré intentando centrarme y no reír.

—Parece una locura, pero es cierto. Claro que con mis antecedentes, es preferible pensar que estoy mal de la cabeza... —dijo Hernán mirándome. —Verónica, ¿vos estás al tanto de mis... problemas del pasado? ¿Santi te puso al día?

Me tensé.

—Leí el relato y Ana me contó un poco —respondí.

Asintió.

—Ah, me parecía —dijo, y su mirada volvió a posarse en mi anillo y volvió a sonreír. —Bueno, ahí tienen mi verdad. Si la quieren creer bien, y sino también. Me voy por dos años con un contrato muy bueno, y quería pasar a despedirme...

Miré a Santiago, que a su vez lo miraba con extrañeza.

—¿Y qué va a pasar con el bebé? —preguntó.

—Voy a asumir mi responsabilidad en todo sentido, pero no me voy a sentir culpable por no quedarme dónde no me quieren... Magdalena quiere criarlo sola y a mí me parece bien. La voy a apoyar en lo que pueda...

Parecía bastante centrado “este” Hernán.

—No sé, Hernán... Vos no sos de asimilar este tipo de cosas así —le dijo Santi, finalmente.

—¿Así cómo?

—Tan... ligh. Se acaba de destruir tu familia, y no te veo lamentarlo mucho...

—Tengo muchas horas de terapia encima, Santiago. Demasiadas... Hace mucho que decidí vivir. No como Tincho, que lo hace con alegría y disfrutando, pero lo voy a hacer como pueda... El entrar a la Price es un gran logro y no voy a dejar que esto me desanime —repuso dejando a Santiago con la boca

abierta.

Santi se volvió a sentar.

—Siento que sos otro, loco —le dijo luego de unos momentos. —¿Te jode que nos quedemos esta noche con Vero?

—Esta es tu casa, che. ¿Por qué no le decís a Iván que venga con Vanessa? No te pregunto si siguen porque sabemos que esa sociedad es indisoluble por donde la miren.

—¿A Iván? —pregunté yo, sobresaltada.

—Y a Vane. Supongo que los conocés...

Asentí.

—Bueno, podemos hacer un asado esta noche si quieren. Y si mañana no volvieron Ana y Tincho, me vuelvo a Montevideo y los veo allá. El viernes que viene sale mi vuelo.

Y luego de decir eso, se paró.

—Me confirman si deciden hacerlo para llamar a Tienda Inglesa y encargar todo. Ahora me voy a duchar.

Se fue sin mirar atrás.

Santiago y yo nos quedamos uno junto al otro sin decir nada por unos instantes.

Y luego, él agarró su celular.

—Voy a llamar a Iván —fue todo lo que dijo antes de ponerse a marcar.

Yo me toqué el anillo mientras me preguntaba que nos depararía esa noche.

28.

Cuando la China nos dijo que “dadas las circunstancias” nos había dado la misma habitación a Santi y a mí, no pude evitar sonrojarme.

La muy hija de puta lo notó, por supuesto, y sonrió con sorna.

—Es que andamos escasos de cuartos con tantas visitas —dijo.

Eso estaba claro. Y que Santiago y yo éramos pareja evidentemente también lo estaba.

Hernán nos miró con curiosidad y no pude dejar de notarlo. Me estaba evaluando, no había duda...

No sabía por qué, pero el primo de Tincho me parecía raro, mas no me terminaba de disgustar. Mientras nos dirigiéramos a El quinto infierno, por dentro iba haciendo el esfuerzo de digerir las emociones que me provocaba Hernán a través de lo que Ana me había contado.

Era una mezcla de lástima, bronca, miedo... Pero allí, teniéndolo enfrente recién bañadito, de camiseta y bermudas, me parecía lo más mono e inofensivo del mundo.

Tuve que reconocer que no me caía mal, sobre todo cuando comprobé que su afecto hacia Santiago era sincero.

—No sabes cuánto lamento no poder tomarme unos

mates con tu vieja, Santi.

—Tal vez puedas. Contactala en Montevideo —le sugirió él.

—Tenés razón, lo voy a hacer. Vos sabés cuánto la quiero...—dijo, y se lo notaba realmente emocionado. —A ella, a vos, a todos...

“A Ana” pensó. “Sobre todo a Ana...”

—Ella también te quiere —repuso Santiago, pero su voz era inexpresiva.

—Sí, ella me quiere —repitió Hernán, triste.

—Flaco...

—No, dejá. No digas nada... Sé que los recuerdos que les dejé no son los mejores —lo interrumpió.

—No fue tu culpa.... Estabas muy mal —intentó disculparlo Santi, pero también disculpase él por lo duro que había estado.

—Vos lo dijiste. Estaba... Ya no. Pero no me voy a olvidar nunca que me salvaste la vida.

—No fui yo, fue Tincho.

—Pero vos estabas ahí, Santi. Las dos veces...

Se me hizo un nudo en la garganta y sentí mucha pena, pero no por este Hernán sino por el del pasado.

Este Hernán se veía centrado, sólido. Y me preguntaba si solo yo lo veía así.

Santiago permaneció serio unos instantes y luego se paró y me tendió la mano.

—Ya llamé a Iván. Si Mariano se hace cargo de La Gaviota, vienen a eso de las ocho —le informó a Hernán y a la

China, que entraba con el mate y el termo.

—Vale —dijo él, y yo no pude evitar sonreír. Me hizo acordar de pronto a mi *paseaperros* preferido, y su acento español no del todo natural.

Los ojos de Hernán se quedaron más tiempo del necesario en mi boca, y Santiago lo notó y tiró de mí hacia las escaleras.

—¿Se van? ¿Y para quien canuto preparé el mate y o? — se quejó la China.

—Para Hernán, China. Nosotros vamos a hacer... una siesta —replicó Santiago sin darse vuelta mientras subíamos las escaleras.

—Ahora le dicen “siesta” —fue lo último que oímos de la increíble mujer.

La China era una vieja muy sabia.

De siesta, nada de nada...

Ni bien entramos a la habitación, Santi atacó. Trancó la puerta, y se me tiró encima.

Me besó una y otra vez, en un torbellino de ganas, saliva y lengua que me dejó debilitada y ansiosa. Le correspondí con el mismo ímpetu y segundos después nos frotábamos uno contra otro completamente desnudos sobre la cama.

Antes de penetrarme, pasó la mano por la hendidura de mi sexo y gimió.

—Tenés tantas ganas como yo —murmuró con un dejo de satisfacción.

—¿Te quedaba alguna duda? —pregunté mientras dirigía ese animal que tenía por pene dentro de mi cuerpo.

No contestó, pero me di cuenta de que sí la tenía. La

misma que yo, la misma que Iván... Todo se resumía en una pregunta... ¿eso funcionaría de a tres o no funcionaría?

Yo no sabía la respuesta aún, pero en ese momento elegí creer que funcionaría de cualquier manera.

Me encantó coger con Santi de la forma más tradicional del mundo. Él y yo transpirados entre sábanas arrugadas, mirándonos a los ojos mientras acabábamos juntos.

Lo gocé muchísimo... Pero no tanto como la última vez que lo hicimos en esa misma habitación. Lo que no tenía idea fue si tenía que ver con lo que había pasado después, o fue la lógica reacción ante algo que ya no es novedad.

No quise hacerme más preguntas en ese momento, y solo me concentré en disfrutarlo...

No fue una maratón sexual esta vez. Fue un encuentro común y corriente, un poco salvaje, un poco tierno, hasta un poco romántico. Una descarga llena de ternura y deseo, con la confianza que se tienen dos cuerpos que se conocen bien.

Luego de eso hubo ducha con besos pero sin sexo, y cuando el sol se puso bajamos a esperar a Iván.

Ya era de noche y los grillos cantaban.

Santiago había ido a la cocina, pues la China había pedido a los gritos que alguien le afilara la cuchilla porque no podía cortar el salmín.

Algo del pasado se le cruzó por la mirada a Santi, porque no dejó que Hernán lo hiciera. Se puso de pie, y dijo sin dar lugar a réplica alguna:

—Voy yo.

El primo de Tincho tenía el sentido del humor intacto, porque se rió y se pasó a la mecedora donde yo estaba

sentada. Me puso bastante nerviosa cuando me agarró la mano de improviso y con un dedo me rozó el anillo.

—Este anillo lo conozco. Y me trae recuerdos...

—Nada gratos, supongo —afirmé, más que pregunté. Y enseguida me arrepentí porque dejé en evidencia que sabía de aquel bofetón que le había roto un vasito de la nariz provocándole gran sangrado.

Pero para mi sorpresa, Hernán replicó:

—Te equivocás... No está entre mis recuerdos más dolorosos, sino entre los más placenteros.

Mierda.

Por mi mente pasaron imágenes de él desnudo, de rodillas, con el cinturón en torno al cuello, las manos atadas con una tanga...

Reconozco que me excité un poco. Pero por alguna razón no me cerraba “este Hernán” con la imagen que yo tenía de un sumiso tradicional.

Y no lo era.

—Me lo regaló Ana para que cada vez que lo vea me acuerde de ser buena —le expliqué.

—¿Por qué? ¿Sos una chica mala?

Me refí.

—No soy una chica —le aclaré.

La mirada de Hernán se dirigió sin el menor disimulo a mi entrepierna. Se inclinó y observó mi sexo oculto detrás de unos jeans apretados y casi me da un ataque.

—Parecés una chica —me dijo sonriendo y los colores de mis mejillas deberían andar entre el rojo fuego y el bordó.

—Quiero decir que... Bueno, me hizo gracia porque ya tengo treinta y cuatro años y ...

—¿Qué?

Estaba acostumbrada a esa reacción. Sorpresa, incredulidad... Me mordí los labios para no soltar la carcajada y descubrí asombrada que Hernán me caía más que bien.

—No me hagas ir a buscar el pasaporte.

Frunció el ceño mientras evaluaba si se trataba de una broma. Y en ningún momento me soltó el anillo... Bueno, en realidad no me soltó la mano.

Intenté liberarla sin éxito. Él me miró la palma y sonrió.

—Sospecho que por más suave y pequeña que sea, con este anillo se potencia —susurró. Y luego volvió a preguntar:— ¿Sos una chica mala, Verónica?

Tragué saliva, contuve el aire. Sabía lo que había detrás de esas palabras. Busqué algo para decir que nos sacara de ese momento y ese lugar, que a Ana no le trajo más que desdicha, y no lo logré.

Hernán pasó de mirar el anillo a mirarme a los ojos.

—Me pregunto que habrá qué hacer para sacarte de quicio y comprobarlo...

En ese preciso instante dos faros nos deslumbraron y así fue como nos vio Iván, sentados muy cerca, mirándonos a los ojos, y agarrados de la mano.

Y no le gustó nada, por supuesto.

No traía consigo a Vanessa. Se bajó del coche sin dejar de mirarnos y se acercó.

Para cuando llegó a nosotros, yo ya estaba parada, y hecha un manojo de nervios. Quise darle un beso en la mejilla

pero él se apartó y me miró a los ojos. Su mirada era indescifrable...

Y lo que hizo luego, completamente inesperado. Me agarró de la cara con las dos manos, y me comió la boca.

Yo no podía ver a Hernán, pero imaginaba su cara de asombro. Me quedé inmóvil. Entreabrí los labios y dejé que Iván me besara durante largos segundos, sin hacer un solo ademán para detenerlo o para incentivarlo.

Así como comenzó, terminó. Abruptamente...

—Buenas noches, belleza —me dijo con una media sonrisa.

Luego me soltó y yo me precipité a la mesita a servirme algo. De reojo vi como le daba la mano a Hernán que también se había parado, y vi también con asombro que no se terminaban abrazando igual que con Santiago.

Los observé mientras bebía mi Coca.

Hablaban de cualquier cosa... Del viaje, del bebé, de Tincho. A ambos se los notaba incómodos y muy pero muy fríos...

Pero esta vez, el que estaba peor era Hernán.

El beso que me dio Iván seguramente lo confundió. Suponía que estaba recalculando y pensando algo así como: “¿pero no era la novia de Santiago?”. Me hacía gracia, me daba vergüenza, todo junto.

Cuando Santi llegó bandeja en mano seguido de la China, lo primero que preguntó fue:

—¿Y Vanessa?

—Si puede zafar, viene más tarde. Sino, mañana de mañana —le explicó su amigo.

Me senté en el sillón frente a Hernán y clavé la mirada en mi vaso.

Era raro, pero hubiese preferido que Vanessa estuviese allí. Todo era demasiado chocante sin ella...

Iván y Santiago se instalaron junto a mí. Uno a la izquierda, y otro a la derecha. Me llenaron de atenciones todo el tiempo.

Me servían, me preguntaban si estaba cómoda, si quería algo. Santi me tocaba la mano, Iván me tocaba el pelo.

No parecían en absoluto cortados por la mirada inquisidora de Hernán que no entendía nada, y la de la China que tampoco entendía pero no tardó en preguntarle a Santiago en la cocina:

—Titi... ¿qué pasa con la piba?

La escuché camino al baño, y no tuve el valor para quedarme y escuchar la respuesta. No creo que Santi se sincerara, igual.

Pero no me preocupaba tanto la China como Hernán. Sobre todo cuando noté lo mal que se llevaba con Iván.

Uno decía blanco, el otro decía negro. No eran abiertamente hostiles, pero se notaba que no se bancaban.

Y finalmente las cartas quedaron sobre la mesa en la mitad de la comida.

Iván recibió una notificación y miró el celular.

—Vanessa viene mañana porque está muy cansada —comentó.

—Qué conveniente —murmuró Hernán, pero todos lo escuchamos.

—¿Qué dijiste, pibe?

El silencio era tal que solo se escuchaban los grillos.

—Quise decir, que mejor para vos ¿no?

Hasta la China se quedó callada, y eso ya es decir.

—Explicate —le exigió Iván, agresivo.

—Vamos, che. Es evidente que Verónica y vos tienen algo, y Santiago te hace el aguante fingiendo que es su novia para que Vane no se dé cuenta de que...

—No digas boludeces —intervino Santiago antes de que Iván se sacara del todo. Por mi mente se cruzaron imágenes de aquel chico que me tocó el culo, con el rostro congestionado y los dedos de Iván apretando su cuello.

—Santi, no me malinterpretes. No me importa lo que hagan, y no los voy a juzgar justo y o —le explicó, y tengo que reconocer que no había maldad en su voz. —Solo que me molesta que te usen de pantalla... No te imaginaba cómodo estando a la sombra de Iván...

Dios del cielo. ¿Por qué tuvo que decir eso?

Iván se paró de golpe, y luego lo hizo Santiago para contenerlo.

—Sos un pendejo enfermo —lo acusó a Hernán con desprecio. —Un fracasado de mierda... ¿A la sombra de quién? Acá el único que estuvo a la sombra de alguien fuiste vos. Recogiendo las sobras que Tincho dejaba, deseando lo que él lograba... Y cuando por fin parece que te estabilizás, largás todo y...

No terminó de decirlo. Sus ojos se desviaron hacia la laguna, y de pronto se interrumpió.

Ante los ojos azorados de todos, pidió disculpas.

—Perdón. Me desubiqué.

Y luego dio un paso atrás y se metió en la casa.

No voy a negar que el comentario de Hernán fue bastante provocador, pero también lo había sido el beso que Iván me dio ni bien llegó y me encontró con una de mis manos en las de él.

Como fuera, me había llamado la atención la reacción de Iván. No sabía si catalogarla de desmedida, pero sin duda parecía demasiado afectado.

O tal vez yo debería mostrarme más ofendida, pero lo cierto es que no lograba sentirme así. Si lo hubiese dicho otro, y no el *pastelito* de Ana, tal vez... O si yo me sintiera con la autoridad moral suficiente... Pero no. Sabía que si bien no engañábamos a nadie, lo que estábamos haciendo no era socialmente aceptado ni moralmente correcto.

Era una práctica que generalmente la gente dejaba en el ámbito de la fantasía, pero nosotros tres dimos un paso más.

Decidí ir tras Iván. Me dolía verlo así... Sin duda había cosas de él que yo desconocía y lo hacían sufrir, y atacar en cuanto se sintió herido.

—Disculpen... Yo no me desubiqué pero estoy bastante cansada —dije poniéndome de pie.

Hernán hizo lo mismo de inmediato.

—Verónica te pido disculpas y o a vos —me dijo

mirándome a los ojos. —Me extralimité y no tengo justificación.

Moví la cabeza.

—Está bien. Es algo confuso, lo entiendo, pero no voy a caer en la tentación de dar explicaciones —murmuré. —Solo te sugiero que no des por sentado nada.

Hernán palideció.

—Es una lección que no aprendí bien, parece.

Mi cabeza iba a mil buscando en la información que me dio Ana sobre él, algo que me indicara a qué se refería.

—Si estás cansada andá, Vero —dijo de pronto Santiago. —No te cortes por nosotros, que ya vamos a encontrar qué hacer.

No pude interpretar por su tono de voz, su estado de ánimo. Me limité a asentir y entré a la casa.

Iván no estaba en la habitación que la China le había asignado. Iba a salir, cuando escuché un ruido en el baño de la suite.

Empujé la puerta y ahí estaba él, con ambas manos en la piletta y la cabeza baja.

Levantó la vista y nuestros ojos se encontraron en el espejo.

—Hernán no es una mala persona, solo no me cae bien —me dijo. —Pero podría sobrellevarlo si con sus suposiciones no te involucrara.

Di un paso al frente y lo abracé. Con la mejilla en su espalda repuse:

—No me afecta para nada... Que piense y diga lo que quiera.

Lo escuché suspirar.

—Yo tampoco soy una mala persona... Pero detesto la violencia y a veces me siento un energúmeno, tan hijo de puta como mi viejo.

Me quedé helada. Ante mis ojos y oídos estaba la respuesta a muchas de mis preguntas.

—Esas cosas no se heredan. Las buenas personas como vos, luchan contra esos fantasmas hasta erradicarlos de sus vidas —dije con cautela.

Él asintió.

—Es verdad. Puedo exaltarme mucho, pero jamás... Nunca le haría daño a una mujer, y menos si esa mujer es la que elegí para...

No pudo seguir y no fue necesario. Me había pintado en una frase todo su dolor.

Iván se dio vuelta y me agarró la cara con ambas manos.

—¿No estás arrepentida de lo que hacemos?

—¿Debería?

Sonrió. Era tan hermoso... No al estilo Hernán que era como un muñeco. Iván era bello pero demasiado masculino como para imaginarlo como un adorno.

Su respuesta fue uno de esos besos que devoran. Su lengua exploró mi boca a conciencia y luego me sentó en el borde de la piletta con las piernas abiertas y él en el medio.

—Nunca había disfrutado tanto... —susurró contra mi cuello. —Es placentero hasta lo insoportable.

Insoportable... curiosa elección de palabras. ¿No podía soportar qué cosa?

No tuve tiempo de hacerme más preguntas, porque Iván

volvió a hablar:

—A veces me pregunto si podré disfrutar del sexo de a dos tanto como disfruto del de a tres...

Suspiré.

—Yo también me lo pregunto —me sinceré.

Iván me miró sorprendido, pero luego me dedicó una de sus cautivadoras sonrisas.

—Vamos a averiguarlo.

Me desnudó con urgencia, pero solo lo necesario para poder penetrarme. Y lo hizo con ímpetu, con fuerza. Era la potencia hecha hombre. La ternura y la furia unidas, dentro de mi cuerpo.

Iván olía a sexo mientras me embestía desenfrenado.

¿Qué puedo decir? No era lo mismo pero sí igualmente disfrutable.

Claro que si me daban a elegir, prefería mil veces lo otro. Lo prohibido. Aquello que seguramente Hernán no podía ni imaginar.

Aquello de lo cual me avergonzaba un poco pero igual no quería detenerlo. Aquello que no sabía adónde me podía llevar, pero no podía evitarlo.

La fuerza de mis pensamientos seguramente fue la que trajo a Santiago en ese momento.

Lo vi entrar al baño justo cuando me desintegraba en un orgasmo intenso... Acabé mirándolo a los ojos, y aferrada con brazos y piernas a Iván.

Me mordí el labio y le sostuve la mirada.

Y mientras Iván gemía dentro de mí, Santiago cerraba la puerta a sus espaldas y pasaba la llave.

El pene que tenía adentro se tensó, y su dueño se detuvo súbitamente y le sonrió a su amigo a través del espejo.

Era evidente que la estaba pasando bien, pero la presencia de Santiago significaba una sola cosa: pasarla mejor aún.

Era oficial: los tres lo preferíamos de a tres.

A Santiago le brillaban los ojos mientras nos miraba. Iván salió de mi cuerpo y giró la cabeza.

—¿Hiciste que pareciera un accidente?

Santi se rio y movió la cabeza.

—Tuve dos oportunidades y las deseché en su momento —comentó. —No me voy a ensuciar las manos ahora.

—Gran error.

—Iván, dejalo por esa. En serio...

—¿Y ahora a quien está intentando molestar? ¿A la China? No va a tener suerte ahí.

—Me pidió la camioneta y salió a dar una vuelta...

Iván puso los ojos en blanco. En algún punto me molestaba que se burlaran del pobre Hernán. El *pastelito* de Ana me despertaba poco de lástima, un poco de ternura... Todos quienes lo rodeaban parecían obtener satisfacción en sus vidas menos él. Me sentí identificada... Así me encontraba y yo hacía poco, hasta que pasó lo que pasó con ese par de locos que parecían ignorarme.

Era extraño verlos conversar de esa forma. Es decir, ahí estaba yo sin bombacha, e Iván con el pene erecto asomando entre sus pantalones, y ellos hablaban de Hernán, de la

camioneta, de la China...

Era extraño y familiar. Morboso, cotidiano, e increíble.

—Si traje un auto alquilado... En fin, adiós BM intacto— bromeó Iván, riendo. —Pero valdrá la pena con tal de sacarnos de encima a ese hijo de puta para quedarnos a solas con esta belleza...

Bueno, parecía que se habían acordado de mí. ¡Por fin! Pero antes de seguir les advertí:

—Nada de desbordes ustedes dos. No quiero que la China confirme lo que sospecha.

Iván se sacó la camiseta y Santiago hizo lo mismo. Segundos después, estábamos los tres desnudos en el amplio baño del cuarto de Iván.

La última en deshacerse de todo fui yo. Cuando dejé mi corpiño caer en una silla, las miradas lobunas de esos dos hombres hermosos me encendieron y me marcaron.

Y Hernán, la camioneta y la China desaparecieron por completo de mi panorama.

Uno adelante, el otro atrás... Los tres de pie, frotando nuestros cuerpos con lascivia. Manos por todos lados. Lenguas...

Mientras uno me mordisqueaba los hombros y me tocaba los pechos, el otro asaltaba mi boca y tomaba mis nalgas.

Era todo tan sensual, tan exquisitamente erótico hasta que se descontroló. La temperatura llegó a niveles alarmantes, y entonces me encontré de pronto elevada en el aire como si fuese una pluma.

Iván me levantó poniendo ambas manos bajo mis rodillas y así, apoyada en su pecho y con las piernas abiertas me

ofreció a Santiago.

—Mirá lo que tengo acá —le dijo con voz ronca. —
¿Querés?

Éste se mordió el labio mientras me comía con los ojos. Se acercó y se inclinó... Cerré los ojos pero Iván me pidió que no lo hiciera.

—Miralo, belleza. Yo sé que te calienta mirarlo...

Santiago pasó un dedo por mi sexo abierto de par en par y luego se lo chupó.

—Te voy a comer entera —dijo.

Mi respuesta fue un gemido, un suspiro, y mucha más lubricación.

Las manos de Santi rodearon las de Iván para ayudarlo a sostenerme y a... abrirme.

Su boca se pegó a mis pliegues, a mis labios hinchados y deseosos. Lamió, succionó y sopló ahí abajo hasta que yo no pude más, eché la cabeza hacia atrás y acabé. Me desesperé la inmovilidad a la que me tenían sometida, pero también me excitó tanto ser una especie de ofrenda, que perdí la cabeza.

—Ponémela y a —exigí sin dirigirme a ninguno.

—¿A quién le pedís? —me preguntó Iván al oído.

—A los dos —respondí. O mejor dicho, fue la lujuria la que respondió por mí.

Los escuché jadear y luego un dedo atrás...

Era Santiago abriendo el camino, sin duda. Iván tenía ambas manos ocupadas sosteniéndome.

Casi enseguida sentí algo más... Se me disparó el corazón cuando me di cuenta de que era el pene de Iván, que primero se frotó por mi vulva empapada y luego comenzó a

penetrarme por atrás.

Era imposible que lo lograra sin dirigirlo, y ahí me di cuenta de que Santiago lo ayudaba. El solo hecho de imaginarlo tocando a su amigo bastó para volverme loca, y para provocarme un nuevo orgasmo.

Suspendieron la penetración, pues ya habíamos comprobado días antes que era imposible hacerlo por atrás si aun me duraban los estertores del clímax. Por un rato Iván jugó con la lengua en mi cuello, y Santiago hizo lo mismo pero en mi sexo. Cuando me tranquilicé volvieron a intentarlo.

El miembro de Iván, rígido y húmedo, se fue metiendo de a poco en mi ano, dirigido por Santiago.

Cuando lo tuve todo adentro, éste se puso de pie y me penetró por adelante con cuidado. Llegó al fondo de mi vagina, y antes de empezar a mover se aguantó mi peso con sus brazos para aliviar a su amigo, que me agarró de las nalgas y comenzó a empujar.

Por primera vez sentí solo placer. Ni una pizca de dolor o de incomodidad. Encajamos tan bien los tres, que deseé que ese momento no terminara nunca.

Me embistieron con fuerza, mientras sus bocas a uno y otro lado de mi cuello me hacían saber cuánto lo gozaban entre jadeos, lamidas, mordidas.

Fuimos uno como nunca esa noche. Y logramos una unión perfecta cuando a fuerza de paciencia y de jabón, lograron cumplir la fantasía de introducirse al mismo tiempo por el mismo sitio... Me colmaron el cuerpo y también el alma.

—Cómo les gusta eso... —murmuré entre suspiros.

Por un momento sus movimientos cesaron y yo sonreí para mis adentros porque en el fondo buscaba molestarlos

como una forma de contrarrestar el dominio que ejercían sobre mí.

—Qué mala sos —me acusó Santi en voz baja, pero su miembro no cedió ni un poquito. —No somos putos...

—Y tampoco bisexuales —se apresuró a aclarar Iván.

—Pero les da morbo rozarse adentro de una mujer...

—Adentro tuyo, belleza... —fue la respuesta de Iván. — Solo adentro tuyo...

Y aclarado el punto los embates se multiplicaron.

Fue maravilloso. La ofrenda se fundió con ambos dioses hasta que nos convertimos en una mezcla de saliva, sudor y semen. Olores, sabores, texturas... Una masa de piel estremecida en el contacto más estrecho que pueden lograr tres personas que se desean. Gemidos ahogados, miradas ardientes, besos íntimos. Fluidos, sonidos, sensaciones. Todo junto, todo unido. Placer, placer, placer...

No voy a olvidar esa noche mientras viva.

Y también mientras viva, voy a lamentar que haya sido la última.

30.

A pesar de que no me gusta compartir el lecho con nadie –me refiero a dormir- esa vez no tuve ni ganas ni fuerzas de apartarme de ellos.

Me dormí entre besos en el medio de los dos.

Y desperté de la peor manera posible...

Entre sueños escuché la voz de Iván a mis espaldas:

—Buenos días... Qué sorpresa que estés acá.

Me di vuelta y murmuré con los ojos cerrados.

—Dónde me dejaste anoche, ahí me quedé...

La respuesta fue como un balde de agua fría.

—Se ven hermosos durmiendo juntos.

Abrí los ojos de golpe y me encontré con la mirada azul de Vanessa.

Lo primero que me vino a la mente fue que estaba desnuda. Desnuda por completo y encima destapada, igual que Iván.

Tiré de la sábana hecha un manojo de nervios y me cubrí. Me moría de la vergüenza.

—No te sientas mal, Vero. Iván, decíle que no tiene por qué ponerse así...

No quería ni mirar a Iván, pero sí lo escuché decirme:

—Vamos, nena. Está todo bien con Vane...

Miré a Vanessa y no me quedaron dudas de que no tenía problemas con lo que acababa de encontrar: a su novio con una mesera de La Gaviota, desnudos en la cama.

Sin duda no era una novedad para ella, pero al menos un poco de incomodidad debería provocarle.

Nada de eso; es más, los ojos le brillaban llenos de ilusión.

¿La hacía feliz vernos juntos? Yo tenía la mente abierta pero no podía entenderlo. No me entraba en la cabeza cómo Vanessa podía tolerar algo así, porque una cosa era saberlo y otra verlo...

La cuestión era que yo era la única incómoda, porque Vanessa asintió, e Iván rio.

—Yo creo que hasta te calienta un poco, Gringa. ¿No querés unos mimos? ¿Te hacemos un lugar?—le preguntó, provocativo.

No podía creerlo. ¿Le estaba insinuando que se metiera en la cama con nosotros?

Y justo cuando me disponía a huir despavorida, Santiago salió del baño con una toalla en la cintura y todos lo miramos.

—Hola —dijo él, y se lo veía bastante perturbado por la escena que seguramente no esperaba encontrar.

Pero hubo alguien más perturbado aún... Vanessa.

Cuando vió a Santiago semi desnudo en la habitación y comprendió la clase de intimidad que había entre nosotros, la cara le cambió.

Se le desintegró la máscara. Se cayó a sus pies y se hizo pedazos ante nuestros ojos.

Y los de ella despedían rayos fulminantes hacia Santi, hacia Iván, hacia mí...

—¿Y esto? —preguntó con la voz temblando por la indignación.

—Gringa... ¿Qué pasa? —inquirió Iván sorprendido.

—¿Qué pasa? ¿Me preguntás vos qué pasa?

Por un momento se me cruzó por la mente que eran celos porque no la habíamos convocado para lo que fuese que estaba sucediendo entre nosotros, pero luego llegué a la conclusión de que era por Santiago.

¡Vanessa no tenía celos por Iván sino por Santiago! No me había equivocado cuando intuí que ella sentía algo por Santi.

—Vanessa —intervino él, pero ahí se quedó porque ella estaba hecha una furia.

—Son de lo peor... Yo creía que... —vacilaba, no terminaba nunca de decir lo que quería decir. —Yo estaba segura de que... ¡y resulta que se estaban enfiestando los tres!

“Enfiestando”. La palabra me pegó en la cara como una bofetada. De pronto sentí que lo yo era la culpable de algo sórdido y sucio, y que había arrastrado a dos hombres de bien en esta locura.

—Basta, Gringa —intervino Iván, serio.

—¡Te montaste un trío! —lo acusó.

—Nunca tuviste problemas con mi actividad sexual y ahora...

—¡Un trío! Yo pensaba que tenías algo lindo con Verónica y resulta que eran puras cochinas...

No daba crédito a lo que escuchaba. La “open mind”

aprobaba cuernos pero no tríos. Estaba segura de que no sentía nada por Iván, y mucho por Santiago pero tenía dudas de que alguna vez lo admitiera.

—Y así es. Tenemos algo lindo con ella, y me parece que vos estabas de acuerdo...—repuso Iván con cautela.

—¡Con ella sí! ¡No con Santiago! Creí que estabas bien con Verónica, que podían llegar a algo...

Se interrumpió de pronto, colorada como un tomate. Y luego nos miró con furia y salió de la habitación.

Nos quedamos los tres de una pieza. Confundidos y mudos.

—Está pirada... —murmuró Iván al tiempo que comenzaba a vestirse. —No entiendo su reacción...

Santi lo imitó. Se puso los calzoncillos en silencio pero yo me di cuenta de que no estaba tan sorprendido.

No me equivocué.

—¿En serio no entendés? Desde que conocimos a Vero, Vanessa no hace otra cosa que apartarme de ella para ponerla en tus brazos, Iván. No me digas que no lo notaste...

Iván se abrochó los pantalones y miró a su amigo a los ojos.

—¿Me estás diciendo que mi novia quiere con vos?

Ay, Dios. Al final se iban a terminar peleando y no por mi causa.

—No seas imbécil —replicó Santiago y salió de la habitación.

Yo estaba perpleja, y no atiné a decir nada mientras Iván se ponía las zapatillas y la camiseta.

Antes de salir, se dio vuelta y me dijo:

—No es tu culpa, belleza. Bajá a desayunar cuando estés lista.

No lo consideraba culpa mía, y eso me tranquilizaba.

Pero algo estaba pasando y yo lo iba a averiguar.

31.

Cuando bajé las escaleras me encontré con un panorama que no esperaba.

Como llovía a cántaros, estaban desayunando en el comedor, y no en la galería como solían hacerlo.

Pero no fue eso lo que me llamó la atención, sino la actitud de todos, especialmente de Vanessa. Parecían demasiado... tranquilos.

Era como si lo que pasó en la habitación momentos antes, jamás hubiese sucedido. Allí estaban todos sentados a la mesa, sonriendo y untando tostadas con mimo.

Saludé intentando pasar desapercibida, y justo cuando me estaba sentando, Vanessa habló. Por suerte no se dirigió a mí...

—Me parece totalmente entendible que te mandes a mudar. Y si resulta que no es hijo tuyo, que no quieras seguir el vínculo, Hernán.

El aludido tomó un sorbo de té, y replicó con calma:

—Vanessa, que lleve o no mis genes es secundario. Voy a ir a New York a trabajar pero pienso seguir vinculado a Martín siempre.

Con disimulo observé cómo le cambiaba la cara a Vanessa.

—No entiendo... ¿Me estás diciendo que te vas a hacer cargo del bebé aunque no sea tuyo?

—Sí, eso te estoy diciendo.

—¿Afectiva y financieramente? —insistió ella.

—Tal cual.

Vanessa tenía la angustia reflejada en el rostro y en la voz.

Iván la miraba con extrañeza.

—Tiene razón, Gringa.

Ella se volvió a mirarlo de una forma más rara todavía:

—¿Pensás que es lo correcto, Iván? ¿Se tiene que hacer cargo de un chico que no es su hijo y que proviene de una mentira?

Él tragó saliva y respondió sin dudar un instante:

—Todos saben que Hernán no es santo de mi devoción, pero me parece que esta vez está actuando bien —repuso.

Vanessa movió la cabeza, incrédula.

Y todos la mirábamos sin poder creer esa especie de “compromiso” con los intereses de Hernán. Capaz que eran amigos cercanos, pero no me parecía...

—¿Entonces para qué mierda te hiciste un ADN antes de venir? —lo increpó volviendo el rostro hacia él.

—Porque todos tenemos derecho de saber de dónde venimos para saber adónde vamos. Martín se merece la verdad sobre su origen —repuso Hernán.

Y a partir de ese momento, Vanessa no fue la única afectada por las palabras de Hernán.

Yo me quedé con el corazón en la mano, latiendo

descontrolado. Me impresionó tanto que derramé un poco de café sobre el plato, y todos me miraron. Sentí ganas de salir corriendo de allí sin rumbo, de alejarme de todo, hasta de mí misma porque de golpe recordé que no sabía ni quién era y había barrido todas mis inquietudes debajo de la alfombra para poder seguir.

Pero allí estaban mis inseguridades. Mis miedos. Mis rencores. Quedaron expuestos en la frase de un extraño, que me dejó una marca. Y ya no podría olvidar, no podría soslayar una gran verdad que me dolía horrores: mis viejos me mintieron. Me ocultaron que era hija adoptiva y para cuando lo descubrí ya era tarde para intentar averiguar sobre mis orígenes.

Contuve las lágrimas a duras penas, y cuando levanté la vista vi a alguien que no pudo hacerlo.

Lágrimas negras se deslizaban por las mejillas de Vanessa, que no pudo reprimir un sollozo y se tapó la boca. Dios mío... ¿sería que ella tendría el mismo problema que yo?

—¿Qué te pasa, Gringa? —preguntó Iván, alarmado poniéndose de pie.

Se acercó a ella, pero no obtuvo respuesta. Vanessa se tapó la cara con ambas manos y se puso a llorar en serio. Sus hombros se sacudían, y los sollozos se sucedían.

—¡Gringa! Decime que te pasa...

Yo miré a Santiago y me di cuenta de que estaba tan azorado como yo. Y como Hernán y la China, que por primera vez en su vida no tuvo nada que acotar.

La que sí habló fue Vanessa. Y lo que dijo nos dejó muertos a todos. Fulminados, literalmente.

—¿Qué me pasa? ¡Estoy embarazada! ¡Eso me pasa! —

gritó, fuera de control.

Vi a Iván abrir los ojos como platos. Lo vi tragar saliva. Vi una gran interrogante en su rostro... Pero nunca vi furia o rencor. Ni un poquito.

—Vanessa, tenemos que hablar —musitó poniéndose de pie.

—¿No me oíste? ¡Me dejé embarazar por un italiano! Rompí la promesa que nos hicimos, no usé condón y me embaracé por error...

—¿No usaste condón por error o te embarazaste por error? —preguntó Iván con voz fría.

Vanessa lloró amargamente, y mientras lo hacía lo admitió:

—Soy muy jodida, Iván. Hay una parte de mí que se arrepintió de la promesa que...

—Vamos a hablarlo a solas —la interrumpió Iván.

Y eso hicieron, o al menos lo intentaron.

Porque mientras nosotros procurábamos seguir desayunando, los gritos histéricos de Vanessa se escuchaban como si estuviera allí mismo. Y también la voz de Iván que intentaba moderar el tono sin lograrlo del todo.

“¡Yo te quiero, Iván! Sos el hombre de mi vida, pero soy consciente de que no podemos seguir...”

“¿Por eso intentabas que yo me enredara con Verónica?”

El escuchar mi nombre en esa discusión me puso los pelos de punta.

“¡Sí! Quería verte feliz, con una chica que... Con alguien que te apoyara, que te consolara, que te diera lo que yo no supe darte...”

“¿Quién dice que no pudiste dármelo?”

“¡Te fallé! Nos prometimos vivir la vida, no tener chicos, hice que te esterilizaras y ahora te jodo de esta forma...”

“¿Cambiate de idea? ¿Quieres tener un hijo, Vanessa?”

“Quiero. Quiero, quiero, quiero... Y me duele tener que renunciar a vos amándote tanto. ¡Me encantaría pensar que te dejo en buenas manos! Pero ya veo que no es posible...”

“No, no es posible porque vos no me vas a dejar.”

“Es cierto, me vas a dejar vos a mí”

“No, Gringa. Tengamos un hijo... Ya lo oíste a Hernán: no es una cuestión de genes. Todos podemos cambiar de idea, y si vos querés lo hacemos juntos”

Llanto. Más llanto. Silencio...

No podía creerlo. ¡Y yo que creía que estaba loca por Santiago! Lo que quería Vanessa era hacer que Iván se enamorara de mí para no dejarlo sufriendo cuando lo dejara. ¡Por eso se encoló tanto cuando descubrió lo del “enfieste”! No era por Santi, era por sus planes frustrados...

—Estoy un poco confundida —dijo de pronto la China. —
¿A Iván no lo jode que la Vanessa le haya puesto los cuernos? Dice que lo quiere, pero también hacía lo imposible por engancharlo con ella...

Me señaló con el pulgar y yo bajé la vista, avergonzada.

—Es algo muy de ellos, China. No hay nada que entender —repuso Santiago, y Hernán lo secundó, asintiendo.

—¡Pero lo corneó con un tano!

—Ellos no lo consideran engaño... Tienen una relación distinta —intentó argumentar Santi, pero no hubo caso.

—Ustedes son demasiado modernos para mi gusto,

sabandijas —nos espetó mirándonos con severidad. —Más retorcidos que el Tincho son.

—Tenés razón —intervino Hernán. Y luego miró mi anillo y me guiñó un ojo. —Modernos y retorcidos...

Tal vez lo fuéramos. Pero lo único que me preocupaba en ese momento era que después de la revelación de Vanessa, nada cambiara entre Iván, Santiago y yo.

32.

—Este pibe no sirve ni para avisar quien viene.

Acababa de bajar las escaleras, y lo primero que vi fue a la China mirando por la ventana con expresión de disgusto.

—¿Qué pasa, China?

Se dio vuelta, y me sonrió.

—Acá estás, chiquita. ¿Se te fue el dolor de cabeza?

Se me había ido por fin ese horrible dolor que me estuvo martirizando desde el desayuno. Había sido tan insoportable, que tuve que disculparme y correr a la habitación en busca de un poco de oscuridad y silencio.

Era la peor jaqueca de mi vida.

Santiago subió detrás de mí, y me dio un analgésico muy potente. Me dormí en minutos y desperté mucho mejor, pasado el mediodía.

—Estoy bien. ¿Qué está pasando? —pregunté intrigada al verla gesticular ante la ventana.

—¡El Hernán! ¿Qué va a pasar? En vez de salir en su coche alquilado quiso lucirse con la camioneta del Titi anoche. ¡Y mirá dónde la estacionó!

Me asomé a mirar. El corazón se me desbocó cuando vi a Santi y a Iván en jeans, con el torso desnudo, luchando por sacar a la camioneta del barro.

Trataban de hacer palanca con un palo, y estaban sucios y empapados. Se me hizo agua la boca.

—¿Vanessa y Hernán? —pregunté, ya que no los veía en la escena.

—La Vanessa se fue en su auto porque tenía “un compromiso”. Espero que no sea de esos compromisos que te dejan preñada... Igual ya la cagó.

Preñada. Vanessa estaba embarazada de un tipo que no era Iván, y este iba a criar a su hijo como propio.

Los recuerdos de lo que había sucedido en la mañana comenzaron a atormentarme y no sabía por qué. Solo sabía que el dolor de cabeza estaba volviendo y no quería...

—¿Y Hernán?

La China se movió cambiando el ángulo de visión y me señaló a Hernán que jugaba con su celular en la hamaca del porche. Se lo veía impoluto...

—Míralo... Parece el novio de la Barbie y los otros luchando por solucionar la cagada que se mandó. ¡Me van a ensuciar toda la casa cuando entren! —se quejó.

Tuve que admitir que tenía razón. Estaban perdidos de barro, sumamente apetecibles... Ya me encargaría yo de bañarlos y ponerlos presentables.

Y solo por imaginarlo el dolor de cabeza desapareció, y en su lugar apareció un deseo muy oscuro.

Salí al porche para que me vieran y agilizaran el trámite. Quería que terminaran de sacar la camioneta del barro de una vez. Quería devorarlos. A los dos. Juntos.

Ellos estaban demasiado concentrados en la tarea y no notaron mi presencia, pero Hernán sí lo hizo.

—Hola, Vero. Se ve que estás mejor —me dijo con simpatía.

—Sí, lo estoy. Gracias.

—¿Me pareció a mí o esta mañana pasaste un mal momento?

Vaya, qué perceptivo.

—No sabía que había sido tan evidente —repuse.

—Lo fue. ¿Qué pasó? ¿Fue por Iván?

En realidad fue más por otra cosa... Me sentí tocada.

Mis padres me negaron la identidad, pero en definitiva yo era producto de su crianza llena de amor. Tenía que definir si ese producto me gustaba, nada más.

Y sobre todo, tenía que perdonar.

—Me... conmovió mucho que tanto vos como él, se hagan cargo de un chico que no engendraron.

Se encogió de hombros.

—En lo único que coincidimos con Iván, seguramente —repuso. Y luego agregó: —Bueno, también en otra cosa...

—¿Cuál?

—Vos. Me parece hermosa, y se nota que los tenés locos a los dos —dijo, mirando a Santi e Iván que en ese instante lograron sacar la camioneta del barro y se abrazaron contentos.

El comentario de Iván me hizo ruborizar, pero lo que agregó a continuación me dejó muy contrariada.

—Claro que el embarazo de Vanessa lo cambia todo.

—¿Qué querés decir? —no pude evitar preguntarle.

—Que Iván está fuera de combate y solo tenés a

Santiago.

Me mató. Lo que me dijo me mató.

No pude replicar nada porque Santiago apareció en el porche de pronto.

—Me parece que me mencionaste —dijo.

Hernán asintió.

—Le estaba diciendo a Verónica que se nota que te tiene loco.

No aguanté más y me metí en la casa. Subí la escalera a toda prisa, y no me detuve hasta llegar a la habitación de Santiago.

Me sentía muy angustiada, triste.

Santi no tardó en aparecer... Me preguntó si estaba bien, y le dije que sí. Me dijo que se iba a bañar... Me preguntó si no lo quería ayudar. También le dije que sí.

Nos tocamos un poco bajo la ducha, pero yo tenía la mente en otro sitio, y un mal presentimiento que me encogía el corazón.

Cuando salimos del baño, Iván estaba en la habitación. Tenía una bata de felpa puesta y la mirada perdida.

Me senté a su lado y le tomé la mano. Con los tres respirando el mismo aire, volvía a sentirme completa.

—¿Todo bien? —le pregunté. Su respuesta fue un beso profundo.

Le correspondí de buena gana y solo lo interrumpí para mirar a Santi.

—Vení —le pedí.

Instantes después estábamos los tres desnudos en la

cama.

Empezó como siempre. Yo era su juguete, y me dejaba hacer... Me pusieron de rodillas, con la mejilla apoyada en la almohada. Me levantaron las caderas y me separaron las piernas.

Yo no podía ver quien me lamía, quien me tocaba. Sentía una cálida humedad en mi sexo, en mi culo. Dedos entrando y saliendo, lenguas introduciéndose...

Palabras llenas de morbo, susurradas con voz ronca.

—¿Te gusta mostrar? —me preguntó Santi mientras me hacía tender de espaldas en la cama.

—Me gusta... que me miren... —admití. Estaba tan caliente que hubiese admitido cualquier cosa.

—Hacete una. Tocate.

Les di el espectáculo que pedían y me lo di a mí misma al observarlos disfrutar.

Me ataron las manos con el cordón de la bata, y me cogieron. Fue por turnos esta vez... Dos veces cada uno.

Primero acabó Santi. Cuando le tocó a Iván, yo sentí que algo no andaba bien.

Me montaba desenfrenadamente, pero no dejaba de mirarme. Apoyado en los codos, me acariciaba la cara, el pelo.

—Vero... No me voy a olvidar nunca de este momento, belleza —dijo, y luego se dejó ir dentro de mi cuerpo.

Una sensación extraña me amargó la boca. ¿Por qué sentía que se estaba despidiendo?

Él respiraba agitado en mi oído. Lo empujé lo necesario para mirarlo a los ojos.

—¿Qué te pasa? —pregunté angustiada.

Ahí me lo dijo. Y en ese instante, mi micromundo perfecto comenzó a desmoronarse.

33.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz.

Iván salió de mi cuerpo y me lo repitió:

—Que me estoy despidiendo...

Lo empujé con las dos manos y me senté en la cama, con los pies en el suelo, dándole la espalda.

—No sabía que te ibas a algún sitio.

Sonaba tensa y lo estaba. Mucho.

—Vero... Vos sabés de qué te hablo.

—No, no lo sé —repliqué, terca. Y luego miré a Santiago que estaba sentado en una butaca mirando, completamente desnudo. —¿Vos sabés de qué habla?

Lo vi asentir y pararse. Se metió en el baño y cerró la puerta. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No me lo hagas más difícil —dijo Iván con voz suave.

—El que lo está complicando sos vos —le dije volviéndome a mirarlo.

—Es simple... Voy a tener un hijo con Vanessa. Se acabaron mis días de joda —repuso.

Salió de la cama y se puso la bata. Tanteó el cordón para anudársela y no lo encontró.

Estaba atado a la cabecera de la cama. Avanzó con la

bata entreabierta hasta situarse de mi lado y se agachó frente a mí.

Con las manos en mis rodillas, me miró. Nuestros rostros estaban a la misma altura.

—Tus días de joda... —repetí. —¿Eso soy para vos?
¿Eso somos Santi y yo?

—No, belleza. Pero con Vane creemos que lo de la pareja abierta es incompatible con la paternidad, y acordamos comenzar a ser una pareja convencional —me explicó con calma.

—¡Ni vos lo creés posible! —exclamé, furiosa. —¿Te vas a resignar a acostarte siempre con la misma mujer? ¿Ustedes dos, y nadie más?

—Voy a tener que hacerlo. No quiero ser un mal ejemplo para nuestro hijo y Vane tampoco.

—¡No es tuyo, Iván!

Él me agarró el rostro con las dos manos.

—Viniedo de ella, es como si lo fuera —replicó, y muy a mi pesar sonaba muy seguro de sí cuando agregó: —Yo la quiero.

—Te hiciste una vasectomía a instancias de Vanessa, y ahora vas a criar a su...

—Nuestro. Nuestro hijo...

—¿Por qué, Iván? —pregunté con los ojos anegados en llanto.

—Te lo dije. La quiero...

Sacudí la cabeza, con furia.

—No te creo.

Él suspiró.

—Verónica, y o puedo tener hijos con mis genes o por lo menos intentarlo. Congelé semen antes de hacerme la vasectomía, pero... ¿sabés qué? Es lo de menos. Quizá tengamos más hijos con inseminación asistida, pero primero voy a ser el padre de éste...

—¿Congelaste tu semen?

—Sí, y Vanessa se enteró hoy. Tal vez en el fondo los dos sabíamos que podíamos cambiar de opinión...

Lo miré con la boca abierta.

—También vas a cambiar de opinión con respecto a nuestra relación con Santiago —afirmé, pero en realidad no estaba segura de nada.

—No, Vero. Lo que está en juego ahora es más importante que nuestras necesidades en el terreno sexual —me dijo, pero no sonaba nada convencido.

—Estoy segura de que lo que tenemos va más allá de lo sexual —repliqué, y eso sí era una certeza.

Iván bajó la cabeza, y ahí supe que tenía una oportunidad. No me iba a resignar a perderlo. No quería renunciar a ninguno de los dos.

—Lo mejor es que sigas con Santi —me dijo sin mirarme. —Él te quiere...

—Y yo los quiero a los dos —murmuré, desesperada. —Lo que estamos viviendo es algo único...

—Ya sé, belleza. Pero ya no más...

Sufría. Se notaba que sufría y que no estaba listo para vivir esa vida tradicional que Vanessa le proponía. Porque estaba segura de que eso era cosa de ella...

—¿Es por tener un hijo, Iván? ¿Es por eso que renunciás al placer?

—Sí. Quiero ser padre. No lo sabía hasta ahora, pero tengo que reconocerlo...

La desesperación me ganó. Perdí el norte, perdí la cordura... Lo único que me movía era conservar esa relación de a tres que me llenaba de felicidad y me impedía pensar siquiera en una alternativa.

—Yo puedo dártelo. Cuando vos quieras, un hijo tuyo de verdad...

Él me miró con los ojos como platos. No dijo nada... No lo consideró un disparate o al menos no lo mencionó. Me llené de esperanza, y seguí hablando.

—Tengamos un hijo, Iván. Tuyo y mío...

Apretó los labios, contuvo la respiración. ¡Se lo estaba pensando! El corazón se me aceleró. No estaba todo perdido.

Lo vi dudar e inspiré profundo. Estaba segura de que accedería.

—¿Tuyo y mío? ¿Solo nosotros dos? —preguntó, y a mí me cambió la cara. —Porque sigo creyendo que este tipo de relación que mantenemos con Santiago es incompatible con criar un niño...

Me sentí perdida. No era lo que quería... Yo los quería a los dos, y esa era una medida desesperada para intentar conservarlos.

Iván insistió:

—¿Dejarías afuera a Santi, Verónica?

No se me cruzaba por la mente renunciar a Santiago. Me salió del alma la respuesta.

—Claro que no.

Él movió la cabeza y suspiró. Se paró y se acercó a la ventana.

—Lo suponía —dijo.

—¡Podemos hacerlo los tres juntos, Iván! Por favor...— supliqué.

—No puedo...

Me acerqué a él y tomé su rostro entre mis manos para obligarlo a que me mirara.

—¿Por qué?

Tragó saliva.

—Quiero hacerlo con ella, belleza. Vane y yo, nada más —dijo, simplemente.

Y yo lo solté y me puse a llorar.

Santiago salió del baño, y me abrazó.

—Vamos, mi amor. No llores...

Levanté la cara y lo miré.

—¿Te vas a resignar a perder lo que tenemos?

—Sí. Pero a vos no te quiero perder.

Lloré más todavía, con la cara metida en el cuello de Santi que no dejaba de acariciarme el pelo. A mi espalda escuché la voz de Iván.

—Inténtenlo, chicos. Se ven tan bien juntos... Nadie lo sabe mejor que yo.

Había mucho dolor en su voz, pero más lo había en mi corazón.

—Vanessa te domina y vos te dejás —lo acusé, entre

sollozos. —Eso no puede ser bueno, ella no puede ser buena.

El que replicó, fue Santiago.

—Sí lo es, Vero. Me pidió que me alejara de vos porque estaba segura de que podías hacer feliz a Iván, y consolarlo luego de lo que ella creía sería una gran decepción.

Iván se acercó y murmuró, conmovido:

—Van a estar bien ustedes dos.

Dos. Dos... Y de pronto asumí la verdad.

Nosotros no podíamos ser dos. No era Iván y yo. No era Santi y yo. Éramos los tres o nada. Nada.

No podía soportarlo. Ni siquiera podía considerarlo...

Agarré mi ropa y me encerré en el baño. Diez minutos después salí y tomé mi pequeña valija, la que había traído de España y tenía todas mis cosas.

Santiago e Iván seguían ahí, en bata, en el más completo de los silencios.

Inspiré hondo.

—No puedo. Renuncio. Me voy.

Ellos se pararon de golpe, pero no les di tiempo a replicar.

Bajé las escaleras a toda velocidad, ignorando los gritos a mis espaldas, llamándome.

Me volví ciega y sorda. Quedarme con Santiago sería vivir a medias, porque mi felicidad estaba atada a los dos. Lo haría sufrir mucho. Lo intentaríamos con otras personas. Nos haríamos mutuamente infelices.

No quería eso... Preferíirme, con la esperanza de haber dejado huellas en sus vidas. Preferí la nada porque ya había probado lo que era tenerlo todo, y no quería conformarme con

menos.

Cuando llegué a la puerta, escuché a Iván decirle a Santi que no dejara que me fuera.

—No la pierdas, forro. ¡No la pierdas!

Pero ya no había vuelta atrás.

Abrí la puerta y salí. No tenía idea de cómo iba a volver a Punta del Este ni qué haría sin trabajo y con muy poco dinero, pero no me importaba.

Tenía el corazón destrozado.

Y en ese momento vi que un auto daba una vuelta en U ante mis ojos, y se detenía frente a al porche.

Era Hernán e iba de salida.

—Subí —me dijo.

¿Qué alternativa tenía? Le hice caso, y segundos después atravesábamos el portón de El quinto infierno.

Lo último que vieron mis ojos empañados por las lágrimas a través del espejo lateral, fue a los dos hombres que me habían robado la cordura y también el corazón.

Aeropuerto internacional de Carrasco

15 de febrero de 2016

No, no estoy nerviosa. Bueno... a ustedes no las puedo engañar: lo estoy y mucho.

No es solo por la incertidumbre de emigrar a un país bastante alejado del mío, porque eso ya lo viví cuando me fui a España hace unos años con una mano atrás y otra adelante (ay, esto que acabo de poner me trajo recuerdos demasiado... calientes). Es también porque lo que viví en este último año en Uruguay, fue algo que me marcó para siempre.

Llegó la hora de ponerle el broche final a esta novela y junto a ella a una etapa de mi vida. Cierro una puerta y también un ciclo. Una nueva aventura me espera en los Estados Unidos de Norteamérica, y aquí estoy, lista para disfrutarla o padecerla y luego contarles a ustedes de qué se valió el destino para proporcionarme las emociones que estoy necesitando, y que voy a buscar.

Este último año fue muy intenso; de aprendizaje con felicidad primero, y luego de un enorme y profundo dolor. Dolor que tengo que confesarles, todavía no me abandona, pero eso no quita que el 2015 sin duda, haya significado un hito de esos que hay que destacar con banderitas en la bio del Facebook. Y lo hizo por muchos motivos...

El haber conocido a Ana fue maravilloso, y fue también el empujón que necesitaba para decidirme a encarar algo que me gusta desde siempre, y probarme que podía hacerlo. Gracias a su historia, y a sus consejos para ir haciéndome un lugarcito en las redes, hoy puedo decir que soy autora de dos

novelas que fueron bestsellers en Amazon durante varias semanas.

“Séptimo Cielo” y “El quinto infierno” son mis primeros hijos y los amo. Pero éste, “Doble o Nada” es más que especial, porque es parte de mi historia.

Lo que acaban de leer es mi verdad, la que me decidí a contarles cuando perdí ese miedo irracional a las redes, me di cuenta de que nadie me iba a robar privacidad si yo no quería, y de que podía contar lo que deseara amparada en mi seudónimo.

Como les dije al principio, no me llamo Verónica L. Sauer, pero sí soy Verónica, y lo que viví junto a Santiago e Iván fue la experiencia más increíble de mi vida.

Tal vez algún día pueda reponerme del sufrimiento que aún me causa el haberlos perdido. Ojalá dejen de invadir de forma recurrente mis fantasías eróticas. Tal vez algún día me enamore y pueda llevar adelante una relación tradicional con una sola persona. O tal vez encuentre dos a quienes amar... Porque sí los amé. A mi manera, claro.

A veces pienso que debí insistir, debí luchar, debí quedarme junto a Santiago para tener acceso a Iván y poder tentarlo... Una parte de mí me dice “¡estúpida!” Pero otra parte, la más racional, me indica que lo que pasó fue lo mejor.

Una diva de la televisión de mi país siempre dice: “lo que sucede, conviene”, y creo que tiene razón.

Sucedieron muchas cosas luego de mi partida de El quinto infierno junto a Hernán, dejando atrás a los dos hombres que me habían transformado en fuego para luego dejarme en carne viva.

Mi corazón se rompió cuando tomé la decisión de que si

no podía tenerlo todo, prefería no tener nada.

Y Hernán, ese Hernán lleno de conflictos que por poco no vuelve locos a mi querida Ana y a Tincho, fue el que me aguantó la cabeza desde ese día.

Y no solo la cabeza.

Cuando llegamos a Punta del Este, me sorprendió que se detuviera en la puerta de un hotel. Pensé que me iba a dejar en la península e iba a seguir con rumbo a Montevideo, pero me equivocué.

Me hizo bajar del auto y acompañarlo a recepción. Alquiló una habitación con dos camas, y se excusó sonriendo: “no tengo rubro para dos habitaciones, pero tranquila que no te voy a hacer nada”.

Estaba segura de eso, no tenía por qué aclararlo, pero me gustó que lo hiciera.

Entonces me dejé llevar...

Hernán me organizó la vida en solo tres días. Me consiguió un alquiler compartido por dos mangos. Y lo mejor de todo es que también me consiguió un trabajo.

Él había formado parte de Activa S.A. hacía más de dos años, una empresa de consultoría financiera de alcance internacional, que acababa de abrir una oficina en Punta.

Entré como secretaria, y luego crecí un poquito. Al principio solo recibía clientes, pero al poco tiempo comencé a identificar sus necesidades y orientarlos, para derivarlos a los distintos profesionales que podían ayudarlos.

Era una tarea insignificante, pero para mí lo fue todo. Aprendí de inversiones, y hasta me animé a jugar en la bolsa con información captada al vuelo. No gané, pero tampoco perdí. Por ahora voy empataada pero quien sabe...

Lo importante es que el primer reencauce de mi vida se lo debo a Santi e Iván, y el segundo se lo debo a Hernán.

¿Quién lo hubiese dicho? El “pastelito” de Ana tomó las riendas de su vida, y también orientó la mía en la dirección correcta.

Si eso no es “curarse” no sé que puede serlo.

Hablamos mucho esos tres días y luego lo seguimos haciendo a través de Internet. Le conté cada detalle de mi relación con Iván y Santi, y él me contó muchas cosas de su historia con Ana y Tincho.

Muchas de esas cosas, se reflejaron en “Séptimo Cielo”, sobre todo. Lo que sucedió en “El quinto infierno” fue más doloroso y es un pendiente para nosotros que algún día retomaremos.

Así que, queridas amigas, puedo darle algunos créditos a Hernán... (Lo de la salpicada del techo me juró que era la pura verdad). Terminé de armar el rompecabezas de la historia gracias al aporte del “pastelito”.

Hernán me dio una mano grande. Podría decir que me salvó, y eso convierte a esta historia en una cadena de favores. ¿A quién me tocará ayudar a mí?

En New York seguro está la respuesta.

Y en New York también está Hernán, esperándome.

“Te voy a dar las dos manos, Vero, y todo lo que necesites” me escribió ayer. “Y ya les podés decir a las chicas que te siguen, que me conocés, que lo sé todo de vos y que ahora ellas también lo sabrán”.

Sí, chicas. Hernán es el lector de prueba de esta novela, y también sigue de cerca cada uno de vuestros comentarios en las redes.

El “pastelito” y yo, somos amigos. Muy ...

Hernán me sorprendió gratamente, y espero que ustedes se reconcilien con la impresión que les dejó en los dos primeros volúmenes de la historia.

La última vez que nos vimos fue en este mismo lugar, el aeropuerto. Justo antes de embarcar agarró mi mano y sin que pudiera impedirlo me sacó el anillo que Ana me había regalado.

“Vení a buscarlo” me dijo. “Te espero en New York”.

Y en eso estoy. Trabajé arduamente durante todo este año, y ahorré lo suficiente como para un pasaje de ida y para subsistir unos meses allá.

Ayer me despedí de mis padres por Skype... Ya no les guardo ningún rencor y les profeso el mismo cariño de siempre. Lo que ellos me brindaron fue mucho más de lo que me quitaron. Y esto es literal... Además de una buena crianza llena de amor, me regalaron el futuro. Cuando era muy chiquita vivimos en Miami y obtuvieron la ciudadanía legal, y por ese motivo, con mi flamante pasaporte americano, puedo entrar por la puerta grande al país de las oportunidades.

También me despedí de Ana y Tincho, pero eso fue acá, en Punta del Este.

“Firmame los dos libros” me pidió Ana con una sonrisa.

“Firmame vos los míos” repliqué. Y luego nos abrazamos con la certeza de que nuestra amistad iba a vencer la barrera de la distancia y el tiempo.

De Iván y Santiago no me despedí, exactamente. Es más, solo los vi una vez el año pasado y eso bastó para sacarme de mi eje.

Fue en un evento, en octubre, casualmente el mismo día en que comencé a incursionar en las redes sociales a instancias

de Ana. “Tenés que vender tu novela, Vero. Las redes sociales te esperan” me dijo.

Wattpad, Facebook, Twitter. Estoy allí y ahora yo las espero a ustedes.

Pero vamos a lo que íbamos, el encuentro con Santiago e Iván. Sí, fue con los dos, el mismo día.

Yo iba de figurita decorativa para Activ a S.A. Mi tarea era sonreír aquí y allá. Y de pronto los vi.

Iván llevaba a Vanessa colgada del brazo. Él se veía imponente y ella hermosa. Tan delgada como siempre... “Ya debe haber parido” me dije, y muy a mi pesar volví a sentir aquella furia ciega del día del adiós.

Pero no había sido así, y minutos después, al saber que había perdido el embarazo me sentí muy mal por mis oscuros pensamientos.

Lo supe cuando Santiago me divisó antes que yo a él. Mientras yo observaba a Iván, se me acercó por la espalda y me habló al oído.

—Nunca respondiste a mis llamados.

Casi me hago pis, les juro.

Sin darme vuelta, murmuré:

—Cambié de número y de compañía.

Lo escuché respirar agitado.

—De compañía estoy seguro. Desaparecimos de tu vida... —repuso. —Te hacíamos en Gualeguaychú.

Me di vuelta y lo enfrenté.

Estaba divino.

—Me quedé acá en Punta, pero no por mucho tiempo

más... Parto a New York en febrero —le aclaré.

—¿A New York?

—Ajá.

Omití deliberadamente hablarle de Hernán, pero él ató cabos más rápido que un rayo.

—Con Hernán.

Tragué saliva.

—Somos amigos...—me justifiqué. —Me va a ayudar a instalarme, y...

—Así que te hiciste amiga de él, y a nosotros nos borraste como si nada —me acusó, con la mirada cargada de reproches.

Tomé aire y valor para responderle:

—No digas “nosotros”. El “nosotros” se terminó aquel día y no fue porque yo lo quisiera así ¿te acordás? —le dije de mala manera. —Espero que ellos estén felices con su niño, y vos...

—Lo perdió, Verónica.

Me quedé con la boca abierta.

—Pero están intentando embarazarse otra vez con fertilización asistida... —continuó hablando él. —En cualquier momento nos dan la buena noticia.

—Lo siento. En serio.

Se encogió de hombros, e inclinó un poco la cabeza para mirarme a los ojos.

—Estás más linda que nunca —me dijo con una voz extraña. Entre ronca y ahogada sonaba.

Una descarga eléctrica me recorrió la columna vertebral.

Casi le grito “vos también, bombonazo” pero me contuve. Mi cabeza iba a mil... ¿Y si le comía la boca? ¿Si lo arrastraba a mi cama? ¿Qué podía tener de malo un polvo de despedida? Obviamente no sería de a tres, pero con Santi no la iba a pasar mal... Además hacía como ocho meses que no cogía con nadie. Estaba realmente hambrienta.

Y tengo que decirles que aún lo estoy. No terminé mi abstinencia ese día porque de pronto se nos unió Iván y el momento mágico con Santiago se esfumó.

—Hola belleza —me dijo, y luego me dio un abrazo.

Se lo veía muy feliz, tengo que reconocerlo.

—Qué alegría verte. Verlos, en realidad...

—Desapareciste.

—Fue mejor así. Yo estoy bien, y por lo que veo ustedes también...

Hablamos de nimiedades unos minutos, y después todo acabó.

Apareció Vanessa y se colgó del brazo de Iván luego de plantificarme dos sonoros besos, uno en cada mejilla.

Y también apareció una morocha menuda y bonita, que abrazó a Santi por la cintura y me sonrió.

En ese momento supe que el haberme anesthesiado con trabajo, fue una solución temporal. El dolor ahí estaba. Intacto. Celos... Angustia por descubrir que no lo había superado. Tranquilidad por verlos tan bien. Miedo de haberme equivocado al dejarlos. Miles de emociones amenazaban con salirse por mis ojos pero las contuve.

Y ahí comencé a cerrar la puerta.

Lo hice, a pesar de que cuando me incliné para darle un

beso de despedida a Iván, el muy atrevido murmuró en mi oído:

—Están tocando nuestra canción.

Agucé el mío. Era un tema de Rodrigo, mi compatriota. Me lo quedé mirando mientras escuchaba:

*Fue lo mejor del amor, lo que he vivido contigo
dejo a mi esposa, tú dejás tu marido
para matarnos en un cuarto de hotel.*

*“Nunca me dejes mi amor”, me dices suave al oído
cómo dejarte si te llevo conmigo,
nunca he podido arrancar mi corazón
de tu corazón...*

No me desmayé de milagro. Me apresuré a saludar a Santiago para ocultar mi turbación, y me fue peor.

Su mano abierta en mi cintura. Su mejilla contra la mía. Su aliento exquisito marcando mi rostro como lo hizo con cada parte de mi cuerpo alguna vez.

—Contigo lo hubiese intentado todo —susurró. Y luego repitió: —Absolutamente todo.

Ahora que lo miro en retrospectiva me doy cuenta de que mi salida no fue nada elegante. Solo di un paso atrás y me precipité hacia la puerta.

Y así terminó todo.

Me permití sumirme en la tristeza un solo día, y luego arranqué con fuerza mi vida como escritora.

Publiqué las novelas, las conocí a ustedes, cumplí muchas de mis metas.

Pero nunca me olvidé de ellos y creo que jamás lo haré... De lo que fue, y también de lo que no pudo ser, rescato

el aprendizaje de que no hay recetas para ser feliz y de que yo puedo sorprenderme a mí misma cada día, con nuevas necesidades, nuevos deseos. Y también rescato la certeza de que cada vez que eso me pase, tendré el coraje suficiente como para animarme a cumplirlos.

Por eso aquí estoy, tecleando como loca mientras aprovecho la señal del aeropuerto a la espera de que me toque embarcar.

Y por eso también es que, mientras reescriba la novela a medida que voy recordando detalles, tendré muy presentes a ese dúo de desfachatados que me recogieron (nunca mejor dicho) en la ruta aquel día, y me regalaron la experiencia más agrisulce de mi vida.

Los voy a recordar con una mezcla de sentimientos. “Sentimientos encontrados” que les dicen.

Pero lo cierto es que gracias a ellos y a ese “encuentro mágico”, alineación de planetas o como quieran llamarle, hoy avanzo con mucha esperanza en el camino que seguramente me llevará a la felicidad.

¿FIN?

Y pensar que iba a ser biología...

... pero ya no, pues ahora son tres. Es que ese número me encanta, ya lo saben.

Quiero agradecerles a Iván y Santiago muchas cosas. Entre ellas, el haberme conducido a Ana porque debido a ese feliz encuentro, fue que nacieron "Séptimo Cielo" y "El quinto Infierno".

Pero tengo muchas cosas más por las cuales darles las gracias. Las resumió Galeano en la frase que inicia esta historia: coraje y certezas.

Por eso sigo adelante.

Jamás pensé en ser la protagonista de una novela que narrara el paréntesis de placer y aprendizaje que ellos me regalaron. Pero ustedes querían saber, y a mí me resulta difícil decir que no.

"Doble o nada" da el nombre a la saga y también la cierra. A no ser que quieran más...

En fin, me fui de Uruguay creyendo que dejaba atrás el capítulo más caliente de mi historia.

Pero soy muy joven aún. ¡Quién sabe lo que me espera aquí, en New York! Por lo pronto, acabo de recuperar mi anillo y fue a lo grande: de rodillas en el Central Park. No se emocionen que fue solo una broma ;)

En fin, manténgase cerca que tal vez me anime a contarles más. ¡La vida es bella, chicas!

¡Millones de gracias!

Verónica L. Sauer

